

A dramatic scene of stone steps leading up to a bright sun through a narrow opening in a stone wall. The sun is shining brightly, creating a lens flare effect. The stone walls are dark and textured, and the sky is a clear blue with some clouds. The overall mood is one of hope and triumph.

EZEQUIAS

**El hombre que puso
su confianza en Dios**

Wolfgang Bühne

Ezequías, el hombre que puso su esperanza en Dios	8
Prefacio	9
Ezequías, el hombre que puso su esperanza en Dios	11
Avivamiento en los últimos tiempos del pueblo de Dios	11
Un “aguacero” inesperado y repentino	12
Malas condiciones	12
Un avivamiento siempre es por gracia	13
El valor de los ejemplos espirituales	14
La biografía única y decisiva	15
¡Cuidado con la idolatría!	16
El problema con los lugares altos	16
¿Qué podemos aprender para nuestros días?	17
Las “imágenes”	18
Y los símbolos de Asera	19
Sólo Dios es digno de recibir adoración (2 R 18:4)	21
¿Cómo pudieron cambiar un símbolo de la gracia de Dios!	21
¿”Virgen perpetua, engendradora de Dios”?	22
¿Un “sacrificio eucarístico”?	22
Cruz y crucifijo	23
... Y los otros peligros	23
Confianza en Dios, consagración y obediencia (2 R 18:5-8)	25
1. Su confianza en Dios	25
2. Su entrega	25
3. Su obediencia	25
4. La fuente de su fuerza	26
5. Indignación “santa”	27
6. Luchando contra las sanguijuelas espirituales	27

La limpieza de la casa de Dios (2 Cr 29:3-6)	29
Que no haya “esquizofrenia espiritual”	29
Una breve retrospectiva	30
Un nuevo comienzo radical	30
Las repercusiones del ejemplo	30
La santificación tiene que comenzar en mí mismo	31
La santificación tiene que ocurrir en el corazón	31
La santidad no significa ser un creyente en solitario	32
Los buenos propósitos no son suficientes (2 Cr 29:12-36)	33
Limpieza en círculos concéntricos	34
El sacrificio para reconciliar “a todo Israel”	35
Cómo comienza la adoración	36
¿Dónde están los sacerdotes?	37
Gran gozo, a pesar de todo	37
“El cántico de Jehová”	38
Una invitación a volver a los caminos del Señor (2 Crónicas 30:1-19)	39
Después de tantos años...	40
Un acuerdo común	40
En camino con buenas nuevas	41
Verdad y amor	41
De ciudad en ciudad a pesar de todo	42
Gran alegría en el pueblo de Dios (2 Cr 30:15-27)	44
La alegría y la idolatría no pueden ir juntas	45
Humildad, la condición necesaria para recibir bendición y alegría	45
Sin sinceridad no hay gozo auténtico	46
Donde está la gracia, allí también hay paz	46

Lo importante es el corazón	46
La bondad de Dios da lugar a la generosidad	47
Alegría rebosante	47
¿Y las consecuencias?	47
Fidelidad en el manejo de las posesiones (2 Cr 31:1-21)	48
Dar lo que se debe	49
Ofrendas en abundancia	49
Ofrendando con alegría	49
El diezmo	50
El cuidado de los siervos de Dios	50
Se requiere fidelidad	51
Una prueba decisiva (2 Reyes 18:13-20)	52
¿Retrospectiva peligrosa?	53
El precio que hay que pagar por hacer compromisos que no están de acuerdo con la Biblia	53
“Compra la verdad y no la vendas” (Pr 23:23)	54
El oro perdido	54
Golpe tras golpe (2 Reyes 20:1-11)	56
Golpe tras golpe	56
Ahora la cosa se pone seria	57
¿Dónde está el fiador?	58
La señal del reloj de sol de Acaz	58
¿Habrá que decir que todo se lo llevó el viento?	59
La importancia de la prevención espiritual (2 Crónicas 32:1-8)	60
Salvación por medio de la cantidad de consejeros	60
Las fuentes vitales del pueblo de Dios no deben caer en manos del enemigo	61
¿Los muros caídos son un peligro!	61

El rearme del ejército es necesario	62
¡Que no falten las palabras alentadoras!	63
Cuestión de confianza (2 Crónicas 32:9-19)	64
El poder del ejemplo	65
La fe puesta a prueba	65
¿Resistirá nuestra fe ante una crisis?	66
¿Quién es el libertador?	67
¡Viejas mentiras!	67
¿Qué hacer?	68
Judá es librado de Senaquerib (2 Reyes 19:1-20)	69
Aprendiendo de las faltas	70
La perspectiva correcta	71
Vestidos rasgados y oración humilde	72
Dios contesta	72
Peligros en los buenos tiempos (2 Crónicas 32:27-31)	74
El peligro de las riquezas	75
El pecado del orgullo	75
La terapia de Dios	75
¡Saludos de Babilonia!	76
¡Entusiasmo y alegría en la corte real!	77
Preguntas incómodas (2 Reyes 20:14-21)	78
Una visita inesperada	78
“¿Qué dijeron aquellos varones?”	79
“¿De dónde vinieron a ti?”	80
“¿Qué vieron en tu casa?”	80
Una sentencia demoledora	81
Humillación	82

Este libro ha sido publicado con
permiso de los editores en el sitio web:

www.escuelabiblica.com

Ezequías, el hombre que puso su esperanza en Dios

Autor: Wolfgang Bühne

Ezequías, el hombre que puso su esperanza en Dios

Primera edición 2013

Traducción: Elisabet Ingold-González, Leonberg, Alemania

“La fe es tener una mente santificada y sana ... Creer significa hacer que Dios sea el mayor factor en nuestro cálculo y entonces podremos echar cuentas con una lógica infinitamente sana.” C.H. Spurgeon (1834-1892)

Prefacio

Las biografías de personajes bíblicos son siempre un tema predilecto, instructivo, edificante y realista para el estudio bíblico o para preparar un mensaje.

Wilhelm Busch (1897-1966), por ejemplo, después de la Segunda Guerra Mundial predicó en Essen (Alemania) durante meses sobre hombres del Antiguo Testamento como Sansón, Gedeón, Eliseo, Josafat etc. Los jóvenes oyentes escuchaban fascinados su predicación. Años después, estos mensajes fueron publicados en un libro con el título: “Hombres de la Biblia – nuestros contemporáneos”. Aún hoy se pueden adquirir.

Este libro fue mi primer alimento espiritual que “devoré” cuando me convertí al Señor de jovencito. Descubrí que estos hombres de la Biblia no eran “monumentos del pasado” llenos de polvo, sino efectivamente mis “contemporáneos” de los que yo podía aprender muchísimo.

Cien años antes de Wilhelm Busch, el conocido predicador C.H. Spurgeon (1834-1892) en Londres predicó muchas veces sobre hombres y mujeres de la Biblia y hasta el día de hoy estos mensajes no han perdido nada de su actualidad y atracción. Spurgeon predicó más de cuarenta años allí en el “Tabernáculo” que disponía de 5000 asientos. Su lenguaje brillante y gráfico, su ocasional humor, su conocimiento de las personas y su aplicación práctica del texto bíblico, sin compromisos ni claudicaciones, explican por qué estos mensajes han sido reeditados una y otra vez hasta nuestros días.

En sus mensajes, Wilhelm Busch a menudo hablaba de Spurgeon, le citaba y despertaba el interés por este bendecido predicador. Debo, pues, a estos dos hombres la iniciativa de estudiar la vida de personajes bíblicos, para recibir gozo y bendición en mi propia vida.

Otros autores como Paul Humburg (1878-1945), Henri Rossier (1835-1926) y C.H. Mackintosh (1820-1896) han expuesto en sus libros y escritos, de forma cuidadosa y pastoral, la vida de hombres y mujeres del Antiguo Testamento, llegando al corazón y la conciencia de los lectores. A estos y otros hermanos también debo mi agradecimiento, y en el presente libro he recogido varias citas de sus valiosos estudios bíblicos.

No obstante, creo que buscaremos en vano una biografía sobre la vida del rey Ezequías, que se salga de lo que se puede leer en los comentarios de uso corriente sobre los libros históricos de Reyes y Crónicas. Esa fue para mí la razón de estudiar a fondo la vida de este hombre que recibió de Dios una calificación única: *“En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá” (2 R 18:5)*.

Estas palabras de Dios mismo sobre este rey son motivo y reto suficiente para reflexionar sobre él y aprender de sus victorias y derrotas; eso espero, al menos.

Las siguientes consideraciones se publicaron primeramente en la revista evangélica “Fest & Treu” entre los años 2009-2012. Para este libro han sido revisadas y ampliadas. La Biblia usada aquí en esta traducción es la Reina-Valera 1960.

Pido al Señor que estos estudios despierten el interés y el gozo de descubrir la belleza y actualidad de la Palabra de Dios y especialmente la utilidad práctica de las biografías de los personajes del Antiguo Testamento. No sólo para los lectores jóvenes es mi deseo que puedan hallar en estas reflexiones una aplicación personal en su propia vida.

La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma;

El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo.

Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón;
El precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos.
El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre;
Los juicios de Jehová son verdad, todos justos.
Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado;
Y dulces más que miel, y que la que destila del panal.
Tu siervo es además amonestado con ellos;
En guardarlos hay grande galardón.

(Salmo 19:7-11)

Meinerzhagen, en la primavera del 2013

Ezequías, el hombre que puso su esperanza en Dios

(2 R 18:1-3) *“En el tercer año de Oseas hijo de Ela, rey de Israel, comenzó a reinar Ezequías hijo de Acaz rey de Judá. Cuando comenzó a reinar era de veinticinco años, y reinó en Jerusalén veintinueve años. El nombre de su madre fue Abi hija de Zacarías. Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre.”*

El rey Ezequías es, junto a Josías, uno de los reyes de Judá bajo cuyo reinado Dios dio un notable avivamiento. Y eso en un momento, cuando el juicio de Dios sobre su pueblo estaba ya pronunciado por los profetas Oseas e Isaías. Pocas décadas después de la muerte de Ezequías ese juicio fue ejecutado por los babilonios.

Pero antes del hundimiento, Judá experimentó este avivamiento espiritual, esta reforma radical y de gran alcance. Los libros de Reyes (**2 R 18-20**) y Crónicas (**2 Cr 29-32**) nos narran estos hechos, y también el profeta Isaías en (**Is 36-39**).

Por lo general, se supone que Ezequías reinó en los años 715 - 686 a.C. (otros dicen que fue entre 726 - 697 a.C.), pero ciertamente en un período cuando el reino de Israel en el norte fue llevado en cautiverio por los asirios debido a su idolatría. O sea, unos tiempos abrumadores política y espiritualmente, además de inseguros y con perspectivas muy deprimentes. Es muy interesante que en los libros de Reyes y Crónicas se nos narra la vida de Ezequías desde perspectivas distintas: El libro segundo de Reyes enfatiza más las reformas políticas y morales llevadas a cabo por Ezequías, mientras que el segundo libro de Crónicas se centra en la limpieza del templo, la restauración del culto y la celebración de la pascua, lo cual no se menciona en el segundo libro de Reyes.

Avivamiento en los últimos tiempos del pueblo de Dios

La historia de Ezequías tiene una actualidad especial para nosotros, además de ser un reto, porque nosotros, como iglesia del Nuevo Testamento, también nos encontramos en los últimos tiempos. Ya sabemos que comenzaron con Pentecostés, y hoy, si interpretamos bien las señales de los tiempos, nos encontramos en su fase final.

Ya en el Siglo XVI Lutero escribió un ensayo titulado “Sobre el cautiverio babilónico de la iglesia”, para hacer patente la apostasía de la cristiandad de sus tiempos. ¡Cuánto más motivo tenemos nosotros hoy de lamentarnos de las influencias liberales, esotéricas y carismáticas, aún en iglesias que se llaman “evangélicas conservadoras”!

No obstante hay no pocos personajes conocidos que hoy hablan de un avivamiento mundial y de una “Segunda Reforma” inminente y de la “transformación” de pueblos y naciones enteras al cristianismo, etc.

Ya hace veinte años el conocido misionero C. P. Wagner, autoproclamado “profeta” de la presente cristiandad, dijo que hasta su muerte habría “18 millones de creyentes en Turquía”. Y no hace tanto tiempo que la iniciativa evangélica mundial “AD 2000” en conexión con la iniciativa católica “Evangélización 2000” quería entregarle a Cristo para su 2000 cumpleaños el regalo de un “mundo mayoritariamente evangelizado.” Ciertos “profetas” dijeron que “Dios quiere que nos preparemos para el mayor avivamiento de todos los tiempos” y estaban convencidos de que “de todos los tiempos que ha habido, éste es el mejor, para vivir con Dios.”

Sin embargo, si analizamos sobriamente la situación de las iglesias evangélicas, por lo menos en el mundo occidental, nos daremos cuenta que en casi todos los países el testimonio cristiano se ha extinguido o está en peligro de extinguirse.

Pero esto jamás debe ser un motivo para resignarse. Aunque en las epístolas del Nuevo Testamento no hay ninguna promesa para un avivamiento global en los últimos tiempos, sino un desarrollo general hacia la decadencia, Dios, no obstante, puede dar un avivamiento local en cualquier lugar y en cualquier tiempo, el cual tendrá su repercusión. Y esto es precisamente lo que podemos aprender de la historia de Ezequías y también de Josías, a quienes Dios otorgó en vida este avivamiento asombroso e imprevisible, aún en esos últimos tiempos de Israel.

En nuestros días vemos un ejemplo de ello en China, donde, desde nuestro punto de vista, ahora podemos observar el mayor avivamiento, aunque sin gran barullo, y casi sin que se den cuenta los propios chinos, ya que los desarrollos espirituales en su enorme país sólo los pueden advertir en su entorno más próximo. Pues allí no hay revistas cristianas ni hojas informativas – al menos oficialmente no las hay – que pudieran informar sobre avivamientos en las distintas provincias y publicar estadísticas sobre el enorme crecimiento de la así llamada “iglesia clandestina”.

Un “aguacero” inesperado y repentino

Pero es de notar, que el avivamiento en el reinado de Ezequías, al parecer, vino sobre el pueblo sin unos antecedentes espirituales previos. Al menos no leemos nada de reuniones de oración públicas o clandestinas, que a menudo preceden a un avivamiento. Más tarde en la historia de la iglesia lo observamos una y otra vez, pero aquí en los últimos tiempos de Israel parece que no fue el caso. Da la impresión que este avivamiento de ningún modo se podía pronosticar, y nos recuerda el “aguacero” descrito muy acertadamente por Lutero en el año 1524:

“Mis queridos alemanes: comprad mientras el mercado se halla delante de vuestra puerta; recolectad cuando el sol brilla y es favorable el tiempo; usad la gracia y la palabra de Dios mientras la tenéis con vosotros. Porque habéis de saber que la palabra de Dios y su gracia son como un aguacero que pasa veloz y que nunca retorna después que ha descargado. Estuvo entre los judíos, pero se marchó; ya no pueden disfrutarlo. Pablo la llevó a Grecia, pero pasó; ahora está bajo el dominio de los turcos. Les tocó su turno a Roma y países italianos: también de allí se marchó; ahora tienen al papa. Y vosotros, alemanes, no os penséis que vais a tener estas lluvias de gracia a vuestra disposición para siempre, porque la ingratitude y el menosprecio harán imposible su permanencia. Por eso, el que pueda agarrarlas y retenerlas, que las agarre y las retenga con fuerza. Los perezosos tendrán un año malo.”

Malas condiciones

Ezequías se crió en un entorno impío. Su padre Acáz fue un rey sumamente cruel e impío. Impensable que su hijo recibiese una formación especial, fiel a la Biblia para prepararle para sus tareas futuras. Solamente la mención explícita de la madre de Ezequías, Abi (nombre abreviado de Abijah “Mi Padre es Dios”) y de su padre Zacarías (“el Señor se acuerda”) parecen sugerir que de parte de la madre hubo una influencia positiva. Eso sería un fuerte consuelo y estímulo para madres al lado de maridos incrédulos o sin interés en lo espiritual. Eso les podría animar a educar a sus hijos para el Señor, preparándolos para que sigan a Cristo en su vida. Sea como fuere, el hijo del impío Acáz

recibió el nombre de Ezequías (“mi fuerza es Dios”) por razones que no conocemos. Y efectivamente, en su vida posterior Ezequías hizo honor a su nombre; confió en Dios.

(2 R 18:5) *“En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá.”*

Tal rey, cuya confianza en Dios no fue superada por ningún otro rey en el pueblo de Dios, en verdad debería retarnos para que la estudiemos e imitemos.

Otra singularidad en la vida de Ezequías es que, en respuesta a su súplica, su vida fue alargada exactamente 15 años. Como señal, Dios hizo volver atrás diez grados la sombra del reloj de sol de Acáz (**2 R 20:8-11**). Esto también es único en la Biblia.

Finalmente, Ezequías es uno de los pocos reyes cuyo fin no está marcado por el pecado y la idolatría, sino por las “buenas obras”. No murió *“sin que lo desearan más”*, como Joram, uno de sus predecesores impíos (**2 Cr 21:20**), sino que después de su muerte fue honrado con un entierro digno y la condolencia de todo el pueblo (**2 Cr 32:32-33**).

Un avivamiento siempre es por gracia

De las pocas observaciones que acabamos de hacer, podemos aprender que los avivamientos siempre y en cada caso son pruebas de la gracia de Dios. Un avivamiento no se puede organizar. No existe una receta fiable para conseguirlo, como algunos personajes de la historia eclesial reciente y antigua han querido demostrar en vano. Un avivamiento es siempre un obsequio de Dios. A veces es la respuesta divina a una oración perseverante junto con un estudio bíblico intenso, pero a menudo es un “aguacero” incalculable. Eso debería darnos esperanza y animarnos para nuestros días también, donde las circunstancias exteriores y la situación dentro del pueblo de Dios parece indicar todo menos la llegada de un avivamiento.

Pereza, tibieza, indiferencia y mundanalidad son las características que saltan a la vista en nosotros, los cristianos europeos. Los títulos nuevos que leemos en las librerías evangélicas (p. ej. “culto sin muro” o “Abrazando el mundo”) describen sin querer la situación actual de las iglesias. Ya hace más de 50 años, A. W. Tozer lo describió con gran acierto:

“El hecho de que nosotros, que fuimos creados para estar con ángeles, arcángeles y serafines, incluso para tener comunión con Dios mismo, quien los creó – el que nosotros, llamados a ser águilas libres en los aires, ahora hayamos caído tan bajo, como para escarbar con las gallinas comunes en la granja – esto es en mi opinión, lo peor que nos ha podido ocurrir en este mundo.”

O dicho menos tajantemente:

“Una iglesia débil imita a un mundo fuerte para entretener a los pecadores inteligentes – y para su propia vergüenza eterna.”

Y es verdad que como creyentes en nuestras latitudes estamos viviendo más bien “momentos estelares” de insignificancia, que señales para un avivamiento. Pero un montón de estiércol puede ser el abono para todo un campo. Por eso nos debe animar la historia de Ezequías a “esperar grandes cosas de Dios y hacer grandes cosas por Él”, como dijo, hizo y experimentó William Carey en India, como misionero pionero.

Vivir en los últimos tiempos jamás debe ser un motivo para resignarse o una coartada para seguir con nuestra pereza. Y mucho menos debe ser un calmante para nuestra desobediencia.

“En cada crisis reside una oportunidad”; eso lo estamos oyendo de todas partes en los últimos años, tanto de políticos, como de empresarios. Por eso, el bajo nivel espiritual o las crisis actuales de las iglesias deberían ser un estímulo a no invertir en buñuelos de viento devotos, sino a volver a las raíces y a los sólidos fundamentos de nuestra fe.

El valor de los ejemplos espirituales

Es sabido que las imágenes se quedan grabadas. De la misma manera es cierto que el ejemplo de otra persona marca y puede influir en el curso de una vida. El joven Ezequías tuvo un ejemplo, una regla para su vida, donde podía orientarse y medirse, y de hecho lo hizo. Un ejemplo que le ayudó a hacer lo que era justo en los ojos de Dios:

(2 R 18:3) *“Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre.”*

Aunque su padre carnal, el rey Acaz, fue un hombre impío y completamente inadecuado para marcar positivamente la vida de su hijo, Ezequías, sin embargo buscó orientación en su línea genealógica y halló a David, el rey de Israel, el *“hombre conforme al corazón de Dios”*.

Es una bendición, cuando el propio padre es un ejemplo y puede indicar el camino para hallar a Dios. Esto lo leemos por ejemplo del rey Azarías que se dejó marcar positivamente por su padre Amasías **(1 R 15:3)**. No obstante leemos de este Amasías: *“Y él hizo lo recto ante los ojos de Jehová, aunque no como David su padre; hizo conforme a todas las cosas que había hecho Joás su padre”* **(2 R 14:3)**.

Siendo yo un joven creyente, me conmovió mucho una escena que Wilhelm Busch narra en la biografía de su hermano (“Johannes Busch – un embajador de Jesucristo”).

Ambos hijos están ante el ataúd de su padre; Wilhelm de unos 24 años, y Johannes de 16. Se despiden de un hombre que para ellos fue un ejemplo vivo como padre querido, pastor y conocido evangelista:

“Ambos estuvimos mucho tiempo callados delante de su ataúd. Entonces nos tomamos de la mano en señal de una alianza muda: queríamos asumir el legado de nuestro padre, queríamos amar al Salvador como él le amó.”

Esta escena es una excelente ilustración de las palabras en **(Pr 17:6)** *“la honra de los hijos son sus padres”*.

¡Qué bendición, cuando como padres y madres dejamos a nuestros hijos tal legado! Probablemente muchos padres ni saben qué regalo más valioso dan a sus hijos e hijas para toda su vida, cuando de niños ven y aman a su padre como su “héroe”. Ahora mi esposa Ulla y yo ya somos abuelos y el número de nuestros nietos sigue creciendo. Y para nosotros siempre es algo especial, observar cómo los pequeños miran a su padre con admiración cuando su padre ha destacado con alguna habilidad deportiva o en un juego, o también por su comportamiento en la vida cotidiana. Esto también es válido para las madres, claro está. Estamos convencidos, que estas experiencias influyen muy positivamente en la salud espiritual y psíquica de los niños, siendo efectivamente una “honra”, un adorno o un “tesoro” para su vida posterior.

Hoy muchos jóvenes creyentes anhelan tener ejemplos en su familia o en la iglesia, y a menudo se desaniman cuando no los encuentran o cuando no corresponden a las expectativas elevadas que tienen. En este caso, nosotros también podemos echar un vistazo a nuestra “línea genealógica espiritual” y estudiar la biografía de hombres y

mujeres cuyas vidas fueron ejemplares, desafiantes y capaces de mostrarnos el buen camino.

Oswald Sanders lo expresó muy bien:

“Si es verdad que a una persona se la conoce por sus amigos, entonces se la conoce también por los libros que lee, porque ellos reflejan su hambre interior y sus anhelos. [...] Para el líder las biografías siempre son interesantes, porque presentan personalidades. Al lado de la Biblia, no hay género literario mejor que la biografía para instruir en los caminos de Dios con su gente. Es imposible leer la vida de grandes hombres y mujeres, sin que despierte en nosotros entusiasmo y nazca el deseo de realizar algo parecido.”

Entre los muchos ejemplos que podríamos mencionar aquí para recalcar lo decisivamente que ha influido en la vida de muchos creyentes la lectura de diarios y biografías, veamos éstos:

- Los diarios de David Brainerd inspiraron y estimularon a Jonatán Edwards, Juan Wesley, Guillermo Carey, Henry Martyn, David Livingstone y Jim Elliot, entre otros.
- La biografía de Jorge Whitefield dejó huellas indelebles en C. H. Spurgeon y Jorge Müller.
- Por los diarios de Jorge Müller, por otra parte, Hudson Taylor y otros fueron animados a ir a la misión apoyándose únicamente en el Señor.
- Y ¿quién puede contar los muchos jóvenes de nuestra generación que fueron retados a llevar una vida de entrega a nuestro Señor, gracias al diario de Jim Elliot “Bajo la sombra del Omnipotente”?

La biografía única y decisiva

Pero a pesar de nuestro aprecio por las buenas biografías, no queremos convertirnos en “luteranos”, “calvinistas”, “menonitas”, “wesleyanos”, “darbystas” u otros “...istas.” La vida y la obra de estos hombres debe señalar hacia el Señor Jesús, cuya vida y cuyo ejemplo es el único perfecto, el modelo por excelencia para nuestra vida. Así como Ezequías no se paró en sus antepasados temerosos de Dios como lo fueron Asa o Josafat, sino que tomó a David como su modelo, nosotros también deberíamos “*poner la mirada en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe*” (He 12:2), por mucho que apreciemos a nuestros padres espirituales.

¡Cuidado con la idolatría!

(2 R 18:4) *“El quitó los lugares altos, y quebró las imágenes, y cortó los símbolos de Asera, e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel; y la llamó Nehustán.”*

Ya hemos visto en qué momento y en qué entorno más desolador se crió Ezequías. Pero estas circunstancias deprimentes no fueron un impedimento para Dios diera un avivamiento que comenzó con el joven rey Ezequías. Dios le formó como instrumento de su gracia. Su pauta era el ejemplo de su antecesor, del *“hombre según el corazón de Dios”* e *“hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre”*.

Mientras **(2 Cr 29:3)** nos explica que Ezequías en el primer año de su reinado abrió las puertas de la casa de Dios, y mandó sacar la inmundicia del santuario para que pudiera establecerse otra vez el culto, **(2 R 18:4)** nos dice que Ezequías, al principio de su reinado, exterminó tajantemente toda clase de idolatría en el pueblo de Dios.

No vemos claramente en qué orden trabajó Ezequías: si primero destruyó la idolatría y después posibilitó el culto en el templo, o vice versa. Aunque en la Biblia y en la historia de la iglesia hallamos algunas excepciones, no obstante, por lo general, un avivamiento comienza con volver a Dios, con arrepentimiento y limpieza.

El problema con los lugares altos

Dios había repetido al pueblo de Israel con empeño, clara e inequívocamente, cómo debían proceder frente a la idolatría de los pueblos paganos en la tierra de Canaán:

(Dt 12:1-3) *“Destruiréis enteramente todos los lugares donde las naciones que vosotros heredaréis sirvieron a sus dioses, sobre los montes altos, y sobre los collados... derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y sus imágenes de Asera consumiréis con fuego.”*

Es interesante que aquí hallamos el mismo orden de *“lugares altos”*, *“estatuas”* y *“símbolos de Asera”* tal como Ezequías los destruyó. Parece ser que aquí debemos aprender una importante y actual lección sobre la idolatría en el pueblo de Dios: comienza con los *“lugares altos”*. Eso eran montes o collados, es decir, lugares *“elevados”*, donde los paganos habían puesto sus altares para servir a sus dioses. Los *“lugares altos”* siempre han desempeñado un papel trascendental en el pueblo de Israel. Así leemos en **(1 S 9:12-13)** que el profeta Samuel ofrece un sacrificio sobre un *“lugar alto”*. Posiblemente sobre el altar que normalmente se hallaba en el atrio del tabernáculo, que en ese momento, parece ser que no estaba montado.

En **(2 Cr 1:3)** leemos que al principio del reinado de Salomón el tabernáculo estaba en un *“lugar alto”* que había en Gabaón, donde Salomón ofreció mil holocaustos. A la noche siguiente le apareció Dios y le bendijo. No leemos que Dios censurara a Samuel o a Salomón por sus sacrificios, todo lo contrario. Pero después de que Salomón hubo edificado el templo y el arca del testimonio hubo encontrado su lugar, estos *“lugares altos”* perdieron su justificación temporal, y para el pueblo de Israel ya no había razón alguna para ofrecer sacrificios allí. Muy pronto **(Ex 15:17)** y también poco antes de entrar en la tierra prometida, Dios había hablado de un *“lugar”* que Él escogería *“para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allá iréis. Y allí llevaréis vuestros holocaustos, vuestros sacrificios...”* **(Dt 12:5-6)**.

Pocos versículos más tarde leemos el aviso encarecido: *“Cuidate de no ofrecer tus holocaustos en cualquier lugar que vieres; (Dt 12:13)*. El culto de los israelitas, por lo tanto, no debía estar determinado por las circunstancias exteriores o de la imaginación y creatividad, sino por los claros mandatos de Dios, y el no cumplirlos acarrearía daños.

Es lamentable que precisamente el rey Salomón, quien edificó el templo de Jerusalén, pocas décadas después edificara *“un lugar alto a Quemos, ídolo abominable de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén” (1 R 11:7)*. Y tristemente, muchos de los reyes posteriores en el pueblo de Israel siguieron su mal ejemplo.

No obstante hallamos en la historia de Judá también la situación que *“el pueblo aún sacrificaba en los lugares altos, aunque lo hacía para Jehová su Dios” (2 Cr 33:17)*, a pesar de que el culto ya era posible en el templo.

Resumiendo, vemos por lo tanto lo siguiente:

- Antes de la construcción del templo en Jerusalén, aparentemente se ofrecían sacrificios en los *“lugares altos”* sobre el altar del holocausto con el permiso de Dios.
- Al final del reinado de Salomón, el culto se hacía en el templo y al mismo tiempo se ofrecían sacrificios a los ídolos en los *“lugares altos”*.
- Después de la división de Israel hallamos, sobre todo en el reino del norte, un culto idólatra muy extendido en *“los lugares altos”, “en todas sus ciudades, desde las torres de las atalayas hasta las ciudades fortificadas, para provocar a ira a Jehová. ... Y servían a los ídolos” (2 R 17:7-18)*.
- También Acáz, el padre de Ezequías *“cerró las puertas de la casa de Jehová”* en Jerusalén e *“hizo también lugares altos en todas las ciudades de Judá, para quemar incienso a los dioses ajenos, provocando así a ira a Jehová el Dios de sus padres” (2 Cr 28:24-25)*.
- Bastante al final de la historia de Judá leemos que el pueblo de Dios sacrificaba tanto en el templo, como en los *“lugares altos”* al Dios de Israel.

¿Qué podemos aprender para nuestros días?

Hoy también hay dentro de la cristiandad algo como “cultos” durante ciertos eventos ecuménicos o “interreligiosos”, donde se veneran y adoran toda clase de dioses paganos. Cualquier cristiano temeroso de Dios, que se tome en serio la Biblia, abominará tal idolatría pagana y no lo apoyará de ninguna de las maneras.

Los que de todo corazón queremos servir al Señor con nuestros cultos bienintencionados, también a veces nos parecemos a aquellos israelitas que servían a su Dios en los *“lugares altos”*, y eso ocurre cuando no nos sujetamos a las instrucciones del Nuevo Testamento o las cambiamos según nuestro parecer. Así como en el Antiguo Testamento finalmente sólo había un lugar para la adoración de Dios y sólo un altar donde debían ser ofrecidos los sacrificios del pueblo, así también hay en el Nuevo Testamento sólo un modelo establecido y vinculante de cómo ha de ser la iglesia y el culto: *“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor” (Ef 2:18-22)*.

Especialmente las cartas de Pablo nos muestran cómo ve Dios la iglesia y cómo deben ser dirigidos sus cultos y sus tareas por la autoridad y la presencia de Cristo como cabeza de la iglesia.

Las “imágenes”

Ya sabemos que en el “segundo mandamiento” (Ex 20:4-5) queda terminantemente prohibido adorar cualquier “imagen tallada” o “semejanza”. Las imágenes o estatuas que más tarde fueron puestas en los “lugares altos” en Israel, no eran necesariamente imágenes de ídolos, sino que al principio eran casi siempre utilizadas como símbolos, para ser una ayuda en la adoración de Dios. Debían ser imágenes visibles impresionantes, algo placentero para los sentidos. Quizás representaban simbólicamente algún atributo de Dios con la intención de impulsar la adoración de Dios.

Cuando Ezequías quebró las imágenes sin dejar ni una, seguro que provocó el sobresalto de muchos “patrocinadores”, amantes de las bellas artes y personas en Israel que consideraban el arte como un valor esencial. La historia del cristianismo muestra un desarrollo parecido. En los primeros siglos de las persecuciones de los cristianos el culto se celebraba de forma sencilla, sin utilizar otros símbolos que los prescritos en el Nuevo Testamento. Pero ya en el Siglo IV, cuando bajo el gobierno de Constantino los cristianos ya no eran perseguidos, sino en parte incluso favorecidos, se construyeron los primeros edificios cristianos o catedrales, a los que se dio el nombre de “iglesia” o “casa de Dios”. Con ello ocurrió una confusión de conceptos que tendría de graves consecuencias después.

Al cabo de poco tiempo ya no eran suficientes los impresionantes “templos cristianos”, de modo que en lo sucesivo se buscó aumentar la solemnidad del ambiente y el atractivo de los lugares de culto adoptando elementos o símbolos del paganismo, pero dándoles un significado cristiano. Estos símbolos empezaron a llenar y decorar “las iglesias”. Ropajes vistosos, agua bendita, incienso, altares, cuadros e imágenes talladas, días festivos y muchos otros objetos y ritos que impresionan a los sentidos, hicieron su entrada, degenerándose con el tiempo hasta convertirse en una idolatría abominable en la Edad Media.

Durante la Reforma se reconoció y condenó esta aberración del cristianismo. En algunos lugares fueron destruidas las imágenes, o profanados los objetos y símbolos “santos”. Aunque estos actos a veces degeneraron en grave vandalismo injustificable, la intención de los reformadores, sin embargo, era totalmente legítima. Querían liberar y limpiar la iglesia de toda basura pagana.

C. H. Spurgeon lo describió de manera sustanciosa y algo drástica:

“En el fondo, nuestros reformadores obraron bien y de acuerdo al ejemplo bíblico, cuando vertieron su desprecio sobre los ídolos de Roma ... Había un profundo significado en la destrucción de las cruces y en la quema de las imágenes de los santos. El lino blanco de las ropas sacerdotales sirvió bien como ropa interior para los pobres y las piedras del altar eran excelentes para la pared protectora detrás de la estufa ... Los recipientes para el agua bendita fueron dados a los campesinos para que los usaran como gamellas para los cerdos. Aquellos tiempos eran tiempos muy prácticos. Las campanitas que se usaban para ensalzar la hostia se las colgaron a los caballos, y el cofre que contenía la imitación abominable de nuestro Dios hecho hombre, que es lo que los papistas más adoran, fue quebrado en pedazos.”

Es lamentable que en nuestros días también podemos observar nuevamente la entrada, incluso en círculos evangélicos, de imágenes y símbolos, sonidos estimulantes, y olores, etc. Y dentro de la “iglesia emergente” también se oyen cada vez más voces que piden una “vida espiritual retro”, un “culto para todos los sentidos”. Así ya no es de asombrar

que en los catálogos de algunas editoriales cristianas se ofrecen cada vez más utensilios que esperaríamos encontrar en un bazar medieval.

Aún no se negocian reliquias, pero parece ser que no estamos muy lejos de ello, cuando vemos que el “profeta” americano Chuck Pierce ofrecía puntualmente para la semana santa su aceite de unción “libertad” con la correspondiente vela. “El precio: ¡sólo 20 dólares! La intención es que haga recordar a los cristianos la pascua. Nosotros lo denominamos el óleo de la libertad. Unge los postes de tus puertas con él y proclama que cualquier estrategia del enemigo pasará de largo y que tú estarás libre para el futuro. Usa el óleo durante todo el año hasta que hayas entrado en tu nueva tierra ... Al utilizar este óleo simbolizamos nuestra petición: Señor límpiame y líbrame del pecado, para que amanezca en mí una nueva libertad del amor y de la pasión por ti.”

Que Dios nos dé, como entonces a Ezequías, una santa radicalidad y aversión contra cualquier clase de paganismo en ropaje supuestamente espiritual.

Y los símbolos de Asera

Asera (“la feliz” o “que trae buena suerte”) era la diosa pagana de la fertilidad, representada por columnas de madera sagradas, árboles e imágenes. Estos objetos sagrados a menudo se ponían junto a un altar (**Jue 6:25**), cosa que Dios prohibió expresamente en (**Dt 16:21-22**): *“No te plantarás bosque de ningún árbol cerca del altar de Jehová tu Dios, que tú te habrás hecho. Ni te levantarás estatua; lo cual aborrece Jehová tu Dios”*.

Los símbolos de Asera no eran una imagen o un símbolo que representaba posiblemente un atributo de Dios, sino que era claramente un ídolo pagano lo que se adoraba allí. Algunos suponen que más tarde este culto estaba vinculado con la prostitución en el templo. El orden: *“lugares altos”, “imágenes”* y *“símbolos de Asera”*, muestra pues un desarrollo preocupante del culto aparentemente bien intencionado hasta llegar a la idolatría directa. Dios ya había avisado desde muy temprano al pueblo de Israel, prohibiendo que se plantaran Aseras junto al altar, y nos preguntamos cómo es posible que eso exactamente se practicara en la historia del pueblo de Dios: Nada menos que el hijo de Ezequías, Manasés, *“puso una imagen de Asera que él había hecho”* en la casa de Dios (**2 R 21:7**).

Este desarrollo deja claro lo importante que es combatir el mal desde los principios. La cosa casi siempre parece inofensiva, pragmática e inocente al principio. La historia del cristianismo y una mirada a nuestro propio corazón muestran muy patentemente cómo el *“altar”* y *“una imagen de Asera”* pueden convivir lado a lado en nuestra vida y en nuestras iglesias – idolatría y culto a Dios. Aparente adoración de Dios en conexión con evidentes aberraciones sexuales.

Todd Bentley, cuyas intervenciones groseras como “predicador del avivamiento” atrajeron en el año 2008 en pocos meses más de 400.000 visitantes de todo el mundo, es un triste ejemplo de esto. Este “Avivamiento de Lakeland” en seguida fue celebrado como el mayor de la historia. Pero en el año 2009 Bentley desapareció del escenario, después de que saliera a la luz que había vivido en pecados morales masivos y que se había divorciado de su mujer. Su historia vergonzosa muestra de lo que cada uno de nosotros somos capaces, si el Señor Jesús no llena nuestro corazón. La fuerza espiritual y el gozo no se consiguen con pactos profanos y haciendo compromisos. ¡Un corazón dividido no puede obtener una bendición plena!

Ezequías se puso del lado de Dios y vivió una obediencia sin hacer compromisos, ni ceder. Sigamos su ejemplo y aprendamos de su historia para nuestra vida presente.

A. W. Tozer dijo:

“Las personas que se convierten, se convierten a una forma de cristianismo sin fuerza, que poco tiene que ver con el Nuevo Testamento. El cristiano medio, supuestamente fiel a la Biblia, es una triste parodia de lo que es la verdadera santidad ... Tenemos que insistir en la santificación neotestamentaria con las personas que se convierten bajo nuestro ministerio, nada menos que eso; y debemos llevarles a un estado de limpieza de corazón, amor ardiente, separación del mundo y completa entrega a la persona de Jesucristo. Sólo por este camino podremos elevar la situación espiritual baja a aquel nivel que según la luz de las Escrituras y de los valores eternos debería tener.”

Sólo Dios es digno de recibir adoración (2 R 18:4)

(2 R 18:4) “El quitó los lugares altos, y quebró las imágenes, y cortó los símbolos de Asera, e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel; y la llamó Nehustán.”

Después de que el rey Ezequías al principio de su reinado exterminó en Judá los “lugares altos”, las “imágenes” y las “Asera”, poniendo fin a la evidente idolatría en el pueblo de Dios, ahora echó mano de un objeto de unos 700 años de edad, que en Judá gozaba de sumo respeto y era venerado correspondientemente. Era la serpiente “ardiente” o serpiente “de bronce” por medio de la cual Dios había dado sanidad y salvación al pueblo de Israel al final del viaje por el desierto muchos siglos atrás (**Nm 21:8-9**).

En aquella ocasión el pueblo de Israel “habló contra Dios y contra Moisés” quejándose amargamente y calificando de “pan tan liviano” al maná, al “pan del cielo”, dando a entender claramente que les repugnaba. En respuesta a esa queja, Dios había enviado “serpientes ardientes” entre el pueblo, cuya mordedura provocaba un dolor agudo y era mortal.

Como tantas otras veces, Moisés hace de mediador y suplica al Señor en favor del pueblo. Dios le escuchó y le mandó que hiciera una serpiente de bronce y la pusiera sobre un asta, para que todos la pudieran ver. Todos los que habían sido mordidos y miraban con fe a esa serpiente de bronce, fueron sanados y quedaron con vida.

Esta historia nos es bien conocida, sobre todo, porque el Señor Jesús recuerda a Nicodemo este acontecimiento, interpretándolo como una figura de lo que pocos meses después ocurriría en el Gólgota:

(Jn 3:14-15) “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en él creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna.”

¡Cómo pudieron cambiar un símbolo de la gracia de Dios!

El pueblo de Israel lógicamente, conocía bien esta historia; seguramente que la transmitían de generación en generación. Probablemente también nombraban el lugar donde se podía ver este testimonio notable de la gracia de Dios. La Biblia no menciona dónde y cómo guardaron esta serpiente. No sabemos si en aquel entonces ya hicieron algo como un “lugar de peregrinación” en honor a la serpiente, o si había un “relicario”, donde la habían colocado para que pudiera ser contemplada. Quizás había un día conmemorativo en el año, donde se recordaba este acontecimiento; lo cierto es que esta serpiente fue venerada durante siglos, e incluso le quemaban incienso.

Así, finalmente, el símbolo de la gracia y misericordia de Dios se transformó en un objeto venerado y adorado. Incluso le traían sacrificios. Este símbolo con una historia tan gloriosa detrás, con el tiempo se transformó en ídolo, y el rey Ezequías lo desenmascaró como tal y lo hizo pedazos para que nadie lo pudiera reconocer. Seguro que muchos de sus súbditos se espantaron al ver lo que había hecho.

El que Ezequías destruyera los lugares altos, las imágenes y los símbolos de Asera, es algo que comprendemos bien y podemos aplicar a la situación actual en las iglesias. Pero ¿qué podemos aprender de la destrucción de la serpiente de bronce para nuestros días? ¿Hay personas o cosas que Dios ha dado a la iglesia como gran bendición, y que no

obstante pueden convertirse en ídolo, gozando de una veneración que no les corresponde?

¿"Virgen perpetua, engendradora de Dios"?

Aquí no es el lugar para escribir extensamente sobre la veneración y adoración de María dentro de la Iglesia Católica Romana y la Iglesias Ortodoxas. El mero hecho de que en los dogmas católicos es denominada "Mediadora del Mediador", "Madre de Dios", "Virgen perpetua", "Engendradora de Dios", "Madre y Reina del mundo", "Reina de los cielos", "Mediadora de la gracia" etc., muestra que aquí una mujer recibe una veneración que se puede calificar de idolatría. Precisamente María, que en su cántico a Dios, le llama su "Salvador" (Lc 1:47) es adorada de esta forma.

Por supuesto que María fue "muy favorecida" (Lc 1:28) por Dios, "bendita entre las mujeres" (Lc 1:42), porque Dios la había escogido y dignificado, para que fuera la madre de Jesús. Pero en ninguna parte del Nuevo Testamento se nos exhorta a venerarla. La última vez que está mencionada en la Biblia es en (Hch 1:14), donde es denominada "madre de Jesús" y estaba reunida para la oración con sus otros hijos, los apóstoles y otras mujeres en un aposento alto. En la joven iglesia de Jerusalén era una hermana entre hermanas; ni mas ni menos.

Cuando el reformador escocés Juan Knox (1514-1572) tuvo que pasar 19 meses como esclavo en las galeras francesas, un día vino un sacerdote al barco exigiendo de los "herejes blasfemos" que adoraran una imagen de la "santa virgen". Cuando le tocó el turno a Knox, se burló diciendo: "¿Madre? ¿madre de Dios? Eso no es ni madre de Dios ni madre de nadie, es un trozo de madera pintada. Pienso que lo mejor será echarlo al agua antes que adorarlo". Y con estas palabras lanzó la imagen al agua.

Tal y como Ezequías destruyó la serpiente de bronce llamándola Nehustán (cosa de bronce), nosotros debemos ver a María, como lo que fue verdaderamente según la Palabra de Dios: "Madre de Jesús". Todas las demás doctrinas sobre el significado de María y toda clase de veneración no son conciliables con la Biblia.

¿Un "sacrificio eucarístico"?

Pan y vino, los símbolos de la entrega y del sufrimiento de nuestro Salvador, que él mismo instauró como la "Cena del Señor" la noche que fue entregado, serán muy apreciados e importantes para cualquier seguidor de Jesucristo. Una y otra vez deben recordarnos el sacrificio de su amor y su segunda venida (1 Co 11:23-26).

Pero cuando de esta sencilla cena recordatoria se hace un "sacrificio eucarístico", donde "por la consagración del pan y del vino se opera la conversión de toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su Sangre", entonces esta falsa doctrina católica lleva a la adoración de cosas materiales, lo cual es idolatría:

"El culto de la Eucaristía. En la liturgia de la misa expresamos nuestra fe en la presencia real de Cristo bajo las especies de pan y de vino, entre otras maneras, arrodillándonos o inclinándonos profundamente en señal de adoración al Señor. La Iglesia católica ha dado y continua dando este culto de adoración que se debe al sacramento de la Eucaristía no solamente durante la misa, sino también fuera de su celebración: conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión en medio de la alegría del pueblo."

Caer de rodillas ante el pan y el vino, eso es idolatría en nuestro siglo XXI tan avanzado.

Cruz y crucifijo

El comentarista Henri Rossier (1835-1928) expresa unos valiosos pensamientos en su apreciada meditación sobre nuestro texto. No es necesario comentarlos:

“Igual que la serpiente de bronce, la cruz de Cristo también ha dado ocasión para ritos supersticiosos. Besar un trozo de la “cruz genuina”, o venerar una pieza de bronce o marfil que muestre al Señor muriendo en la cruz, eso es una costumbre general en una gran parte de la cristiandad.

El hombre se aferra a un símbolo y le atribuye un valor o una determinada propiedad. Hace su dios de ese símbolo. ¿Es eso mejor que la idolatría que hace dioses de los atributos de Dios? Seguro que no; es igualmente idolatría, pero más peligrosa aún, porque se apodera de un objeto que es más bendito y santo: la cruz, como centro del consejo de Dios, y símbolo del amor eterno, convirtiéndola en un ídolo que los ojos de la carne pueden contemplar y la boca besar, mientras que la cruz misma ni tiene ojos para ver ni oídos para oír.

La fe echa fuera de sí estas cosas y las toma como lo que son: nada más y nada menos que un trozo de madera o bronce.”

... Y los otros peligros

Para la mayoría de los lectores, las desviaciones que hasta aquí hemos mencionado (y podríamos añadir muchas más), no representan ningún peligro. Pero hay otros peligros de los que quizá no somos conscientes. Por ejemplo, cuando atribuimos una autoridad u homenajeamos demasiado a hombres que Dios ha usado como instrumentos de gran bendición para su pueblo en la historia de la iglesia pasada o actual. Ellos mismos seguro que lo hubieran detestado.

Spurgeon en un sermón comentó este problema sin rodeos y claramente, como acostumbraba a decir las cosas:

“Todos nosotros tenemos la tendencia de poner nuestra confianza en hombres que por la infinita gracia de Dios han sido puestos como líderes en la iglesia ... Cuando Dios da a su iglesia un hombre apto para aumentarla, fortalecerla o afirmarla, le da su más rica bendición por su pacto de gracia. Pero surge el peligro que nosotros contemplemos su autoridad y capacidad con cierto grado de confianza supersticiosa – tengo que decirlo así. Hermanos, los santos han dimitido, aborrecemos el pensamiento de venerarlos, pero no obstante, podemos caer poco a poco en el peligro de canonizarlos y levantar otra tanda de “santos” entre nosotros.

¿No es verdad, que algunos casi adoran a San Calvino y San Lutero? No pueden salirse de sus enseñanzas. Otros admiten reverentes sobre sí el cetro de San Juan Wesley o San Carlos Simeon ... Si sobreestimamos las bendiciones que Dios nos da en nuestros maestros y predicadores, es mejor que nos los quite otra vez. No debemos ensalzar las tuberías, sino el manantial. No debemos dar las gracias por la luz a las ventanas, sino al sol. No demos las gracias a la cesta que contiene el alimento ... sino al maestro divino que bendice y multiplica el pan saciando a las multitudes ... Amad a los predicadores de Cristo, pero no caigáis en lo que fue la veneración de la serpiente de bronce, que os rebaja a ser siervos de los hombres.”

Cuando Pablo se enteró de que en la iglesia de Corinto se habían formado partidos y un grupo se calificaba “de Pablo”, reaccionó enérgicamente diciendo: “¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿ó habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?” (1 Co 1:13). “¿Qué pues es Pablo? ¿y qué es Apolos? Ministros por los cuales habéis creído” (1 Co 3:5).

Cuando en Listra quisieron adorar como dioses a Pablo y Bernabé después de la curación del hombre cojo, queriendo sacrificar bueyes en su honor, los apóstoles rasgaron sus vestidos en señal de horror. Impidieron con todas sus fuerzas esa clase de veneración de hombres, para dar sólo la gloria a Dios (Hch 14:11-18). El bendecido predicador del avivamiento George Whitefield dijo lo siguiente en un momento cuando estaban a punto de formarse partidos alrededor de él mismo y de su amigo mayor Juan Wesley:

“Que mi nombre perezca, que mis amigos me olviden, no importa, con tal de que la causa de Cristo bendito avance. No quiero llevar a las almas a un partido, sino a que sientan que están perdidos y a la verdadera fe en Jesucristo. ¿Qué es Calvino, qué es Lutero? Pasemos por alto todos los nombres y partidos y que Jesús sea nuestro Todo, para que Él sea predicado... Sé cual es mi lugar: ser siervo de todos. No quiero tener gente que se llame según mi nombre.”

Que el Señor nos dé un aborrecimiento santo frente esta idolatría aparentemente inofensiva y espiritual que hoy en día tolera o incluso cultiva esta forma de culto a los hombres, y que nos dé un celo santo para la gloria de Dios, como se hizo visible en la vida de Ezequías.

Confianza en Dios, consagración y obediencia (2 R 18:5-8)

(2 R 18:5-8) *“En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá. Porque siguió a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió a Moisés. Y Jehová estaba con él; y adondequiera que salía, prosperaba. El se rebeló contra el rey de Asiria, y no le sirvió. Hirió también a los filisteos hasta Gaza y sus fronteras, desde las torres de las atalayas hasta la ciudad fortificada.”*

Meditando sobre el rey Ezequías, tenemos la impresión de que Dios dio una calificación especial a toda la obra de su vida en cuanto a su confianza en Dios, consagración, obediencia.

1. Su confianza en Dios

Ninguno de los reyes de Judá antes o después de Ezequías recibió tal elogio extraordinario del Señor. Confió en la protección de Dios ante los sacerdotes idólatras que estaban enfurecidos porque destruyó sus lugares altos e imágenes, y también confió en Él con respecto a sus súbditos, cuando desmenuzó la serpiente de bronce y les privó de esa reliquia que ellos veneraban.

Aún veremos cómo confió en la intervención de Dios frente a la superioridad abrumadora del enemigo – juzgando humanamente – en una situación totalmente desesperada. Y Dios no le decepcionó. Su confianza no se basó en su propia fuerza, sabiduría o espiritualidad, sino únicamente en las palabras y promesas de Dios.

La fe bíblica, la definió Spurgeon así: “Creer significa hacer que Dios sea el mayor factor en nuestro cálculo y entonces podremos echar cuentas con una lógica infinitamente sana.”

La fe bíblica no es una fuerza de imaginación, sino la firme convicción de que Dios – que no puede mentir (**He 6:18**) – cumple su palabra (**Nm 23:19**). La confianza en Dios sólo nacerá cuando lleguemos a conocer a Dios en su Palabra, donde Él se revela por medio de su Espíritu; cuando tengamos una vida de oración intensa y practiquemos la obediencia. La confianza en Dios crecerá cuando incluyamos al Señor en las pequeñas y las grandes situaciones de nuestra vida diaria, cuando tomemos en serio su palabra y lleguemos así a auténticas experiencias de fe. Experiencias con Dios, por lo general, no se hacen en la mesa de escribir o teorizando o en reuniones de debate, sino en la vida cotidiana impetuosa, donde nuestra confianza en Dios es puesta a prueba, dando buenos resultados.

2. Su entrega

Este pasaje podríamos traducirlo literalmente así: *“Y se allegó al Señor y no se apartó de caminar detrás de él”*.

Como una lapa, se pegó al Señor, porque no confiaba ni en sí mismo ni en el consejo y la ayuda de los hombres. Como un perro rastreador seguía las huellas de su Dios y no permitía que nada le distrajera y apartara de la pista. ¡Qué alentador es su ejemplo y cuánto nos pueden animar también hoy en día aquellos creyentes que no permiten que nada les aparte de seguir al Señor consecuentemente. No se apartan del buen camino ni por la aprobación o las lisonjas de los amigos, ni por la crítica y las amenazas de los adversarios!

3. Su obediencia

“...Sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió á Moisés.”

El entregarse al Señor está inseparablemente vinculado a la obediencia. El Señor Jesús le dijo al discípulo Judas: *“El que me ama, mi palabra guardará” (Jn 14:23)*. Y en **(1 Jn 5:2)** leemos cuales son los criterios certeros del verdadero amor y de la entrega genuina: *“En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos”*.

La palabra “obediencia” en los últimos años ha sido calificada de “indeseable” entre muchos evangélicos. Es verdad que en el pasado se ha abusado de esta expresión para ejercer autoridad y conseguir objetivos egoístas, enseñoreándose de las conciencias de otros. Pero seguir a Jesús en la vida es sólo posible si aceptamos su derecho sobre nosotros sin reservas y con alegría.

(Juan 15:14) *“Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.”*

4. La fuente de su fuerza

“Y Jehová estaba con él; y adondequiera que salía, prosperaba.”

La obediencia a Dios tendrá siempre como consecuencia la comunión con Él. Y esta comunión a su vez es la fuente de nuestra fuerza y bendición para todas las situaciones y tareas en el servicio para el Señor. Uno de los más bellos ejemplos de esta experiencia es seguramente José. Siendo esclavo en la casa de Potifar leemos de él: *“Mas Jehová estaba con José, y fue varón próspero” (Gn 39:2)*.

Y esta comunión con Dios la experimentó José también poco tiempo más tarde como prisionero encarcelado siendo totalmente inocente. A los ojos de los otros prisioneros seguro que era un hombre perseguido por la mala suerte, porque había originado la rabia de una mujer ofendida y malvada, por haberse mantenido fiel: *“Pero Jehová estaba con José y le extendió su misericordia... Jehová estaba con José, y lo que él hacía, Jehová lo prosperaba” (Gn 39:21-23)*.

De David también leemos algo parecido **(1 S 18:12-14) (2 S 5:10) (2 S 8:6)**. En el **(Sal 16:8)** confesó de sí mismo: *“A Jehová he puesto siempre delante de mí: Porque está a mi diestra no seré conmovido”*.

Cuando el pastor Wilhelm Busch fue arrestado por la Gestapo después de una conferencia en 1937, había unas 2000 personas alrededor del coche que había de llevar a Busch a la cárcel. Pero ¡qué apuro! el coche de policía no arrancaba con todo el pelotón de gente que estaba allí. Mientras el chófer intentaba en vano arrancar y los hombres de las SS dentro del coche se ponían cada vez más nerviosos, de pronto alguien entonó el himno: “Si Dios es por mí, no importa que todo lo demás esté contra mí...” a lo cual la muchedumbre empezó a cantar poderosamente con él, allí mismo en la entrada a la iglesia. Después se hizo un gran silencio y sólo se oían los esfuerzos frustrados por arrancar el coche de los nazis. Entonces alguien se puso en la escalera y recitó en alta voz una estrofa de otro himno: “¡Sabemos de fijo que vencerá el Hijo! Cristo vence, Cristo vence ...” El hombre inmediatamente desapareció otra vez entre la muchedumbre y entonces por fin arrancó el motor y el coche salió a tropezones. Recordando esta escena, Wilhelm Busch escribió:

“Yo estaba tan lleno de gozo de victoria que no pude contenerme y le expliqué al comisario: ¡No quisiera cambiarme con usted! Entonces se estremeció y me contestó impactado: En otro tiempo yo también asistía a una reunión de estudio bíblico en la escuela superior. ¡Pobre hombre!, le dije yo, el arrestado a aquel que tenía poder sobre mí. Y entonces marchamos para la cárcel.”

Así se puede ser una persona libre y llena del gozo de la victoria, aún siendo un prisionero, porque la comunión con el Señor y su ayuda en tales situaciones da una paz y un gozo que dejan triunfar el corazón por encima de todas las circunstancias que nos oprimen.

“La fidelidad va acompañada de la benevolencia de Dios y de la prosperidad espiritual”
(Henri Rossier)

5. Indignación “santa”

“Se rebeló contra el rey de Asiria, y no le sirvió. Hirió también a los Filisteos hasta Gaza y sus términos, desde las torres de las atalayas hasta la ciudad fortalecida.”

Ezequías aquí se distingue claramente de su padre Acaz. En **(2 R 16:5-9)** leemos cómo los sirios se preparaban para la lucha contra Jerusalén. A pesar de que Isaías mandó a Acaz no temer ese ataque, prometiendo la derrota de los sirios, Acaz decidió buscar ayuda y apoyo en los asirios, por lo cual se vio obligado a pagar tributo. Es sumamente vergonzoso ver con qué palabras el rey del pueblo de Dios se somete a Asiria, que en aquel entonces era una potencia mundial:

(2 R 16:7) *“Entonces Acaz envió embajadores a Tiglat-pileser rey de Asiria, diciendo: Yo soy tu siervo y tu hijo; sube, y defiéndeme de mano del rey de Siria...”*

Las alianzas con el mundo en todos los tiempos han perjudicado al pueblo de Dios y siempre llevan a la pobreza espiritual y a la servidumbre. En aquel entonces Acaz sacó todo el oro y la plata del templo y de su propia casa para comprar el favor y la cooperación de los asirios. Esta alianza contraria a la voluntad de Dios no sólo fue una pesada carga para el pueblo de Dios en su tiempo, sino que también lo fue para la siguiente generación. Aquí vemos que las componendas y las alianzas censurables en la vida y en el servicio de los líderes del pueblo de Dios pueden causar daños duraderos y llevar a los creyentes a la servidumbre, dependencia y caminos torcidos, a menudo durante largos períodos de tiempo.

Ezequías “se rebeló” contra el rey de Asiria. Una “ira santa” se apoderó de él, cada vez que pensaba que fuerzas y valores materiales, que debían estar a disposición del Señor, eran pagados como tributo a una potencia enemiga. Ezequías era un siervo de Dios, y no estaba dispuesto a tolerar ni un día más el dominio de Asiria, aún sabiendo que desafiaría y provocaría a la mayor potencia mundial de aquel tiempo. En esta actitud decidida de Ezequías, vemos también la confianza en su Dios. La gloria de Dios era más importante para él que las aparentes ventajas que conllevaba el ser el vasallo de los asirios.

“¡Y no le sirvió!” – esta negación decidida y clara debería ser la característica de todo creyente sincero. Ezequías comprendió y puso por obra lo que muchos siglos después escribiera Santiago: *“Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stg 4:4).*

6. Luchando contra las sanguijuelas espirituales

Otra consecuencia de su determinación se ve en el hecho de que derrotó a los filisteos que se habían instalado y extendido al sur de Judá durante el gobierno de su padre. Mientras que los asirios son una figura del mundo enemigo, que quiere que pagemos tributo, los filisteos representan más bien los peligros de una “mente terrenal”, que en todos los tiempos trata de colarse y establecerse en el pueblo de Dios. “Los filisteos” quieren centrar nuestros intereses en cosas pasajeras. También tratan de socavar e interrumpir nuestra entrega total al Señor, lo cual destruirá nuestro gozo en el Señor y nos robará la bendición.

A menudo son cosas que no son pecado, y que a primera vista no parecen peligrosas, sino aficiones o pasatiempos aparentemente inofensivos, que se convierten en un peligro cuando nos roban el interés, el tiempo, la fuerza y nos impiden gozarnos en nuestro Señor y su palabra; aquellos tesoros espirituales que permanecen para siempre.

John Piper lo expresó así: “Debemos pedir a Dios sin cesar que nuestros ojos sean abiertos a lo insuficiente de los placeres de este mundo, incluso de los inocentes. Debemos suplicar que las papilas gustativas de nuestra alma estén siempre anhelantes de la belleza de Cristo.”

La limpieza de la casa de Dios (2 Cr 29:3-6)

(2 Cr 29:3-6) “En el primer año de su reinado, en el mes primero, abrió las puertas de la casa de Jehová, y las reparó. E hizo venir los sacerdotes y levitas, y los reunió en la plaza oriental. Y les dijo: ¡Oidme, levitas! Santificaos ahora, y santificad la casa de Jehová el Dios de vuestros padres, y sacad del santuario la inmundicia. Porque nuestros padres se han rebelado, y han hecho lo malo ante los ojos de Jehová nuestro Dios; porque le dejaron, y apartaron sus rostros del tabernáculo de Jehová, y le volvieron las espaldas.”

Hemos visto las reformas en la vida y el entorno del joven rey narradas en el segundo libro de los Reyes. Ahora vamos a reflexionar sobre las primeras actividades de este hombre, según lo narrado en 2 Crónicas 29.

Como ya hemos mencionado, en 2 Reyes 18 están descritos más bien los cambios morales y políticos en Judá bajo el reinado de Ezequías, mientras que el texto de 2 Crónicas habla de la limpieza del templo y la restauración del culto en Jerusalén. Es interesante ver que esto no se menciona en 2 Reyes. No es fácil reconocer el orden cronológico de los acontecimientos en la vida de Ezequías; posiblemente ocurrieron las reformas morales y políticas simultáneamente con la reforma del culto.

Lo cierto es que ambos relatos, inspirados por el Espíritu Santo, enfocan diferentes aspectos omitiendo parte del desarrollo. Evidentemente ambas reformas de Ezequías son tan importantes que están escritas minuciosamente.

Que no haya “esquizofrenia espiritual”

En esta observación seguro que podemos sacar lecciones importantes para nuestra situación actual en el pueblo de Dios: ningún ámbito de nuestra vida debe estar excluido del señorío de Cristo. Tanto nuestra vida en sus relaciones familiares, profesionales y sociales, como también nuestro culto y nuestra vida en la iglesia, debe desarrollarse según la Palabra de Dios y bajo la mirada de nuestro Señor. Es imposible separar la vida profesional o empresarial de la vida espiritual. Haciéndolo, nuestro carácter no será creíble y negaremos al Señor como nuestro amo.

Aquí parece residir una causa del bajo nivel espiritual general. Hay creyentes que en su vida cotidiana son seguidores ejemplares de Cristo, pero en cuanto a la vida en la iglesia tragan con muchas cosas que no agradan al Señor, por ejemplo, opiniones y prácticas claramente paganas, seculares o incluso ocultistas.

En el otro lado están los creyentes que enfatizan enormemente los principios neotestamentarios para la iglesia, apartándose de cualquier impureza religiosa, pero que en su vida privada y profesional se portan peor que los paganos, afirmando abiertamente que el sermón del monte y sus condiciones para la vida del discípulo no valen y no pueden practicarse. “A un Estado que con nuestros impuestos financia los abortos, no le daré ni un euro de impuestos” – eso me dijo hace poco un empresario creyente que por lo demás da mucha importancia a la santificación.

Un avivamiento espiritual sólo puede ocurrir cuando todos los ámbitos de la vida se miden y ajustan por las normas de la Palabra de Dios. En esto también Ezequías es un vivo ejemplo para nosotros.

Una breve retrospectiva

El valor y la determinación de Ezequías adquieren especial importancia cuando consideramos con qué maldad y desprecio su padre Acaz “barrió” de su país el último resto de piedad y temor de Dios:

Acaz “había actuado desenfadadamente en Judá, y había prevaricado gravemente contra Jehová” (2 Cr 28:19).

“Ofreció sacrificios a los dioses de Damasco que le habían derrotado, y dijo: Pues que los dioses de los reyes de Siria les ayudan, yo también ofreceré sacrificios a ellos para que me ayuden...” (2 Cr 28:23).

Acaz quedó tan impresionado por el altar idólatra de Damasco que envió el diseño y la descripción al sacerdote Urías (cuyo nombre significa nada menos que “el Señor es mi luz”) para que construyera una copia y lo pusiese en el templo de Jerusalén. Para este fin apartó el altar de bronce, hecho según el mandamiento de Dios, que estaba en el atrio del templo (2 R 16:10-16).

Finalmente Acaz “despojó la casa de Jehová, y la casa real, y las de los príncipes, para dar al rey de los asirios” (2 Cr 28:21).

Después de este intento de soborno frustrado, en su ira “quebró los utensilios de la casa de Dios”, y cerró las puertas del templo (2 Cr 28:21-24).

“Provocó así a ira a Jehová el Dios de sus padres” (2 Cr 28:25). Eso es lo último que leemos de este líder impío del pueblo de Dios.

Un templo saqueado, las puertas de la casa de Dios cerradas, altares idólatras “en todas las ciudades de Judá” (2 Cr 28:25), esa fue la herencia que Acaz dejó a su hijo Ezequías.

Un nuevo comienzo radical

Cuando vemos brillar el celo de Ezequías sobre este fondo oscuro de la herencia lúgubre de su padre, nos viene a la mente la Reforma del Siglo XVI.

Ezequías mismo echa mano de la palanca, las tenazas y el martillo y “abre las puertas de la casa del Señor y las arregla”. En vez de mandar a los sirvientes, para que ellos se mancharan las manos, él mismo arrimó el hombro – parece ser que lo hizo en solitario, por su cuenta. Con ello crea las condiciones necesarias para abrir el acceso a Dios, y para que la luz del día muestre a todos los interesados en esta casa la devastación y los escombros en el templo de Dios.

Esto nos hace recordar a Lutero en Wittenberg, a Calvino en Francia y Suiza, a Zwinglio y los demás reformadores suizos, que al principio practicaron y defendieron en solitario sus convicciones. Recordemos también a los reformadores ingleses que tanto tuvieron que sufrir. Casi todos fueron estrangulados o quemados, porque osaron irrumpir con la luz del evangelio en medio de las tinieblas medievales, poniendo en evidencia toda la superstición pagana.

Las repercusiones del ejemplo

No es difícil imaginar las miradas críticas y temerosas de sus súbditos, y los sentimientos de éstos que acompañaron los actos decididos de Ezequías. Pero la decisión y determinación espiritual va siempre unida con la autoridad espiritual que tiene un efecto

refrescante, desafiante y contagioso para el entorno. Los sacerdotes y Levitas que durante el reinado de Acáz estaban sin empleo o tuvieron que cambiar de profesión, aceptaron la invitación del joven rey, que los reunió en la “*plaza oriental*” (2 Cr 29:4) y les dio un mensaje breve, pero claro y con poder:

“Santificaos ahora, y santificaréis la casa de Jehová el Dios de vuestros padres,... porque nuestros padres se han rebelado...” (2 Cr 29:5).

Salta a la vista que en la descripción de la condición desoladora de la casa de Dios, Ezequías no menciona el nombre de su padre como culpable principal, sino que habla de “*nuestros padres*”. Denuncia públicamente el pecado con toda claridad, sin traspasar el mandamiento “*Honrarás a tu padre...*”. Esta actitud muestra una madurez espiritual que a nosotros a menudo nos falta, cuando tenemos que pelear con los pecados de generaciones pasadas y sus consecuencias.

Paul Humburg comenta en su meditación “El cántico del Señor”:

“Se nota el dolor que sintió el rey Ezequías por tener que poner de relieve las transgresiones de su pueblo (2 Cr 29:6-7). Constata los hechos consciente de su seriedad y verdad, pero en sus palabras no advertimos ninguna palabra dura o severa.

¡Qué diferentes, en cambio, los levitas: necesitan el grito de alarma de Ezequías para despertarse de su sueño! Ocurrió lo que más adelante ocurriría tantas veces: que los culpables del mal estado en el reino de Dios, después de despertarse, actúan con más severidad y dureza que el hombre entregado a Dios por el cual se han sobresaltado y salido de su indiferencia pecaminosa. Aquí parece que expresamente dicen palabras hirientes y duras cuando hablan de los utensilios que en su infidelidad había desechado el rey Acáz (2 Cr 29:19). ¡Cuán diferente se nos presenta al rey Ezequías! No se le escapó ninguna palabra áspera, porque tenía un corazón humillado. No estaba tan seguro de sí mismo, porque sabía que él también tendría que pasar por tentaciones. Conocía sus propios pecados y por eso juzgaba a otros con benignidad. ¿No era su propio padre a quien condenaban rigurosamente con palabras tan mordaces? ¿No le amaba como padre?”

La santificación tiene que comenzar en mí mismo

“*Santificaos ahora, y santificaréis la casa de Jehová*” – Ezequías comienza su convocación con esta exhortación. Guardémonos de servir a Dios o de querer limpiar y renovar la iglesia de Dios con manos sucias o con un pasado no purificado. Ningún cirujano querrá operar una herida supurante con manos sucias y bisturís sin esterilizar. La santificación tiene que comenzar en mí mismo, en mi corazón, en mis cuatro paredes, en mi entorno más cercano, y entonces podré intentar poner de manifiesto y eliminar la suciedad en la vida de mis hermanos y la basura en la iglesia. Solamente la persona que haya reconocido y confesado delante de Dios la maldad y suciedad de su propio corazón, será capaz de limpiar el santuario de Dios con una actitud de humildad.

La santificación tiene que ocurrir en el corazón

La intención de Ezequías no era solamente arreglar la fachada, para dar una buena imagen, sino tener un corazón entregado a Dios. Su discurso conmovedor a los levitas termina con las palabras:

“Ahora, pues, yo he determinado hacer pacto con Jehová el Dios de Israel... Hijos míos, no os engañéis ahora, porque Jehová os ha escogido a vosotros para que estéis delante de él y le sirváis, y seáis sus ministros, y le queméis incienso” (2 Cr 29:10-11).

Seguir a Cristo y servirle tiene que ser siempre un asunto del corazón, si queremos que perdure. Las formas exteriores y las costumbres pueden ser legítimas y buenas, pero si no salen de un corazón que ama, terminarán siendo frío formalismo, y fariseísmo repelente. Posiblemente, por algún tiempo siga izada la bandera de la ortodoxia, habiendo perdido hace tiempo ya la bendición y aprobación de Dios.

La santidad no significa ser un creyente en solitario

Ezequías quería hacer *“un pacto con el Señor”*, un *“compromiso”* u *“obligación”*. Tales compromisos tienen ya un carácter de rareza no sólo en la sociedad, sino lamentablemente también entre los creyentes. Se ha infiltrado y establecido lo opcional y facultativo entre nosotros, y eso dificulta enormemente el trabajo en conjunto en la iglesia, el trabajo fiable y resuelto.

Los *“pactos”* juegan un papel importante en el Antiguo Testamento. Pensemos por ejemplo en los patriarcas, en David y Jonatán, en los reyes Salomón, Asa y Josías, en Esdras y Nehemías.

En la historia de la iglesia hallamos también tales uniones. El Conde de Zinzendorf hizo varios pactos a lo largo de su vida. Con 16 años fundó con su amigo Federico de Wattewille, recién convertido, *“un pacto para la conversión de los paganos”*, y más tarde una orden llamada *“el grano de mostaza”*.

Aunque hoy sonreímos sobre semejantes promesas de fidelidad, vemos aquí en contraste nuestra pobreza en cuanto a relaciones y amistades, lo cual a menudo termina en la soledad y el individualismo sin corazón.

Un avivamiento verdadero siempre irá acompañado de tales relaciones. El Espíritu Santo las ha obrado en los corazones que laten sobre todo por el Señor Jesucristo.

Los buenos propósitos no son suficientes (2 Cr 29:12-36)

(2 Cr 29:12-36) *“Entonces se levantaron los levitas, Mahat hijo de Amasai, y Joel hijo de Azarías, de los hijos de Coat; y de los hijos de Merari, Cis hijo de Abdi, y Azarías hijo de Jehalelel; de los hijos de Gersón, Joa hijo de Zima, y Edén hijo de Joa; de los hijos de Elizafán, Simri y Jeiel; y de los hijos de Asaf, Zacarías y Matanías; de los hijos de Hemán, Jehiel y Simei; y de los hijos de Jedutún, Semaías y Uziel. Estos reunieron a sus hermanos, y se santificaron, y entraron, conforme al mandamiento del rey y las palabras de Jehová, para limpiar la casa de Jehová. Y entrando los sacerdotes dentro de la casa de Jehová para limpiarla, sacaron toda la inmundicia que hallaron en el templo de Jehová, al atrio de la casa de Jehová; y de allí los levitas la llevaron fuera al torrente de Cedrón. Comenzaron a santificarse el día primero del mes primero, y a los ocho del mismo mes vinieron al pórtico de Jehová; y santificaron la casa de Jehová en ocho días, y en el dieciséis del mes primero terminaron. Entonces vinieron al rey Ezequías y le dijeron: Ya hemos limpiado toda la casa de Jehová, el altar del holocausto, y todos sus instrumentos, y la mesa de la proposición con todos sus utensilios.*

Asimismo hemos preparado y santificado todos los utensilios que en su infidelidad había desechado el rey Acaz, cuando reinaba: y he aquí están delante del altar de Jehová.

Y levantándose de mañana el rey Ezequías reunió los principales de la ciudad, y subió a la casa de Jehová. Y presentaron siete novillos, siete carneros, siete corderos, y siete machos cabríos, para expiación por el reino, por el santuario y por Judá. Y dijo a los sacerdotes hijos de Aarón, que los ofreciesen sobre el altar de Jehová. Mataron, pues, los novillos, y los sacerdotes recibieron la sangre, y la esparcieron sobre el altar; mataron luego los carneros, y esparcieron la sangre sobre el altar; asimismo mataron los corderos, y esparcieron la sangre sobre el altar. Después hicieron acercar delante del rey y de la multitud los machos cabríos para la expiación, y pusieron sobre ellos sus manos: Y los sacerdotes los mataron, e hicieron ofrenda de expiación con la sangre de ellos sobre el altar, para reconciliar a todo Israel; porque por todo Israel mandó el rey hacer el holocausto y la expiación. Puso también levitas en la casa de Jehová con címbalos, salterios, y arpas, conforme al mandamiento de David, de Gad vidente del rey, y del profeta Natán: porque aquel mandamiento procedía de Jehová por medio de sus profetas. Y los levitas estaban con los instrumentos de David, y los sacerdotes con trompetas. Entonces mandó Ezequías sacrificar el holocausto en el altar; y cuando comenzó el holocausto, comenzó también el cántico de Jehová, con las trompetas y los instrumentos de David rey de Israel. Y toda la multitud adoraba, y los cantores cantaban, y los trompeteros sonaban las trompetas; todo esto duró hasta consumirse el holocausto. Y cuando acabaron de ofrecer, se inclinó el rey, y todos los que con él estaban, y adoraron.

Entonces el rey Ezequías y los príncipes dijeron a los levitas que alabasen a Jehová con las palabras de David y de Asaf vidente: y ellos alabaron con gran alegría, y se inclinaron y adoraron. Y respondiendo Ezequías dijo: Vosotros os habéis consagrado ahora a Jehová; acercaos, pues, y presentad sacrificios y alabanzas en la casa de Jehová. Y la multitud presentó sacrificios y alabanzas; y todos los generosos de corazón trajeron holocaustos. Y fue el número de los holocaustos que trajo la

congregación, setenta bueyes, cien carneros y doscientos corderos; todo para el holocausto de Jehová. Y las ofrendas fueron seiscientos bueyes, y tres mil ovejas. Mas los sacerdotes eran pocos, y no bastaban para desollar los holocaustos; y así sus hermanos los levitas les ayudaron hasta que acabaron la obra, y hasta que los demás sacerdotes se santificaron: porque los levitas fueron más rectos de corazón para santificarse, que los sacerdotes. Así, pues, hubo abundancia de holocaustos, con grosura de las ofrendas de paz, y libaciones para cada holocausto. Y quedó restablecido el servicio de la casa de Jehová. Y se alegró Ezequías con todo el pueblo, de que Dios hubiese preparado el pueblo; porque la cosa fue hecha rápidamente.”

El ejemplo de Ezequías y sus palabras conmovedoras dirigidas a los levitas tuvieron un marcado efecto: los levitas se pusieron en marcha y “se santificaron” (versículos 12-15).

No fueron sólo buenos propósitos, como muchas veces surgen después de una poderosa predicación de la Palabra de Dios, o después de leer una biografía emocionante que nos hace llorar. Pero “del dicho al hecho hay un largo trecho”, dice un refrán, pero en este caso no fue así. Estimulados por el ejemplo de Ezequías, que como guía del pueblo, no sólo pronunció palabras, sino que las puso por obra, habiendo reparado y abierto ya las puertas del templo, infundió fuerza y valor en los levitas. Pero primero tuvieron en cuenta una orden importante: Se santificaron a sí mismos, para después limpiar el templo “conforme al mandamiento del rey y las palabras de Jehová” (versículo 15).

Siempre cuando los líderes en el pueblo de Dios refuerzan sus llamamientos con su conducta ejemplar “conforme a las palabras del Señor”, algo se mueve y ocurre un cambio. Cuando “los caudillos en Israel” se ponen al frente, el pueblo siempre los seguirá voluntariamente (**Jue 5:2**). Eso lo vemos en los libros históricos de la Biblia, y también lo vemos confirmado en la historia de la iglesia, y lo demuestra el tiempo presente. Tanto el avivamiento como la apostasía son casi siempre el resultado de un ejemplo positivo o negativo.

Es también interesante que los levitas que comienzan a trabajar se mencionan con sus nombres (versículos 12-14). Esto deja claro que el Señor valora especialmente a los que en tiempos de decadencia general le honran santificándose y obedeciéndole. A pesar de que los nombres de estos hombres seguramente no eran conocidos en Israel y probablemente se olvidaron pronto en la siguiente generación, Dios les ha puesto un monumento en la Biblia.

“Yo honraré a los que me honran”, le dijo un hombre de Dios al profeta Elí (**1 S 2:30**). ¿Qué valor tiene para nosotros la aprobación de Dios? ¿La estimamos más que todas las adulaciones de los cristianos y todos los galardones del mundo?

Jim Elliot, el misionero asesinado por los indios aucas en Ecuador, escribió una vez en su diario: “Fue un largo aprendizaje hasta que aprendí a vivir solamente delante de Dios, dejando que él forme la conciencia y no temiendo nada, sino solamente el apartarme de Su voluntad.”

Limpieza en círculos concéntricos

Es significativo que después de la purificación personal, los levitas comienzan con la purificación del templo. Los sacerdotes entraron primero “dentro de la casa de Jehová” (versículo 16), luego sacaron toda la inmundicia y basura al atrio del templo, y los levitas finalmente lo eliminaron echándolo al torrente de Cedrón.

Tanto los sacerdotes como los levitas conocían sus tareas y sabían también los límites de su ministerio. Los sacerdotes comenzaron con la limpieza del interior del templo. Aquí hay una importante lección para nuestra vida personal y también para la vida de la iglesia.

No basta con cambiar o corregir lo exterior, si en el corazón, en el “lugar santísimo”, aún no ha habido un cambio y una limpieza interior. Ese fue precisamente el pecado de los fariseos que tomaban muy en serio la purificación exterior estando *“por dentro llenos de robo e injusticia”* (Mt 23:25).

La llamada del Señor al arrepentimiento dirigida a los hipócritas de aquellos tiempos es también para nosotros, que hablamos y escribimos mucho de santificación y separación, tolerando y cultivando, sin embargo, maldades y ataduras ocultas en nuestros corazones:

(Mt 23:26) “Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.”

Es triste tener que observar a menudo cómo creyentes, que dan suma importancia a lo exterior y miden de ahí el grado de espiritualidad y temor de Dios, se asemejan a *“sepulcros blanqueados”* o tienen *“gatos encerrados”*.

En cuanto a nuestro culto en la iglesia, nuestro “santuario” debería estar limpio de toda basura filosófica y teológica, sujetándose en todo a las afirmaciones de la Palabra de Dios. Cuando nuestra visión de Dios y del hombre está acuñada únicamente por la Biblia, estaremos “automáticamente” inmunizados contra la mayoría de las falsas doctrinas de la historia de la iglesia. En lo que se refiere a nuestro Señor Jesucristo, nuestra profesión debería ser inequívoca:

Jesucristo, Dios y hombre perfecto a la vez, sin la capacidad de poder pecar, y no obstante, *“hecho pecado”* por nosotros en la cruz, para ser nuestro sustituto allí. El cual murió por nuestros pecados y fue *“resucitado para nuestra justificación”* (Ro 4:25) *“y el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”* (Ro 8:34).

Esto son sólo unos cuantos de los muchos valores que tipológicamente podemos ver en el lugar santísimo, en el santuario y en el atrio del templo. Estos contenidos de la fe debemos defenderlos contra cualquier ataque.

Si queremos ver lo sucio de la “casa de Dios” en nuestros días, sólo tenemos que ojear las revistas eclesíásticas o evangélicas. Las discusiones de los últimos meses y años sobre el “sacrificio expiatorio de Cristo” muestran cuánta basura y suciedad sobre la persona de nuestro Señor, en forma de falsa doctrina, se han metido en la cristiandad o son aceptadas sin rechistar.

El sacrificio para reconciliar *“a todo Israel”*

Los sacerdotes y levitas habían limpiado y santificado el templo durante dieciséis días, y también colocaron todos los objetos de la casa de Dios en su lugar determinado por Dios. Estos largos dieciséis días dejan claro la gran cantidad de suciedad y restos de la idolatría de pasadas generaciones que hubo que sacar. Pero al fin llegó el día en que se terminó la obra de limpieza y el rey Ezequías y los principales de la ciudad entraron en el templo con los animales para el sacrificio. Los sacerdotes esparcieron la sangre de los animales sobre el altar para expiarlo, y en presencia del rey y del pueblo hicieron expiación para reconciliar a todo Israel (versículos 20-24).

“A todo Israel”, se dice dos veces en el versículo 24, porque Ezequías no sólo pensaba en el reino de Judá, sino también en el infiel reino del norte de Israel. Parece ser que después de la división del reino, Ezequías fue el primer rey cuyo corazón latía por *“todo*

Israel". Su ejemplo anima a preocuparse y responsabilizarse de todo el pueblo de Dios de nuestros días, a pesar de todas las separaciones y desarrollos negativos. Aunque no podemos hacer expiación por otros en el sentido literal, sí debemos interceder por todos los hijos de Dios.

El hecho que somos "*un cuerpo*" (1 Co 12:12-31) no debe ser mera teoría, sino que hay que vivirlo. Esto significa que no seamos indiferentes ante la condición de nuestros hermanos, donde sea que se encuentren. Su situación espiritual tiene su efecto sobre nuestra vida espiritual y vice versa. Este conocimiento nos dará humildad y un sentido de responsabilidad. Especialmente cuando nos veamos confrontados con los supuestos desarrollos equivocados y los pecados de hermanos que se encuentran en un camino en el que nosotros no podemos andar con ellos. La obligación de "*poner nuestras vidas por los hermanos*" (1 Jn 3:16) no está limitada a un círculo específico de comunión, sino que encierra a todos los hijos de Dios.

En esto Abraham es un vivo ejemplo para nosotros en su actitud frente a Lot. Luchó en oración por su sobrino (Gn 18:14-33) (Gn 19:29) y arriesgó su vida por él, cuando éste había sido hecho prisionero por su propia culpa (Gn 14:14-16).

Roberto C. Chapman era conocido en Inglaterra por su amor desinteresado y su solicitud para con todos los creyentes. Cuando murió con 98 años, alguien escribió sobre él:

"A su entierro en Barnstable asistieron muchas personas. Vinieron de todo el país. Bautistas, metodistas, congregacionalistas y anglicanos que ante el sepulcro se reunieron como hermanos – ante el sepulcro de un hombre que por su palabra y su ejemplo había enseñado que todos los hombres nacidos de nuevo son hermanos y hermanas en Cristo.

Y aunque no se apartó jamás ni un centímetro de sus convicciones en cuanto a la adoración y la dirección de la iglesia, todos sabían que él los había amado y que en su corazón lamentaba que no hubiera más unidad en estas cuestiones entre los hijos de Dios. Sabían que habían perdido un verdadero hermano."

Cómo comienza la adoración

Pero volvamos a Ezequías y una escena conmovedora: Después de la expiación por medio de la sangre de los animales sacrificados, por mandato de Ezequías, los levitas se pusieron en orden con sus instrumentos de música. Según la ordenanza de Dios dada por el rey David y Natán el profeta (versículo 25).

Se habían preparado con címbalos, salterios y arpas, y con ellos los sacerdotes con sus trompetas. Pero ninguno se atrevió a emplear su instrumento según su propio parecer. El "*cántico de Jehová*" no comenzó hasta que se sacrificó el holocausto sobre el altar: sonaron las trompetas y los demás instrumentos acompañaron el júbilo. Aquí también se habla de la música con los "*instrumentos de David*" (versículo 27) y "*con las palabras de David y de Asaf vidente*" (versículo 30).

El holocausto es un símbolo de la entrega de nuestro Señor, cuando se dio a sí mismo en sacrificio para Dios, para agradar y glorificar al Padre: no sólo tenemos el perdón y la reconciliación con Dios, sino que además somos hechos "agradables". Cuando comprendemos esto es cuando irrumpe el gozo en nosotros y damos gracias a Dios por esta gran misericordia y este gran amor.

Antaño, el rey Ezequías y todos los que estaban con él, se arrodillaron y adoraron a Dios, igual que los levitas que cantaban "*con gran alegría*" a Dios, inclinándose delante de él y adorándole (versículo 30).

Unido a esta adoración iba la “consagración”, “sacrificios y alabanzas” (versículo 31) de corazón generoso. Y esa será siempre la consecuencia, cuando Dios nos abre los ojos y los corazones para ver el valor y las repercusiones del sacrificio de su Hijo. La entrega y consagración de Cristo despertará y profundizará también en nosotros el deseo de entregar nuestra vida como “holocausto” en agradecimiento y por amor para honra y gozo de Dios. La “adoración” y la “alabanza” en la vida de todo creyente se convertirá en mero rito, cuando no nace de un corazón sincero y amante. Volumen, emociones, lágrimas y palabras fervorosas no son un barómetro para la adoración verdadera – pues ésta tiene que ir unida siempre con la entrega de corazón al Señor.

¿Dónde están los sacerdotes?

Al final de este capítulo se nos narra algo notable, que puede ser de importancia para nosotros: no había suficientes sacerdotes para sacrificar los muchos animales que el pueblo daba en gran cantidad con generosidad de corazón. La razón: contrastando con los levitas, muchos sacerdotes no se habían santificado y por eso no pudieron ejercer su ministerio. Al menos fueron sinceros y no fingieron, ni se acercaron a Dios en una condición inmunda. Contrastando con esto, “los levitas fueron más rectos de corazón para santificarse que los sacerdotes” (versículo 34). Y por eso los levitas ayudaron a sus hermanos para llenar el vacío hasta que todos los sacerdotes se hubieron santificado.

Nos asombra que precisamente los que tenían el mandato de acercarse a Dios y presentar sacrificios, no se tomaron muy en serio eso de santificarse. Podríamos objetar que llevaban años sin practicar su servicio, porque el templo había estado cerrado durante generaciones. Pero esa misma circunstancia afectaba también a los levitas, pero ellos actuaron de manera diferente.

Aquí también vemos que lo importante es el corazón. Nosotros como creyentes del nuevo Testamento somos tanto “sacerdotes” (adoradores) como “levitas” (siervos) y ninguno de nosotros debería ser negligente ni en lo uno ni en lo otro. Y hoy en día pasa lo mismo, aquellos que han obtenido un mayor conocimiento del sacrificio y de la obra de nuestro Señor y que tendrían que ir por delante con la alabanza y adoración, son los que a menudo no se toman tan en serio la santificación.

Aquellos, sin embargo, cuyo corazón y servicio está más enfocado en las personas, invirtiendo todo su ser en la evangelización, misión y amor al prójimo, enfatizan la necesidad de la santificación y la practican fielmente.

Gran gozo, a pesar de todo

“Y se alegró Ezequías con todo el pueblo, de que Dios hubiese preparado el pueblo; porque la cosa fue hecha rápidamente” (versículo 36). Con esta impresión termina este capítulo impresionante.

A Dios toda la gloria – ¡Soli Deo Gloria! El centro de la alegría y gratitud no fue Ezequías, sino el Señor que había obrado todo.

¿Quién hubiese soñado que Dios en tan corto tiempo daría “de repente” tal avivamiento espiritual en el pueblo de Dios? Esto nos hace recordar otra vez el “aguacero de Dios” del que habló Lutero y que siempre es un regalo inmerecido de la gracia de Dios. Ciertamente Ezequías fue un instrumento dispuesto que Dios pudo usar. Pero el autor fue únicamente Dios. Sólo Él se merece toda la honra.

“El cántico de Jehová”

Entonces comenzó el “*el cántico de Jehová*” (versículo 27). Durante muchos años no se había oído. Una generación entera de jóvenes israelitas ya no lo conocía, y si lo conocía, era sólo de “segunda mano”. Sus oídos se habían acostumbrado a la música de las fiestas idólatras. En su meditación sobre este texto, Paul Humburg imagina los hechos de esta forma:

“Cuando se oyó el impetuoso cántico de Jehová en la ciudad de Jerusalén, había en el monte de los olivos un hombre con su hijo de quizá 16 o 17 años trabajando en su campo. Al percibirlo, el hijo se apoyó sobre su azadón y le preguntó a su padre: Padre, escucha, ¿qué es esto que se oye? El padre vuelve la mirada al santuario de Dios y medio deprimido y medio gozoso dice: Es el cántico de Jehová, así cantábamos nosotros antiguamente en el templo”. Toda una generación, toda una juventud de 16 o 17 años había crecido sin haber oído jamás el cántico de Jehová.

Ancianos, vosotros corríais bien, pero ¿quién os ha frenado, para no obedecer a la verdad? ¿Quién os ha encantado? ¡Responded! ...

Esta conducta es pecado delante de Dios. Un cristianismo sin fuerza y sin alegría es un obstáculo para los demás y especialmente para los jóvenes ... ¡Nuestra tibieza detiene la obra de Dios!

Una invitación a volver a los caminos del Señor (2 Crónicas 30:1-19)

(2 Cr 30:1-19) “Envió después Ezequías por todo Israel y Judá, y escribió cartas a Efraín y a Manasés, para que viniesen a Jerusalén a la casa de Jehová para celebrar la pascua a Jehová Dios de Israel. Y el rey había tomado consejo con sus príncipes, y con toda la congregación en Jerusalén, para celebrar la pascua en el mes segundo: Porque entonces no la podían celebrar, por cuanto no había suficientes sacerdotes santificados, ni el pueblo se había reunido en Jerusalén. Esto agradó al rey y a toda la multitud. Y determinaron hacer pasar pregón por todo Israel, desde Beerseba hasta Dan, para que viniesen a celebrar la pascua a Jehová Dios de Israel, en Jerusalén: porque en mucho tiempo no la habían celebrado al modo que está escrito. Fueron pues correos con cartas de mano del rey y de sus príncipes por todo Israel y Judá, como el rey lo había mandado, y decían: Hijos de Israel, volved a Jehová el Dios de Abraham, de Isaac, y de Israel, y él se volverá al remanente que ha quedado de la mano de los reyes de Asiria. No seáis como vuestros padres y como vuestros hermanos, que se rebelaron contra Jehová el Dios de sus padres, y él los entregó a desolación, como vosotros veis. No endurezcáis, pues, ahora vuestra cerviz como vuestros padres; someteos a Jehová, y venid a su santuario, el cual él ha santificado para siempre; y servid a Jehová vuestro Dios, y el ardor de su ira se apartará de vosotros. Porque si os volviereis a Jehová, vuestros hermanos y vuestros hijos hallarán misericordia delante de los que los tienen cautivos, y volverán a esta tierra: porque Jehová vuestro Dios es clemente y misericordioso, y no apartará de vosotros su rostro, si vosotros os volviereis a él. Pasaron, pues, los correos de ciudad en ciudad por la tierra de Efraín y Manasés, hasta Zabulón: mas se reían y burlaban de ellos. Con todo eso, algunos hombres de Aser, de Manasés, y de Zabulón, se humillaron, y vinieron a Jerusalén. En Judá también estuvo la mano de Dios para darles un solo corazón para cumplir el mensaje del rey y de los príncipes, conforme a la palabra de Jehová. Y se reunió en Jerusalén mucha gente para celebrar la fiesta solemne de los panes sin levadura en el mes segundo, una vasta reunión. Y levantándose, quitaron los altares que había en Jerusalén; quitaron también todos los altares de incienso, y los echaron al torrente de Cedrón. Entonces sacrificaron la pascua, a los catorce días del mes segundo; y los sacerdotes y los levitas llenos de vergüenza se santificaron, y trajeron los holocaustos a la casa de Jehová. Y tomaron su lugar en los turnos de costumbre, conforme a la ley de Moisés varón de Dios; y los sacerdotes esparcían la sangre que recibían de manos de los levitas: Porque había muchos en la congregación que no estaban santificados, y por eso los levitas sacrificaban la pascua por todos los que no se habían purificado, para santificarlos a Jehová. Porque una gran multitud del pueblo de Efraín y Manasés, y de Isacar y Zabulón, no se habían purificado, y comieron la pascua no conforme a lo que está escrito. Mas Ezequías oró por ellos, diciendo: Jehová, que es bueno, sea propicio a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios, a Jehová el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario.”

El último capítulo terminó con las palabras: “Y se alegró Ezequías con todo el pueblo, de que Dios hubiese preparado el pueblo...”.

Conmovido por la singular excelencia del culto, el rey Ezequías se arrodilló con su pueblo para adorar a Dios y finalmente los levitas tampoco se pudieron contener: “y ellos alabaron con gran alegría”.

Así concluyó este memorable día con una multitud de holocaustos y sacrificios de alabanza que ofrecía un pueblo lleno de gratitud y alegría. Era la señal de su consagración.

Después de tantos años...

“De repente”, sin haberlo planeado ni soñado, el Espíritu de Dios había dado a los líderes y al pueblo un avivamiento por medio de Ezequías. Y esto les llevó a que se dieran cuenta de una cosa: ¡Hacía 250 años que no se había celebrado la Pascua! Esta fiesta prescrita por Dios, instaurada para recordar a Israel la noche de la liberación de la esclavitud de Egipto por la sangre del cordero de la pascua, había caído en el olvido.

Dios había mandado que cada israelita viniera una vez al año a Jerusalén para celebrar esta fiesta y después la fiesta de los “*panes sin levadura*” (Ex 23:14-15). Ni Ezequías ni sus contemporáneos habían obedecido a este mandato de Dios. Ninguno de ellos tenía experiencia en cuanto a la celebración de la pascua. Pero de alguna manera el Espíritu de Dios despertó en el rey, en sus principales y también en el pueblo el recuerdo de esta ordenanza escrita en los libros de Moisés y también despertó el deseo de obedecer a Dios en este asunto.

El hecho de que este mandato de Dios llevaba muchas generaciones sin practicarse, para ellos no fue motivo para retroceder y decir: Esto no lo hemos hecho nunca y por eso no queremos empezar con estas “innovaciones”.

Si hoy tenemos la tradición de no obedecer a las instrucciones explícitas de Dios, entonces ya es hora que cortemos con esa tradición. El tiempo de la Reforma y de los grandes avivamientos nos proporciona mucho material para ilustrar lo que estamos diciendo.

La obediencia es la llave que nos abre las puertas a nuevos conocimientos. Este principio espiritual lo vemos bien ilustrado en la historia. “*El temor de Jehová es enseñanza de sabiduría*” (Pr 15:33).

Un acuerdo común

Por los versículos 2 y 12 deducimos que aquí no se trató de una orden de Ezequías caprichosa y solitaria de celebrar la pascua e invitar a todo el pueblo a la fiesta. Hubo un consejo con los “*principales*” y “*toda la congregación en Jerusalén*”.

Dios usa a menudo a personas individuales para desencadenar un avivamiento. Eso ya lo hemos visto en la vida de Ezequías. Pero después de esto viene una fase donde es necesario tratar y actuar colectivamente para consolidar el avivamiento.

Ezequías predicó con el ejemplo, aunque seguramente tenía buenas razones para no buscar el consejo de los “*principales*” hombres del reino que probablemente estaban abotargados y dormidos. Pero Ezequías comprendió que esta gran obra de reforma en Israel no se podía llevar a cabo con un solista solamente. Buscó la colaboración de los responsables y voluntarios del pueblo y con la ayuda de “*la mano de Dios*” consiguió que Dios les diera un “*un solo corazón*” para cumplir la voluntad de Dios (versículo 12). Un cristiano solitario no se corresponde con el plan de Dios y está expuesto a grandes peligros. El Señor Jesús envió a sus discípulos de dos en dos a la obra en la mies. Y los

Hechos de los Apóstoles nos muestran cómo se extendió el evangelio y fueron consolidadas las iglesias por el trabajo en equipo.

Paul Humburg comenta aquí:

“El coche de un caballo es malo en el reino de Dios ... Nadie desprecie a los hermanos, aunque al principio den más trabajo que ayuda para avanzar, y sean más carga que apoyo. El maestro los envió de dos en dos y así podían complementarse bien.”

Es interesante que juntos se dieron cuenta que la pascua no podían celebrarla en el mes primero, como estaba prescrito, porque *“no había suficientes sacerdotes santificados”* (versículo 3). Evidentemente habían estudiado los libros de Moisés y se habían dado cuenta que en **(Nm 8:6-12)** había un permiso excepcional para celebrar la pascua en el mes segundo, y eso encajaba en su situación. Aquí vemos cómo las consultas conjuntas en torno a la Palabra de Dios hacen que aumente el conocimiento de la voluntad de Dios en la situación actual.

En camino con buenas nuevas

Las invitaciones a la fiesta de la pascua fueron enviadas por carta. Los destinatarios no eran solamente los ciudadanos de Judá con su centro en Jerusalén, sino que fue pasado *“pregón por todo Israel, desde Beerseba hasta Dan”* (versículo 5) y también *“Efraín y Manasés, hasta Zabulón”* (versículos 1 y 10).

Samaria, el reino de las diez tribus, ya había sido llevado a la cautividad por los asirios, de modo que las ciudades y pueblos habían quedado despoblados y no había muchas personas. Además, éstos adoraban a los dioses de las naciones paganas **(2 R 17)**.

Pero Ezequías tenía mucho interés en que todo el pueblo de Dios celebrara la pascua, y por eso envió *“correos con cartas de mano del rey y de sus príncipes por todo Israel y Judá”*. Ezequías había comprendido que la pascua no simbolizaba solamente el recuerdo de la salvación por medio de la sangre del cordero, sino que al mismo tiempo ponía de relieve la unidad y la comunión del pueblo de Dios. Él también se sentía unido con los miembros del pueblo de Dios que estaban bajo dominio extranjero y habían adoptado costumbres y ritos paganos.

Hoy nos encontramos en una situación muy parecida. La iglesia de Dios en el día de hoy está metida en disputas y dividida. Nada de unidad y testimonio común. Muchos hermanos se encuentran en iglesias y congregaciones donde se toleran falsas doctrinas, inmoralidad y principios que no son bíblicos o que se aceptan como pertenecientes a la cultura. Añadido a esto está el creciente número de creyentes que por sus vivencias en sus iglesias están en tal frustración que no quieren ya adherirse a ninguna asamblea.

Qué bendición, en cambio, son los creyentes e iglesias con un corazón ancho y un genuino sentido de responsabilidad para todos los hijos de Dios, que tratan de *“guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”* **(Ef 4:3)**. Creyentes que no hacen la vista gorda frente a opiniones y prácticas antibíblicas, sino que con un corazón compasivo y amoroso invitan a volver a Dios y orientarse de nuevo, viviendo ellos mismos como ejemplo lo que es la vida en la iglesia marcada por el Espíritu Santo.

Verdad y amor

En aquellas *“cartas de mano del rey”* repartidas por todo Israel por los correos, las graves diferencias que había dentro de aquel Israel dividido no fueron omitidas según la divisa

“los dogmas separan pero el amor une”. El mensaje del rey contenía tanto la exhortación de volver a Jehová y arrepentirse, como también la invitación amorosa y alentadora de celebrar la pascua en Jerusalén (versículo 5):

- *“Hijos de Israel, volved a Jehová el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”* (versículo 6).
- *“No seáis como vuestros padres y como vuestros hermanos, que se rebelaron contra Jehová el Dios de sus padres”* (versículo 7).
- *“No endurezcáis, pues, ahora vuestra cerviz como vuestros padres; someteos a Jehová, y venid a su santuario”* (versículo 8).
- *“Porque si os volviereis a Jehová, vuestros hermanos y vuestros hijos hallarán misericordia delante de los que los tienen cautivos, y volverán a esta tierra; porque Jehová vuestro Dios es clemente y misericordioso, y no apartará de vosotros su rostro, si vosotros os volviereis a él”* (versículo 9).

Las cartas del rey estaban marcadas por la verdad y el amor. En nuestra manera de pensar, hablar y vivir, deberían reconocerse estos dos grandes rasgos característicos de nuestro Señor.

“La verdad sin misericordia produce un legalismo vanidoso, que envenena a la iglesia y aleja de Cristo a la gente del mundo. La misericordia sin la verdad produce una indiferencia moral e impide que las personas reconozcan que necesitan a Jesucristo.”

“Sin la verdad nos falta el valor para hablar, nos faltan las convicciones que hay que transmitir. Sin la misericordia nos falta la compasión necesaria para enfrentarnos a las necesidades más profundas de nuestros prójimos.”

De ciudad en ciudad a pesar de todo

Es una escena conmovedora observar a los correos del rey llevando a cabo su cometido. Tienen buenas noticias en sus manos. Se dan prisa para invitar al mayor número posible a la gran fiesta en Jerusalén: *“Pasaron, pues, los correos de ciudad en ciudad por la tierra de Efraín y Manasés, hasta Zabulón”* (versículo 10).

Meditando en esta escena nos hace pensar en **(Is 52:7)**, donde habla de los *“pies hermosos”* de aquel que sobre los montes *“trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien”*. Pero al mismo tiempo desilusiona ver que la reacción de los invitados de entonces, igual que los de hoy, fue la de burlarse y reírse. Esta gente no tenía ningún interés en peregrinar a Jerusalén. La petición del rey les resultó extraña a sus corazones y cabezas. Se habían conformado, e incluso encariñado, con su propio “culto” mezclado con el paganismo y la idolatría **(2 R 17:33)**. Y así se rieron y se burlaron de estos mensajeros y de una ridícula invitación que no les interesaba en lo más mínimo. Henri Rossier (1835-1928), antiguo comentarista, anota lo siguiente sobre este pasaje:

“Escribid cartas como Ezequías. Mandad vuestro mensaje a todas partes y decid: el pueblo de Dios es un pueblo que se reúne rápidamente para adorar a Dios. Que testifique en la mesa del Señor de esta unidad obrada por el Espíritu Santo. Que se purifique de toda mezcla con un mundo impuro, y, por muy baja que haya sido la caída, puede volver a experimentar las primeras bendiciones. No creáis que hallaréis muchas almas. Vuestra amonestación tendrá como respuesta la indiferencia, la burla y el desprecio.”

Pero los correos del rey no se desanimaron por las reacciones negativas, sino que siguieron adelante y llegaron a ver cómo *“algunos hombres de Aser, de Manasés y de Zabulón se humillaron, y vinieron a Jerusalén”* (versículo 10).

En nuestros días va a ocurrir lo mismo. La invitación de obedecer a la Palabra de Dios también con respecto a las cuestiones del culto, no despertará gran entusiasmo, sino que muchas veces se encontrará con indiferencia, desinterés e incomprensión.

William MacDonald, con su larga experiencia, escribió una vez:

“Atenernos a la verdad del Nuevo Testamento siempre significará que seremos una oveja negra en la comunidad evangélica.”

Sin embargo: Unos pocos se pondrán en camino como entonces; reflexionarán, cambiarán de opinión y se humillarán. Las agujetas, el sudor y las lágrimas, como también el aguantar las burlas y el escarnio en el servicio para el Señor, no son en vano, ni antes ni ahora. Los pocos que se ponen en camino y obedecen al llamado de volver a Dios son una recompensa más que suficiente de todo el esfuerzo.

Gran alegría en el pueblo de Dios (2 Cr 30:15-27)

(2 Cr 30:15-27) *“Entonces sacrificaron la pascua, a los catorce días del mes segundo; y los sacerdotes y los levitas llenos de vergüenza se santificaron, y trajeron los holocaustos a la casa de Jehová. Y tomaron su lugar en los turnos de costumbre, conforme a la ley de Moisés varón de Dios; y los sacerdotes esparcían la sangre que recibían de manos de los levitas: Porque había muchos en la congregación que no estaban santificados, y por eso los levitas sacrificaban la pascua por todos los que no se habían purificado, para santificarlos a Jehová. Porque una gran multitud del pueblo de Efraín y Manasés, y de Isacar y Zabulón, no se habían purificado, y comieron la pascua no conforme a lo que está escrito. Mas Ezequías oró por ellos, diciendo: Jehová, que es bueno, sea propicio a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios, a Jehová el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario. Y oyó Jehová a Ezequías, y sanó al pueblo. Así los hijos de Israel que estaban en Jerusalén celebraron la fiesta solemne de los panes sin levadura por siete días con grande gozo: y glorificaban a Jehová todos los días los levitas y los sacerdotes, cantando con instrumentos resonantes a Jehová. Y habló Ezequías al corazón de todos los levitas que tenían buena inteligencia en el servicio de Jehová. Y comieron de lo sacrificado en la fiesta solemne por siete días, ofreciendo sacrificios de paz, y dando gracias a Jehová el Dios de sus padres. Y toda aquella asamblea determinó que celebrasen la fiesta por otros siete días; y la celebraron otros siete días con alegría. Porque Ezequías rey de Judá había dado a la asamblea mil novillos y siete mil ovejas; y también los príncipes dieron al pueblo mil novillos y diez mil ovejas: y muchos sacerdotes ya se habían santificado. Se alegró, pues, toda la congregación de Judá, como también los sacerdotes y levitas, y toda la multitud que había venido de Israel; asimismo los forasteros que habían venido de la tierra de Israel, y los que habitaban en Judá. Hubo entonces gran regocijo en Jerusalén; porque desde los días de Salomón hijo de David rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén. Después los sacerdotes y levitas, puestos en pie, bendijeron al pueblo: y la voz de ellos fue oída, y su oración llegó a la habitación de su santuario, al cielo.”*

Desde los días de Salomón, es decir, desde hacía 215 años, no se había percibido y documentado tal plenitud de alegría en el pueblo de Dios. Cuatro veces se nos habla de la “alegría” en estos pocos versículos:

- *“Así los hijos de Israel ... celebraron la fiesta solemne de los panes sin levadura por siete días con grande gozo”* (versículo 21).
- *“Y toda aquella asamblea determinó que celebrasen la fiesta por otros siete días; y la celebraron otros siete días con alegría”* (versículo 23).
- *“Se alegró, pues, toda la congregación de Judá, como también los sacerdotes y levitas”* (versículo 25).
- *“Hubo entonces gran regocijo en Jerusalén; porque desde los días de Salomón hijo de David rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén”* (versículo 26).

Todo hombre anhela una alegría genuina, profunda y duradera. No obstante, todos sabemos por experiencia que este anhelo de gozo auténtico del corazón no se satisface ni con cosas materiales ni con alegrías sensuales.

Una alegría auténtica y contagiosa, que no depende de las circunstancias exteriores, a la verdad debería ser la característica de todo creyente. La Biblia nos exhorta muchas veces a gozarnos, y tenemos todas las razones para hacerlo. Pero la realidad es que hoy en día hay que buscar con lupa a los creyentes con una alegría no fingida y rebosante. Nuestra cara y expresión casi nunca es una buena propaganda para el cristianismo y es más apropiada para una empresa funeraria.

El filósofo y burlador Friedrich Nietzsche observó esto mismo: “Vuestras caras siempre han sido más afrentosas para vuestra fe que vuestras razones. Si esas buenas nuevas de vuestra Biblia se os notaran en vuestras caras, no tendríais necesidad de exigir con tanta testarudez la fe en la autoridad de este libro... una nueva Biblia debería formarse constantemente por medio de vosotros mismos.”

En los tiempos de Ezequías, también había escasez de alegría. Generaciones de Israelitas habían vivido sin haber conocido ese gozo del Señor. Pero ahora Jerusalén casi explotaba de tanta alegría y júbilo. ¿De dónde vino eso y qué podemos aprender nosotros de ello?

La alegría y la idolatría no pueden ir juntas

El versículo 16 nos narra que *“una gran multitud del pueblo”* iba marchando hacia Jerusalén, para celebrar allí la pascua. El contexto parece indicar que se trataba de gente del norte de Israel que se pusieron en camino hacia Jerusalén, y también gente de las ciudades de Judá.

Una vez llegados a Jerusalén, vieron los altares dedicados a los ídolos de tiempos pasados y se deshicieron de ellos echándolos al torrente de Cedrón.

Los habitantes de Jerusalén parece que estaban tan acostumbrados a verlos que su presencia no les inquietaba. ¿Habían pasado inadvertidos algunos de ellos durante la limpia de Ezequías (**2 R 18:3**)?

No podemos dar una respuesta segura, porque no podemos determinar claramente el orden cronológico de las reformas de Ezequías. Pero sí que debemos notar que, lo que para ellos ya era normal, para sus vecinos del norte resultó ser algo terrible que había que destruir inmediatamente. Y es que a veces estamos ciegos a nuestros propios errores y nos vendría bien un examen desde afuera.

En todo caso, la idolatría, no importa de qué clase sea, no se lleva bien con el culto a Dios. Eso lo vieron claro los visitantes del reino del norte, y evidentemente los habitantes de Jerusalén no les estorbaron cuando comenzaron a eliminar los altares idólatras, e incluso les ayudaron. Eso es algo muy inusual.

Humildad, la condición necesaria para recibir bendición y alegría

Es interesante que el celo de los visitantes de Jerusalén sacó los colores a los sacerdotes y levitas presentes allí (el versículo 15 dice que estaban *“llenos de vergüenza”*). Aquellos que por sus conocimientos de las Escrituras hubieran tenido que ir por delante con su buen ejemplo, reaccionan con humildad ante la fidelidad de los peregrinos, se corrigen y no se sienten heridos en su dignidad. Eso es algo grande espiritualmente.

Sin sinceridad no hay gozo auténtico

Una reacción en cadena muy positiva son los hechos espirituales que vemos ocurrir en los siguientes versículos: ya hemos visto que los sacerdotes y levitas se humillaron cuando sus vecinos del norte, “mucho menos espirituales”, les habían mostrado la vergonzosa idolatría que todavía quedaba en Jerusalén. Pero después de esto, ellos mismos se dieron cuenta de que no se habían purificado adecuadamente, por lo que no querían sacrificar los animales que habían traído. Es interesante notar que el hecho de que vieran los defectos de otros, no les cegaba para ver también sus propias faltas y pecados, algo que no suele ocurrir con frecuencia. Seguramente fue la humildad y sinceridad de los sacerdotes y levitas lo que les condujo a ellos mismo a reconocer sus propios errores. ¡Qué ilustración más impresionante de **(Stg 5:16)**: *“Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados”!*

Donde está la gracia, allí también hay paz

Hace muchos años un hermano anciano me llamó la atención sobre el hecho de que todas las epístolas de Pablo a las iglesias comienzan con el saludo: *“Gracia y paz a vosotros de Dios”* **(Ro 1:7) (1 Co 1:3) (2 Co 1:2) (Ga 1:2)**. Su breve comentario al respecto se me ha quedado grabado de manera imborrable en la memoria: *“Donde está la gracia, allí también hay paz”*.

La historia de la iglesia y los problemas actuales en muchas iglesias confirman esta observación. Ezequías conocía perfectamente las deficiencias en el pueblo de Dios en lo referente a la purificación y santificación. Había suficientes pruebas que hubieran justificado serias discusiones, “reunión de ancianos” y disciplina. Pero Ezequías se dirigió en oración a Dios intercediendo por su pueblo, una actitud que nosotros también deberíamos recordar cuando pasamos por situaciones semejantes: *“Jehová, que es bueno, sea propicio a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario. Y oyó Jehová a Ezequías, y sanó al pueblo”* (versículos 18-20).

Con razón pregunta el conocido comentarista C. H. Mackintosh en sus meditaciones sobre Ezequías: *“¿Por qué nos falta a nosotros tantas veces la fuerza acogedora de la gracia?”*.

Lo importante es el corazón

En el versículo 19 Ezequías ora por aquellos en el pueblo de Dios que, a pesar de no estar purificados según la ley, habían *“preparado su corazón para buscar a Dios”*. Y en el versículo 22 Ezequías habla *“al corazón de todos los levitas que tenían buena inteligencia en el servicio de Jehová”*. Las deficiencias en el conocimiento eran un motivo de oración para Ezequías, no un motivo para un procedimiento disciplinario. Detectó y se interesó por aquellos cuyo corazón buscaba a Dios a pesar de sus muchas faltas y deficiencias.

Pero Ezequías también habló al corazón de los levitas que conocían muy bien las leyes de la purificación, y que quizás estaban en peligro de controlar demasiado la piedad formal. Normalmente, a estas personas les cuesta gozarse en la gracia de Dios visible en la vida de aquellos hermanos que aparentemente no son tan fieles.

La bondad de Dios da lugar a la generosidad

El conocimiento de la bondad de Dios tuvo un efecto positivo en Ezequías. Regaló *“al pueblo mil novillos y siete mil ovejas”*. Su generosidad se extendió a los principales del pueblo: ellos también *“dieron al pueblo mil novillos y diez mil ovejas”*.

Cuando los corazones están puestos en Dios, gozándose en la bondad y misericordia del Señor, entonces no hay necesidad de llamamiento a hacer donativos. Entonces se experimenta que *“más bienaventurado es dar que recibir” (Hch 20:35)*.

Alegría rebosante

Siete días celebró el pueblo de Dios la fiesta de los panes sin levadura *“con grande gozo”* (versículo 21). Y el último día de la fiesta todos deseaban una sola cosa: *“¡Queremos celebrar otros siete días!”*. En este capítulo hallamos, por lo tanto, el único ejemplo en la Biblia en que esta fiesta de los panes sin levadura se celebrara durante 14 días. Este gozó único y rebosante marcó esta fiesta, que terminó de una manera inmejorable: *“Después los sacerdotes y levitas, puestos en pie, bendijeron al pueblo; y la voz de ellos fue oída, y su oración llegó a la habitación de su santuario, al cielo”* (versículo 27).

¿Y las consecuencias?

“Hechas todas estas cosas, todos los de Israel que habían estado allí salieron por las ciudades de Judá, y quebraron las estatuas y destruyeron las imágenes de Asera, y derribaron los lugares altos y los altares por todo Judá y Benjamín, y también en Efraín y Manasés, hasta acabarlo todo” (2 Cr 31:1).

El haber vivido esa alegría en la presencia de Dios les dio a los israelitas la motivación y la fuerza para destruir toda idolatría también en su vida cotidiana y su entorno acostumbrado, lo cual antes no pudieron hacer.

Animémonos los unos a los otros con las palabras de Nehemías: *“el gozo del Señor es vuestra fortaleza” (Neh 8:10)*. El verdadero gozo en el Señor hará que nos cueste poco soltar las “alegrías” dudosas y fortalecer nuestras manos. Esto nos llevará a asumir las consecuencias necesarias y visibles en nuestro propio entorno y se dejará ver en nosotros quién es la única fuente de nuestra alegría: *“La alegría radical en Dios destruye el pecado y glorifica a Cristo”*.

Fidelidad en el manejo de las posesiones (2 Cr 31:1-21)

(2 Cr 31:1-21) “Hechas todas estas cosas, todos los de Israel que habían estado allí, salieron por las ciudades de Judá, y quebraron las estatuas y destruyeron las imágenes de Asera, y derribaron los lugares altos y los altares por todo Judá y Benjamín, y también en Efraín y Manasés, hasta acabarlo todo. Después se volvieron todos los hijos de Israel a sus ciudades, cada uno a su posesión.

Y arregló Ezequías la distribución de los sacerdotes y de los levitas conforme a sus turnos, cada uno según su oficio, los sacerdotes y los levitas para ofrecer el holocausto y las ofrendas de paz, para que ministrasen, para que diesen gracias y alabasen dentro de las puertas de los atrios de Jehová. El rey contribuyó de su propia hacienda para los holocaustos a mañana y tarde, y para los holocaustos de los días de reposo, nuevas lunas, y fiestas solemnes, como está escrito en la ley de Jehová. Mandó también al pueblo que habitaba en Jerusalén, que diese la porción a los sacerdotes y levitas, para que ellos se dedicasen a la ley de Jehová. Y cuando este edicto fue divulgado, los hijos de Israel dieron muchas primicias de grano, vino, aceite, miel, y de todos los frutos de la tierra: trajeron asimismo en abundancia los diezmos de todas las cosas. También los hijos de Israel y de Judá, que habitaban en las ciudades de Judá, dieron del mismo modo los diezmos de las vacas y de las ovejas; y trajeron los diezmos de lo santificado, de las cosas que habían prometido a Jehová su Dios, y los depositaron en montones. En el mes tercero comenzaron a formar aquellos montones, y terminaron en el mes séptimo. Cuando Ezequías y los príncipes vinieron y vieron los montones, bendijeron a Jehová, y a su pueblo Israel. Y preguntó Ezequías a los sacerdotes y a los levitas acerca de esos montones. Y el sumo sacerdote Azarías, de la casa de Sadoc, le contestó: Desde que comenzaron a traer las ofrendas a la casa de Jehová, hemos comido y nos hemos saciado, y nos ha sobrado mucho: porque Jehová ha bendecido su pueblo, y ha quedado esta abundancia de provisiones.

Entonces mandó Ezequías que preparasen cámaras en la casa de Jehová; y las prepararon. Y en ellas depositaron las primicias y los diezmos y las cosas consagradas, fielmente; y dieron cargo de ello al levita Conanías, el principal, y Simeí su hermano fue el segundo. Y Jehiel, Azazías, Nahat, Asael, Jerimot, Jozabad, Eliel, Ismaquías, Mahat, y Benaía, fueron los mayordomos al servicio de Conanías y de Simeí su hermano, por mandamiento del rey Ezequías y de Azarías, príncipe de la casa de Dios. Y el levita Coré hijo de Imna, guarda de la puerta oriental, tenía cargo de las ofrendas voluntarias para Dios, y de la distribución de las ofrendas dedicadas a Jehová, y de las cosas santísimas. Y a su servicio estaba Edén, Benjamín, Jesúa, Semaías, Amarías, y Secanías, en las ciudades de los sacerdotes, para dar con fidelidad a sus hermanos sus porciones conforme a sus grupos, así al mayor como al menor; a los varones anotados por sus linajes, de tres años arriba, a todos los que entraban en la casa de Jehová, para desempeñar su ministerio, según sus oficios y grupos; también a los que eran contados entre los sacerdotes según sus casas paternas; y a los levitas de edad de veinte años arriba, conforme a sus oficios y grupos; eran inscritos con todos sus niños, sus mujeres, sus hijos e hijas, toda la multitud; porque con fidelidad se consagraban a las cosas santas. Del mismo modo para los hijos de Aarón, sacerdotes, que estaban en los ejidos de sus ciudades, por todas las ciudades, los varones nombrados tenían cargo de dar sus

porciones a todos los varones de entre los sacerdotes, y a todo el linaje de los levitas. De esta manera hizo Ezequías en todo Judá: y ejecutó lo bueno, recto, y verdadero, delante de Jehová su Dios. En todo cuanto emprendió en el servicio de la casa de Dios, de acuerdo con la ley, buscó a su Dios, lo hizo de todo corazón, y fue prosperado.”

Después de haber celebrado con gran alegría en Jerusalén la pascua y la fiesta de los panes sin levadura, y después de haber sido bendecido el pueblo, destruyeron los últimos restos de la idolatría en Judá y Benjamín, como también en Efraín y Manasés. La purificación efectuada y el gozo del Señor vivido, les había dado una decisión y fuerza para esta tarea que semanas antes no lo hubieran creído posible.

Después de regresar cada uno a su “posesión” (versículo 1), Ezequías se preocupó de que el culto de los sacerdotes y levitas fuera ejercido según la ley de Jehová. Ezequías mismo dio de su posesión la parte del rey (versículo 3) para los holocaustos y las fiestas anuales, “*como está escrito en la ley de Jehová*”.

Dar lo que se debe

Ahora viene un pasaje interesantísimo y muy actual concerniente al monedero: Ezequías dio claras órdenes al pueblo, para que dieran lo prescrito para el servicio en el templo y también para el sustento de los pobres y necesitados. Él mismo había dado buen ejemplo y por ello tenía la autoridad moral para dar claras instrucciones a sus súbditos. Un sabio llegó a la siguiente convicción: “Es más fácil seguir huellas que órdenes”. En los versículos que siguen se trata de las “*ofrendas de paz*”, los “*diezmos*”, las “*primicias*” y de “*los diezmos de lo santificado, de las cosas que habían prometido a Jehová su Dios*” (versículos 5-6), y también “*ofrendas voluntarias*” (versículo 14).

Ofrendas en abundancia

Nos llama la atención que esta orden del rey no provocara murmuraciones o rechazo. Todo lo contrario, tenemos la impresión de que la gente casi competía por dar lo más posible para el Señor y su obra. En los versículos 6-10 leemos las palabras “*muchas primicias*” y “*en abundancia*”. Luego leemos que depositaron las ofrendas “*en montones*”, de modo que el rey asombrado preguntó al sumo sacerdote Azarías para qué eran esos montones de provisiones. La respuesta conmovedora de Azarías fue ésta: “*Desde que comenzaron a traer las ofrendas a la casa de Jehová, hemos comido y nos hemos saciado, y nos ha sobrado mucho, porque Jehová ha bendecido a su pueblo; y ha quedado esta abundancia de provisiones*” (versículo 10). Por mandato del rey incluso hubo que edificar cámaras para guardar toda esa bendición (versículo 11). Es decir, fue donado más de lo que los sacerdotes y levitas necesitaban para vivir.

Ofrendando con alegría

El obedecer los mandatos del libro de Números y Deuteronomio en cuanto a las ofrendas era un buen indicador para ver en qué condición estaba el corazón del pueblo. Ahí se mostraba su obediencia, gratitud y amor para con su Creador, Salvador y Dios.

El “*diezmo*” de todo ganado y del “*fruto de la tierra*” debía ser llevado al templo de Jerusalén y mostrarles a los israelitas que no eran propietarios, sino sólo administradores de los bienes materiales que Dios les había encomendado. Además de esto, el diezmo

servía para asegurar el mantenimiento de los levitas, que servían en el tabernáculo y después en el templo (**Nm 18:21,24**).

Todo israelita debía llevar al templo las *“primicias”* de todo ganado y del fruto de la tierra y ponerlo delante de Dios, recordando de qué esclavitud fue liberado el pueblo de Dios, y que Dios les había llevado a una tierra donde *“fluía leche y miel”*. Las *“primicias”* debían repartirse entre los levitas y los extranjeros y comerse con gratitud y alegría en la presencia de Dios (**Dt 26:1-11**).

Cada tercer año, además, debía darse el diezmo de toda la cosecha al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda, que se hallaban en sus cercanías. Este diezmo, por lo tanto, no debía llevarse al templo, sino que servía para el mantenimiento de los levitas y necesitados en sus proximidades (**Dt 14:28-29**) (**Dt 26:12**).

Además de esto, todo israelita podía dar *“ofrendas voluntarias”* cuantas quisiera, en señal de gratitud y alegría. Dios había prometido su bendición especial a los que obedecieran a estos mandamientos para ofrendar. El israelita fiel y obediente no iba a empobrecer por dar estas ofrendas, sino todo lo contrario (**Dt 14:29**) (**Dt 26:15**).

(**Mal 3:8-10**) deja claro que la negligencia en dar el diezmo y las ofrendas de Dios era equivalente a *“robar a Dios”*.

El diezmo

Es interesante ver que antes de existir la ley, el diezmo era algo usual en hombres temerosos de Dios. Abraham dio a Melquisedec el diezmo (**Gn 14:20**) y Jacob prometió a Dios: *“de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para tí”*.

El diezmo es señal de que no somos poseedores de los bienes recibidos, sino sólo administradores. El diezmo, por lo tanto, no tiene nada que ver con legalismo, sino con la actitud de nuestro corazón. Aquel que haya reconocido y experimentado en su vida la riqueza de la gracia de Dios y tenga el deseo de seguir las pisadas del Señor (aunque a distancia, por nuestra debilidad), no preguntará con avaricia: *“¿cuánto tengo que dar de mis ingresos?”*, sino que agradecido considerará: *“¿cuánto puedo quedarme para mí de mis ingresos, sin defraudar el dinero del Señor?”*.

Rany Alcorn escribe al respecto:

“Misericordia antes que legalismo – con esta afirmación intentamos justificar que lo normal para los creyentes ricos es dar menos que el israelita más pobre. Con ese barniz teológico lo que dicen en realidad es que Dios ha rebajado sus normas en cuanto a las ofrendas y que la gracia del Nuevo Testamento es más débil que la de la ley. Esta manera de ver las cosas es un insulto para la obra de Cristo que salva y capacita... Tenemos que probar nuestro corazón para ver si, al decir que el diezmo hoy ya no está en vigor, usamos la gracia meramente como salvoconducto para aferrarnos tanto más a las riquezas materiales. El Nuevo Testamento muestra claramente que los creyentes son llamados a estar más dispuestos a sacrificarse y a ser más generosos y no lo contrario.”

El cuidado de los siervos de Dios

Ezequías fundamenta con un argumento interesante su exhortación a dar para el sustento de los sacerdotes y levitas: *“para que ellos se dediquen a la ley de Jehová”* (versículo 4). Sería lógico pensar que aquellos que sirven en el templo son lo suficientemente espirituales como para cumplir este servicio aún sin el apoyo material suficiente. Pero se

ve que Ezequías conocía la astucia y los abismos de su propio corazón y de ahí que conocía también los corazones de los sacerdotes y levitas. Cualquier siervo de Dios que sirve al Señor “a pleno tiempo”, con la confianza que Dios garantizará su abastecimiento, conoce la tentación de hacer compromisos en situaciones de crisis. O de echar por la borda convicciones espirituales, cuando aparentemente no entran ingresos para poder sufragar gastos necesarios y urgentes. Recuerdo la visita de un evangelista del Siberia, padre de ocho hijos, que estuvo hace unas semanas aquí con nosotros. Bastante abatido nos contó que si bien bastantes iglesias le apoyaban con donativos para la misión social dentro de su ministerio, casi nadie, sin embargo, pensaba en el hecho de que como evangelista también tenía una familia numerosa.

Abraham, el “*padre de los creyentes*” se fue a Egipto cuando hubo hambre en la tierra de Canaán, y lo hizo a pesar de todas las promesas de Dios que tenía. Allí negó tanto a su mujer, como las promesas de Dios (**Gn 12:9-20**).

En Nehemías 13 leemos que en ese tiempo los levitas no recibieron el diezmo. La consecuencia: Huyeron cada uno “*a su heredad*” (**Neh 13:10**). Desatendieron sus tareas en el templo, porque se sintieron obligados a trabajar por su sustento.

En nuestros días también es frecuente que hermanas y hermanos dotados y comisionados por Dios en su vida cotidiana pierdan su fe práctica, por hallar poco o ningún apoyo material de sus hermanos en la fe. Ezequías fue lo suficientemente sobrio como para prevenir este peligro, y nosotros haremos bien si seguimos su ejemplo.

En aquel tiempo todo israelita pudo decir gozoso y agradecido: “*Jehová ha bendecido a su pueblo; y ha quedado esta abundancia de provisiones*”.

La alegría a la hora de dar es siempre el resultado de un avivamiento personal y común. De esto tenemos la prueba en la Biblia, en el Antiguo y Nuevo Testamento, y también en la historia de la iglesia en todos los siglos.

Se requiere fidelidad

En conexión con la administración de las ofrendas generosas del pueblo, se menciona en los versículos 11 al 20 tres veces la palabra “*fidelidad*”: “depositaron las primicias y los diezmos y las cosas consagradas, fielmente” (versículo 12); “para dar con fidelidad a sus hermanos sus porciones conforme a sus grupos, así al mayor como al menor” (versículo 15); “porque con fidelidad se consagraban a las cosas santas” (versículo 18).

Es necesaria la fidelidad para emplear espiritualmente los propios ingresos como buen administrador. También se requiere la fidelidad para administrar lealmente los donativos que hermanos en la fe nos han encomendado. Es triste que el desfaldo de dineros no se limita al ámbito de la economía. Es un problema actual y escandaloso, que también encontramos en misiones e iglesias cristianas.

Dinero encomendado es “dinero santo” entregado a “manos santas” y tiene que ser administrado con temor de Dios y fidelidad.

Aquí también se aplica lo dicho en (**1 Co 4:2**): “*Se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.*”

De modo que este desafiante capítulo de la vida y el servicio de Ezequías cierra con el testimonio conmovedor de Dios: “En todo cuanto emprendió en el servicio de la casa de Dios, de acuerdo con la ley y los mandamientos, buscó a su Dios, lo hizo de todo corazón, y fue prosperado” (versículo 21).

Una prueba decisiva (2 Reyes 18:13-20)

(2 R 18:13-20) *“A los catorce años del rey Ezequías, subió Senaquerib rey de Asiria contra todas las ciudades fortificadas de Judá, y las tomó. Entonces Ezequías rey de Judá envió a decir al rey de Asiria que estaba en Laquis: Yo he pecado; apártate de mí, y haré todo lo que me impongas. Y el rey de Asiria impuso a Ezequías rey de Judá trescientos talentos de plata, y treinta talentos de oro. Dio, por tanto, Ezequías toda la plata que fue hallada en la casa de Jehová, y en los tesoros de la casa real. Entonces Ezequías quitó el oro de las puertas del templo de Jehová y de los quiciales que el mismo rey Ezequías había cubierto de oro, y lo dio al rey de Asiria. Después el rey de Asiria envió contra el rey Ezequías al Tartán, al Rabsaris y al Rabsaces, con un gran ejército, desde Laquis contra Jerusalén, y subieron y vinieron a Jerusalén. Y habiendo subido, vinieron y acamparon junto al acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Lavador. Llamaron luego al rey, y salió a ellos Eliaquim hijo de Hilcías, mayordomo, y Sebna escriba, y Joa hijo de Asaf, canciller. Y les dijo el Rabsaces: Decid ahora a Ezequías: Así dice el gran rey de Asiria: ¿Qué confianza es esta en que te apoyas? Dices (pero son palabras vacías): Consejo tengo y fuerzas para la guerra. Mas ¿en qué confías, que te has rebelado contra mí?”*

Habían pasado catorce años, es decir, casi la mitad del reinado de Ezequías. Habían sido años de enormes cambios y reformas. La determinación del rey había hecho mella. Esta larga etapa en la vida de Ezequías recibió una valoración maravillosa de parte de Dios, testificando que toda su obra la hizo *“de todo corazón”* y *“fue prosperado”* (2 Cr 31:21).

Después de catorce años de tranquilidad y obra edificadora, la confianza ejemplar y la decisión de Ezequías fueron sometidas a una prueba de fuego. Dios permitió que el rey de Asiria, Senaquerib, cuyo predecesor algunos años atrás había llevado en cautiverio el reino del norte de Israel, se fijase en el insumiso rey de Judá que se había rebelado contra él y llevaba años negándose a pagar los tributos pendientes (2 R 18:7).

Ahora Senaquerib movilizó sus ejércitos e invadió Judá. Tomó *“todas las ciudades fortificadas de Judá”* y marchaba ya hacia Jerusalén. ¿Cómo reaccionará Ezequías, aquel que había puesto su confianza en Dios como ningún otro? ¿Pondría toda su esperanza en Dios, como lo había hecho desde principio de su reinado, por muy amenazadoras que fueran las potencias enemigas? Las pruebas muestran lo que hemos aprendido en la escuela de Dios. El relato paralelo en 2 Crónicas 32 introduce el sitio de los asirios con las siguientes palabras: *“Después de estas cosas y de esta fidelidad vino Senaquerib...”*

Después de un tiempo de bendición, Dios a veces permite las pruebas en forma de circunstancias que amenazan nuestra vida, para probar nuestra confianza y nuestra constancia. Debemos conocer nuestro corazón engañoso, que en los tiempos de bendiciones, muy pronto corren el peligro de enorgullecerse y atribuirse a sí mismo todas las victorias y progresos. Una fe que no ha sido puesta a prueba no es fe. A menudo el Señor prueba justo aquellas propiedades que nosotros o nuestros hermanos en la fe calificamos como nuestra fortaleza. Quiere hacernos ver que aun el creyente más espiritual y experimentado es capaz de cometer toda clase de torpezas, si no deja que la gracia de Dios le guarde.

Moisés, el hombre *“más manso que todos los hombres que había sobre la tierra”* (Nm 12:3), tuvo que experimentar dolorosamente que *“perdió la paciencia”* y con una ira no precisamente santa golpeó la peña en vez de hablarle como Dios le había mandado. Que se lo digan a Elías y a Pedro, lo profundo que se puede caer cuando confiamos en

nosotros mismos. El enebro y el fuego en el patio del sumo sacerdote fueron testigos de ello.

¿Retrospectiva peligrosa?

Podemos imaginarnos que después de tantos años de experiencias políticas positivas, este ataque enemigo le pilló por sorpresa. Las pruebas a menudo vienen del lado donde menos se esperan.

¿Convocó una reunión con sus principales en esta situación tan crítica? ¿O acaso se retiró a orar, para buscar la dirección de Dios? Probablemente no lo hizo. Quizá recordó la táctica de Acaz, su padre impío, que en una situación parecida apaciguó al rey de Asiria con el oro y la plata del templo.

Ezequías que en su juventud había escogido al rey David como modelo, ahora, en la mitad de su vida, de repente se orienta tomando otras pautas. Echa mano de medidas meramente humanas para escapar del peligro inminente, adulando a Senaquerib de forma casi servil: *“Yo he pecado; apártate de mí, y haré todo lo que me impongas”*.

En vez de confesar al Dios de Israel su poca fe y pedir su ayuda, vuelve compungido e incondicionalmente a aquel cuyo yugo había echado de sí tan decididamente hacía unos años. Paul Humburg escribe al respecto:

“En la hora de tribulación la fe de Ezequías cae a un nivel más bajo de lo que estamos acostumbrados a ver en él. Escoge ideales más bajos. En las horas de fe en su corazón no hubo lugar para el temor. En el momento de la angustia y del aprieto quiere ayudarse él mismo y echa mano de esta medida indigna.”

Y el precio fue altísimo: El asirio exige 30 talentos de oro y 300 talentos de plata, lo cual equivale aproximadamente a una tonelada de oro y diez toneladas de plata. Hoy, como entonces, esto era un precio desmesuradamente alto, y Ezequías estaba dispuesto a pagarlo.

Los compromisos que no se sujetan a la Biblia exigen siempre un alto precio en la vida espiritual y no cumplen las expectativas.

El precio que hay que pagar por hacer compromisos que no están de acuerdo con la Biblia

Para juntar esa enorme cantidad, Ezequías tuvo que dar su propia fortuna de oro y plata, y más aún, todo el oro y la plata que se hallaban en el templo. La Biblia describe esta trágica escena con pocas palabras, pero de gran peso: *“Entonces Ezequías quitó el oro de las puertas del templo de Jehová y de los quiciales que el mismo rey Ezequías había cubierto de oro, y lo dio al rey de Asiria”*.

Ezequías probablemente había estado juntando durante años con mucho esfuerzo este tesoro y estas reservas de oro y plata. Y ahora, en pocas horas, estaba dispuesto a arrancar y entregar lo que, visto tipológicamente, hablaba de la gloria de Dios y del precio de la redención.

¿Qué recuerdos pasarían por la mente de Ezequías al arrancar el oro de las puertas y de los quiciales que él mismo había cubierto hacía unos años, y entregárselo todo a los asirios?

Nunca olvidaré cómo un antiguo colaborador apreciado y dotado para la obra evangelística entre la juventud vino a mí con varias cajas llenas de valiosos libros cristianos. Cuando era más joven había trabajado y ahorrado mucho para poder comprarse esos comentarios y biografías que luego había leído, sacando gran provecho de ellos. Me los entregó con las siguientes palabras: “Toma, para mí ya no tienen ninguna utilidad. Quizá puedes aprovecharlos tú, o se lo das a alguien que se interese por ellos.”

Al menos no quiso dinero por estos desechos eliminados...

“Compra la verdad y no la vendas” (Pr 23:23)

Es muy deprimente ver desarrollos parecidos en nuestros días. No son pocos los hermanos que durante años han dado a muchos creyentes orientación y ejemplo por su fidelidad, entrega y temor de Dios, y que después, en relativamente poco tiempo, parecen abandonar las convicciones bíblicas vividas y predicadas durante años.

Diferentes situaciones de crisis que Dios permite para probarnos, a menudo originan que echemos por la borda valores espirituales y morales como si fueran un peso superfluo. Eso es muy triste. Sólo en las tormentas de nuestra vida, en las situaciones de crisis en la iglesia, donde el viento del postmodernismo nos sacude y parece relativizar todo, se revela si nuestra teología hasta ese momento era meramente un asunto de la mente y dogmas adoptados de otros, o si era una convicción que Dios nos ha dado basada en la Biblia y que defendemos con todas nuestras fuerzas. La sed de honores, el afán por tener éxito, las ansias de armonía, hambre de poder y lamentablemente también el puro materialismo, son las causas más profundas por las que muchos líderes espirituales parecen perder toda orientación en nuestros tiempos.

Las posiciones bíblicas básicas por las que muchos reformadores estaban dispuestos a morir en la hoguera, hoy con ligereza se califican de anticuadas y rápidamente van a la basura. ¡Es asombroso! Pensemos por ejemplo cómo en la teología liberal, y ya también dentro del movimiento evangélico de la iglesia emergente, se habla en tono burlador y despectivamente de la muerte expiatoria del Hijo de Dios en la cruz. Algunas misiones que hace décadas empezaron como obra de fe dando ejemplo positivo, ahora no rehuyen “lloriquear y extender sus necesidades económicas continuamente ante un mundo cínico”.

Es para exclamar como Jeremías: *“¡Cómo se ha ennegrecido el oro! ¡Cómo el buen oro ha perdido su brillo! Las piedras del santuario están esparcidas por las encrucijadas de todas las calles” (Lm 4:1).*

El oro perdido

Lo que Acáz, su padre impío, consiguió con entregar los tesoros de la casa de Dios, no funcionó con Ezequías. Aunque el rey de Asiria aceptó con mucho gusto el oro y la plata, ni en sueños pensó en cambiar sus planes de asedio. Ezequías tuvo que vivir lo necio que es confiar en los hombres.

Dios se preocupó de que el heraldo de Senaquerib planteara en alta voz a oídos de Ezequías y Jerusalén la pregunta burlona: *“¿Qué confianza es esta en que te apoyas? ... Mas ¿en qué confías?” (2 R 18:19-20).*

Es para avergonzarse cuando Dios tiene que hacernos tal pregunta por boca de hombres impíos.

Muy desagradable para Ezequías, puesto que su confianza en Dios era lo que le caracterizaba.

¡Qué vergüenza, cuando los creyentes dan ocasión a artículos burlones en la prensa secular, por ejemplo, sobre intrigas dentro de “misiones de fe evangélicas” y sus líderes!

Qué razón tenía Paul Hurburg:

“Los caminos que emprendemos con nuestras propias fuerzas y sabiduría siempre acarrearán humillaciones. Precisamente cuando queremos mostrar nuestra inteligencia sale a la luz nuestra necesidad. Cuando confiamos en nuestra fuerza, se revela nuestra impotencia: humillaciones que Dios quería que no tuviéramos que pasar por ellas.”

Golpe tras golpe (2 Reyes 20:1-11)

(2 R 20:1-11) *“En aquellos días Ezequías cayó enfermo de muerte. Y vino a él el profeta Isaías hijo de Amoz, y le dijo: Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás. Entonces él volvió su rostro a la pared, y oró a Jehová y dijo: Te ruego, oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan. Y lloró Ezequías con gran lloro. Y antes que Isaías saliese hasta la mitad del patio, vino palabra de Jehová a Isaías, diciendo: Vuelve, y di a Ezequías, príncipe de mi pueblo: Así dice Jehová, el Dios de David tu padre: Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Jehová. Y añadiré a tus días quince años, y te libraré a ti y a esta ciudad de mano del rey de Asiria; y ampararé esta ciudad por amor a mí mismo, y por amor a David mi siervo. Y dijo Isaías: Tomad masa de higos. Y tomándola, la pusieron sobre la llaga, y sanó. Y Ezequías había dicho a Isaías: ¿Qué señal tendré de que Jehová me sanará, y que subiré a la casa de Jehová al tercer día? Respondió Isaías: Esta señal tendrás de Jehová, de que hará Jehová esto que ha dicho: ¿Avanzará la sombra diez grados, o retrocederá diez grados? Y Ezequías respondió: Fácil cosa es que la sombra decline diez grados; pero no que la sombra vuelva atrás diez grados. Entonces el profeta Isaías clamó a Jehová; e hizo volver la sombra por los grados que había descendido en el reloj de Acaz, diez grados atrás.”*

En el capítulo anterior hemos visto cómo Ezequías fracasó en la prueba decisiva de su confianza en Dios. Frente al sitio del poderoso rey de Asiria se desvaneció su confianza en Dios y oímos de su boca la oferta vergonzosa: *“Yo he pecado; apártate de mí, y haré todo lo que me impongas” (2 R 18:14).*

¡Con qué recuerdos y con qué remordimiento habrá llevado a cabo esta acción!

Pero no sirvió para nada. El rey de Asiria, ni le dio las gracias por este enorme pago tributario, sino que avanzó aún más con su ejército para sitiar la ciudad de Jerusalén.

Ezequías tuvo que aprender dolorosamente que en los tiempos de crisis, cuando la fe es puesta a prueba, todas sus ideas para ayudarse a sí mismo no eran apropiadas para salir del apuro. No sólo perdió todas sus riquezas, por las que había trabajado durante años, sino que entregó el oro y la plata en manos de un enemigo impío que con ello cimentó aún más su poder, teniendo razón suficiente para burlarse de Ezequías y ridiculizar la esperanza en Dios que hasta entonces había tenido.

Las palabras hirientes y provocadoras del asirio habrán retumbado en sus oídos: *“¿Qué confianza es esta en que te apoyas?” (2 R 18:19).*

Fueron recuerdos dolorosos de años dorados y bendecidos en los caminos de su Dios. Pero eso ahora había pasado a la historia ...

Años perdidos, posesiones perdidas, fiabilidad perdida, fuerza perdida, autoridad perdida; seguro que muchos de nosotros recordaremos pérdidas parecidas. Pérdidas dolorosas que sufrimos en las encrucijadas de nuestra vida por querer salir del cenagal sin ayuda.

Golpe tras golpe

Comparando las fechas en la vida de Ezequías llegamos a la conclusión de que los relatos sobre su vida no están narrados cronológicamente. Si Ezequías reinó 29 años en

Judá, y si en el año 14 de su gobierno Senaquerib con el ejército asirio puso cerco a Jerusalén, entonces tenemos que situar la enfermedad de Ezequías descrita en 2 Reyes 20 justo en ese período del cerco de Jerusalén. Porque después de su oración emotiva en su lecho de muerte, Dios alargó su vida otros 15 años con la promesa: *“y te libraré a ti y a esta ciudad de mano del rey de Asiria” (2 R 20:6)*.

Evidentemente Ezequías *“cayó enfermo de muerte”* justo durante el asedio de Jerusalén, y es bien posible que esta enfermedad estuviera vinculada a su fallo delante de Senaquerib, siendo quizá una disciplina de Dios para dirigir los pensamientos y hechos de Ezequías otra vez hacia Dios y sus promesas.

Pero en primer lugar vemos a un rey que aparte de haber sufrido pérdidas materiales, ahora además tenía que temer la destrucción de Jerusalén. Y justamente en ese momento le sobrevino una grave enfermedad aparentemente incurable. Y precisamente en esa situación abrumadora vino el profeta Isaías a visitar al rey enfermo. No le trajo flores; tampoco consoló al rey con algunos salmos alentadores de su antepasado David. Vino a él con el breve pero fulminante mensaje divino: *“Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás” (2 R 20:1)*.

Eso era todo lo que tenía que decirle. Después de llevar a cabo su mandato divino, dejó atrás un rey que después de estas palabras no podía hacerse ya ilusiones acerca de su estado de salud y cuyo tiempo ahora se le escapaba.

Recordemos: Ezequías había liberado con la ayuda de Dios al país de Judá y a la ciudad de Jerusalén de la idolatría. Después hizo purificar, arreglar y abrir el templo, la casa de Dios, para celebrar de nuevo los cultos. Lo que siguió fue un gran avivamiento entre los sacerdotes, los levitas y el pueblo, de modo que la fiesta de los panes sin levadura y la pascua pudieron celebrarse con un gozo indescriptible. Pero esos tiempos pasaron.

Ahora la cosa se pone seria

Ahora ya no se trata del país de Judá, ni tampoco de la ciudad de Jerusalén, sino de su propia “casa”. El agua le va llegando al cuello: *“Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás”*.

El conocimiento de su muerte próxima cambió de golpe su situación. La bolsa, los datos económicos y los resultados de la liga de fútbol, de repente ya no tienen ninguna importancia, cuando estamos ante las puertas de la eternidad.

¿Qué había que ordenar aún en su casa, antes de que fuera demasiado tarde?

¿Había cosas en su matrimonio que debía aclarar y por las que debía pedir perdón? A este respecto sólo sabemos que su mujer se llamaba Hepsiba, lo cual se menciona después de la muerte de Ezequías, siendo ella la madre de Manasés (2 R 21:1). No conocemos su procedencia y su nombre significa *“mi deleite está en ella”*; pero ¿qué nos podrá decir esto sobre su matrimonio?

En el momento de tener que ordenar su casa, parece ser que aún no tenían hijos. Aunque en este punto difieren los comentaristas, la mayoría, no obstante, piensan que Manasés, el sucesor al trono, quien empezó a reinar con 12 años, nació después. En este punto, por lo tanto, no habría mucho que ordenar, excepto la cuestión preocupante de quién sería rey después de Ezequías.

¿Había problemas sin solucionar con los empleados? ¿Había facturas aún sin pagar u otras cuentas que saldar? ¿Habría cosas en sus cámaras privadas, que debía destruir antes de morir y que nadie hubiera sospechado ver en el Reformador Ezequías?

No lo sabemos. Pero por experiencia sabemos que aparentemente es más fácil reformar el pueblo de Dios y la casa de Dios que la propia casa. El celo por el Señor y su causa termina a menudo delante de la puerta de nuestra propia casa.

Dentro de nuestras cuatro paredes queda de manifiesto lo vacías e hipócritas que son a menudo nuestras predicaciones y nuestras palabras piadosas en otro entorno. “Luz en la calle y la casa a oscuras”. ¿No nos ocurre esto muchas veces en nuestra vida privada? ¿Qué se dirá de nuestra vida matrimonial y de la educación de nuestros hijos?

¿Dónde está el fiador?

Mientras se alejaban los pasos del profeta, vemos a un rey que se enfrentaba a la muerte. “Entonces él volvió su rostro a la pared” orando con gran lloro: “Te ruego, oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan” (2 R 20:3).

Por los apuntes de Ezequías en (Is 38:10-20) sabemos que su oración no consistió solamente de esta única frase que nos huele un poco a alabanza propia. Pero no, en su lecho de muerte fue consciente de sus pecados y sabía que sin un “fiador” no podía ser acepto delante de Dios: “Desfalleciendo alzaba en alto mis ojos: Oh Jehová estoy en calamidad, sé tú mi fiador. ¿Qué diré? El que me lo dijo, él mismo lo ha hecho... He aquí, la aflicción amarga se me tornó en salvación: amorosamente librate mi alma del hoyo de destrucción, porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados” (Is 38:14-15,17).

En esta oración tan conmovedora vemos las luchas y penas que sufrió Ezequías ante la muerte temprana anunciada. No obstante, parece ser que estas luchas intensas ocurrieron dentro de un período de tiempo relativamente corto. Después de visitar a Ezequías en su enfermedad, Isaías aún no había llegado a su casa, cuando Dios le mandó volver y darle al rey las buenas nuevas: “Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Jehová” (2 R 20:5).

Dios además le prometió otros 15 años de vida y la liberación de manos de los asirios. Finalmente, Isaías mandó poner masa de higos sobre la llaga de Ezequías, “y sanó”. Dios puede hacer que sanemos con una sola palabra, pero a menudo utiliza a los médicos, los medicamentos, o como aquí, la masa de higos.

La señal del reloj de sol de Acáz

En presencia de Isaías fue curada la llaga de Ezequías, y podemos imaginarnos un poco el cambio de emociones que vivió el rey en aquellas horas. Hace un momento estaba lleno del terror de la muerte y ahora había en él alegría exuberante y agradecimiento por el perdón de su culpa y la tremenda promesa de poder vivir otros 15 años.

En semejantes situaciones solemos prometer muchas cosas: “Andaré humildemente todos mis años, a causa de aquella amargura de mi alma... El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy; ... cantaremos nuestros cánticos en la casa de Jehová todos los días de nuestra vida” (Is 38:15,19-20).

Los acontecimientos posteriores en la vida de Ezequías mostrarán que tales votos e intenciones sinceras no fueron de mucho peso.

Lo que nos asombra es que Ezequías pidiera una señal. Quiere una prueba visible de que las promesas de Dios se van a cumplir. ¿Era poca fe, o se revela aquí una nueva confianza de Ezequías en el poder y la gracia de Dios?

Dios le concede su petición y el rey puede escoger: ¿querrá que avance la sombra del reloj de sol o que retroceda?

Es interesante que aquí es usado el reloj de sol de Acáz, para darle a Ezequías la certidumbre mediante una señal sobrenatural.

Justamente a este rey impío (el padre de Ezequías) Dios le había dicho hace años lo siguiente por boca de Isaías: *“Pide para ti señal de Jehová tu Dios, demandándola ya sea de abajo en lo profundo, o de arriba en lo alto. Y respondió Acáz: No pediré, y no tentaré a Jehová. Dijo entonces Isaías: Oíd ahora, casa de David. ¿Os es poco el ser molestos a los hombres, sino que también lo seáis a mi Dios? Por tanto, el Señor mismo os dará señal...” (Is 7:10-14).*

¿Habrá que decir que todo se lo llevó el viento?

Dios quiere dar certeza y nosotros le somos *“molestos”* si no le damos la ocasión de poner a prueba su omnipotencia en determinadas situaciones.

Ezequías escogió lo difícil, es decir, que la sombra retrocediera. Él sabía por su experiencia cotidiana que las cosas están sometidas a la ley de la entropía: todo pasa, se pasa, se deshace con el tiempo. Sabía que el sol estaba sometido a las leyes naturales y que jamás retrocede. Dejar retroceder la sombra del reloj de sol, eso sólo podía hacerlo el Creador del universo, el Señor de las leyes naturales.

Y eso precisamente ocurrió: La sombra del reloj de sol de Acáz retrocedió diez grados.

No sabemos de qué forma solucionó Dios el problema. Él puede parar el sol como en la vida de Josué (**Jos 10:12-13**) y también hacer retroceder el tiempo.

Esto debería ser una importante lección espiritual para nosotros: Si entendemos bien las profecías de la Biblia, entonces contamos con que en la sociedad y en la cristiandad todo irá a peor y cada vez más rápidamente. Pero de esta historia (y también en la historia de la iglesia) aprendemos también que con la oración y la obediencia podemos dar a Dios la oportunidad, no sólo de frenar la decadencia y caída de la cristiandad, sino de invertir la tendencia.

Aún en los últimos tiempos, Dios puede intervenir y vivificar espiritualmente, dando un avivamiento, al menos por un breve espacio. Esto nos da esperanza para cada uno de nosotros y para nuestras iglesias.

Los grandes avivamientos en los tiempos de Ezequías y Josías en los últimos tiempos de Israel son una prueba de ello.

Recordemos las palabras del misionero pionero William Carey (1761-1834): “Espera grandes cosas de Dios. Emprende grandes cosas para Dios”.

La importancia de la prevención espiritual (2 Crónicas 32:1-8)

(2 Cr 32:1-8) “Después de estas cosas y de esta fidelidad, vino Senaquerib rey de los asirios e invadió a Judá, y acampó contra las ciudades fortificadas, con la intención de conquistarlas. Viendo, pues, Ezequías la venida de Senaquerib, y su intención de combatir a Jerusalén, tuvo consejo con sus príncipes y con sus hombres valientes, para cegar las fuentes de agua que estaban fuera de la ciudad; y ellos le apoyaron. Entonces se reunió mucho pueblo, y cegaron todas las fuentes, y el arroyo que corría por a través del territorio, diciendo: ¿Por qué han de hallar los reyes de Asiria muchas aguas cuando vengan? Después con ánimo resuelto edificó Ezequías todos los muros caídos, e hizo alzar las torres, y otro muro por fuera: fortificó además a Milo en la ciudad de David, e hizo también muchas espadas y escudos. Y puso capitanes de guerra sobre el pueblo, y los hizo reunir en la plaza de la puerta de la ciudad, y habló al corazón de ellos, diciendo: Esforzaos y animaos; no temáis, ni tengáis miedo del rey de Asiria, ni de toda la multitud que con él viene; porque más hay con nosotros que con él. Con él es el brazo de carne, mas con nosotros está Jehová nuestro Dios para ayudarnos, y pelear nuestras batallas. Y el pueblo tuvo confianza en las palabras de Ezequías rey de Judá.”

Sanado de manera sobrenatural, y fortalecido en la fe, ahora Ezequías se podía enfrentar al enemigo que acampaba a las puertas de Jerusalén.

Seguramente Dios permitió este asedio para darle a Ezequías otra posibilidad de poner a prueba su fe y su confianza en Dios, y para mostrar que había aprendido de su deslíz (**2 R 18:13-16**).

Ahora es muy revelador y una buena enseñanza para nosotros, ver qué medidas tomó Ezequías para resistir el ataque preparado por el rey de Asiria:

- Tuvo consejo con sus príncipes y sus hombres valientes (Versículo 3).
- Se encargó de cegar todas las fuentes de agua fuera de la ciudad (Versículos 3-4).
- Arregló los muros caídos de Jerusalén (Versículo 5).
- Repuso las armas de su ejército (Versículo 5).
- Animó a los principales y al pueblo a no confiar en “carne”, sino en el Dios de Israel (Versículos 7-8).

Estas cinco medidas frente al enemigo nos dan una impresionante lección acerca de cómo podemos protegernos y defendernos cuando Dios permite situaciones en nuestra vida, en las que nuestra fe y nuestro testimonio sufren y son puestos a prueba.

Salvación por medio de la cantidad de consejeros

Tres veces se nos dice en los Proverbios que busquemos el socorro en la “*multitud de consejeros*” (**Pr 11:14**) (**Pr 15:22**) (**Pr 24:6**). Eso, como es lógico, requiere que los consejeros sean experimentados, sabios y temerosos de Dios.

Siempre hubo y hay en la historia del pueblo de Dios situaciones excepcionales en las que hubiese sido muy necio pedir el consejo de otros. Ni un solo consejero hubiese animado a David a enfrentarse a Goliat. Y también fue sabio que Jonatán y su escudero

no preguntasen al rey Saúl si debían comenzar ellos dos solos la lucha contra un ejército entero de filisteos. Muchos héroes de la fe tuvieron que tomar sus decisiones a solas delante de Dios, porque no había nadie en el pueblo de Dios que hubiese podido dar un consejo en el temor de Dios.

En circunstancias normales, sin embargo, es siempre aconsejable buscar el consejo de hermanos y hermanas experimentados y temerosos de Dios, cuando la Palabra de Dios no vierte luz suficiente sobre un asunto dudoso y cuando Dios deja que una mente santificada y responsable tome la decisión.

Ezequías hizo muy bien con tomar consejo de sus superiores y hombres valientes, o sea, hombres que en el pasado se habían acreditado por su fidelidad, temor de Dios y entrega.

Las fuentes vitales del pueblo de Dios no deben caer en manos del enemigo

El suministro de agua de una ciudad o de un pueblo, ha sido vital en todos los tiempos para las personas y el ganado. Por eso los ataques enemigos siempre iban dirigidos a envenenar o destruir las fuentes y los pozos de una ciudad sitiada.

Durante el período de los patriarcas, los filisteos intentaron cegar los pozos de la gente de Dios echando tierra en ellos (**Gn 26:15**).

En los tiempos de Eliseo, la calidad del agua de la ciudad de Jericó era tan mala que las consecuencias eran infertilidad y abortos (**2 R 2:19-22**).

Por eso, era estratégicamente sabio cegar las fuentes de fuera de la ciudad o cubrirlas y desviar el agua del manantial de Gihón por un túnel de 512 metros hecho en la peña para meter el agua a la ciudad de Jerusalén (**2 Cr 32:30**). Así quedó asegurado el suministro de agua para la ciudad y el enemigo se quedó sin ella.

La aplicación para nuestra salud espiritual y el crecimiento de nuestra vida en la fe es evidente: Nuestra fuente de vida es el Señor Jesús, que dijo de sí mismo: *“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”* (**Jn 7:37**).

En el (**Sal 87:7**), los hijos de Coré cantan: *“Todas mis fuentes están en ti”*. La comunión con nuestro Señor, el hablar con él y el meditar en su Palabra, son las fuentes de nuestra vida, sin las cuales nuestra vida espiritual se secaría y se haría estéril.

El enemigo quiere cortarnos el agua y ensuciar nuestras fuentes. Intenta enturbiar o impedir la comunión con nuestro Señor por medio de añadiduras perniciosas o concesiones. Por eso no escatimemos esfuerzos para volver a desenterrar pozos cegados o para vencer los obstáculos con toda perseverancia, concentración y duro trabajo, como los siervos de Ezequías, para posibilitar y asegurar el flujo del agua en nuestra vida y la vida de nuestros hermanos y hermanas.

¡Los muros caídos son un peligro!

Ezequías y sus principales sabían que un muro cerrado y firme era absolutamente necesario para proteger la vida de los habitantes de Jerusalén. Los muros de una ciudad protegen de los ataques enemigos y marcan una clara separación. Había un “dentro” y un “fuera”; una separación que saltaba a la vista.

Por eso Ezequías y sus colaboradores no se dejaron engañar por la propaganda mentirosa, porque conocían la intención del enemigo: Los asirios asaltarían el templo de

Jerusalén para robar los tesoros de allí y destruirían el santuario de Dios imposibilitando el culto.

Los fuertes muros debían impedirlo, y allí donde el muro estaba dañado, había que arreglarlo y reforzarlo sin falta.

En nuestro mundo cada vez más globalizado, las barreras o fronteras pierden su significado. Muchas cosas son ahora menos complicadas para entrar o salir de un país, y muchas veces ya no hay que pasar controles, pero las consecuencias negativas de esta falta de fronteras están a la vista: los elementos destructores tienen libre acceso, la seguridad interior peligra, la identidad nacional se pierde más y más.

Si como iglesia de Dios vivimos más y más “sin barreras”, dejando de lado y no tomando en serio la separación del mundo, tendremos pronto estos problemas.

¿Cuáles son las consecuencias? Cuando los muros espirituales caen, y cuando abolimos los controles “fronterizos”, tienen libre acceso las ideologías enemigas, las falsas doctrinas, un evangelio hueco y la inmoralidad. Con ello perdemos nuestra identidad y también nuestra fuerza espiritual. Ya no se llama pecado al pecado, ya no se rechaza a los falsos maestros ni a las falsas doctrinas, la disciplina en la iglesia ya no es posible; Ya no hay un “dentro” y un “fuera”.

Es de suma importancia que en nuestros tiempos los líderes en las iglesias vigilen atentamente en qué punto el enemigo consigue posibilidades para influir destructivamente en la vida de la iglesia por culpa de una separación deficiente.

Leemos cada vez más a menudo frases como ésta: “No queremos que la separación sea lo que nos defina a nosotros”. Aunque suena positivo y se dice con buenas intenciones, no obstante el enemigo ya tiene su pie en la puerta, si esta actitud llega a ser la normal en nuestras iglesias. Es sólo cuestión de tiempo, hasta que tal iglesia abandone su destino y pierda su fuerza espiritual.

El rearme del ejército es necesario

Un muro fuerte y cerrado no era suficiente para proteger a los habitantes de la ciudad. El enemigo podía embestir contra el muro, escalarlo o cavar por debajo, si no hubiera soldados vigilando sobre él y en las torres, capaces de mantener a distancia al enemigo con el arco o también con la espada.

Cada uno tenía que estar en la posición de resistir al enemigo. Esa era la razón por la cual Ezequías armó su ejército haciendo fabricar “*muchas espadas y escudos*”.

La aplicación para nuestra vida espiritual otra vez es evidente: El “muro” de una teología sana y bíblica, o de una confesión de fe bíblica, no es suficiente para proteger una iglesia. Cada uno en particular tiene que ser capaz de defender su fe y sus contenidos personalmente.

Judas exhorta en su carta a que luchemos por “*la fe que ha sido una vez dada a los santos*” (**Jud 1:3**). Esto se refiere a los contenidos de nuestra fe, los valores que debiéramos conocer personalmente. Y deberíamos ejercitarnos para poder dar razón de nuestra fe y defenderla.

Spurgeon dijo una vez muy acertadamente:

“El Espíritu Santo nunca pondrá su firma en una hoja en blanco. Eso ya sería algo irreflexivo para un hombre, y el Señor jamás cometería tal torpeza. Si no presentamos una doctrina clara con palabras inequívocas, el Espíritu Santo no pondrá su firma al final de

nuestra palabrería vacía (...) Hay algunos que equivocadamente consideran su confesión de fe como un arma de acuerdo con la Escritura, pero eso no puede ser (...) Leed la Palabra y orad... para que aprendáis el significado de la Palabra, porque entonces tendréis poder contra el enemigo.”

El conocido pasaje de **(Ef 6:11-17)** nos muestra el arsenal de las armas de Dios que Él pone a nuestra disposición para pelear la buena batalla de la fe.

¡Que no falten las palabras alentadoras!

El breve mensaje que Ezequías dio a sus principales y al pueblo en la plaza, delante de la puerta de la ciudad, es ejemplar y digno de ser imitado:

“Y los hizo reunir en la plaza de la puerta de la ciudad, y habló al corazón de ellos, diciendo: Esforzaos y animaos; no temáis, ni tengáis miedo del rey de Asiria, ni de toda la multitud que con él viene; porque más hay con nosotros que con él. Con él está el brazo de carne, mas con nosotros está Jehová nuestro Dios para ayudarnos y pelear nuestras batallas. Y el pueblo tuvo confianza en las palabras de Ezequías rey de Judá” (2 Cr 32:6-8).

- Ezequías habló al corazón de los habitantes de la ciudad. No apeló a su inteligencia o a sus emociones, sino que habló al corazón, donde el hombre toma sus decisiones.
- Puso al enemigo del pueblo bajo la luz de Dios. Ezequías no negó ni subestimó al enemigo, eso hubiese sido una necedad, sino que evaluó desde la perspectiva divina: *“Con él está el brazo de carne...”*.
- Finalmente dirigió la atención a la grandeza del Dios de los Israelitas, el cual es su ayuda y líder en la lucha contra el enemigo. Con otras palabras: Muestra la impotencia del enemigo y glorifica el poder de Dios.

Ante estas palabras de aliento, no nos sorprende el resultado: *“Y el pueblo tuvo confianza en las palabras de Ezequías rey de Judá”*.

Cuestión de confianza (2 Crónicas 32:9-19)

(2 Cr 32:9-19) *“Después de esto Senaquerib rey de los asirios, mientras sitiaba a Laquis con todas sus fuerzas, envió sus siervos a Jerusalén para decir a Ezequías rey de Judá, y a todos los de Judá que estaban en Jerusalén: Así ha dicho Senaquerib rey de los asirios: ¿En quién confiáis vosotros al resistir el sitio en Jerusalén? ¿No os engaña Ezequías para entregaros a muerte, a hambre, y a sed, al decir: Jehová nuestro Dios nos librá de la mano del rey de Asiria? ¿No es Ezequías el mismo que ha quitado sus lugares altos y sus altares, y ha dicho a Judá y a Jerusalén: Delante de este solo altar adoraréis, y sobre él quemaréis incienso? ¿No habéis sabido lo que yo y mis padres hemos hecho a todos los pueblos de la tierra? ¿Pudieron los dioses de las naciones de esas tierras librar su tierra de mi mano? ¿Qué dios hubo de entre todos los dioses de aquellas naciones que destruyeron mis padres, que pudiese salvar a su pueblo de mis manos? ¿Cómo podrá vuestro Dios libraros de mi mano? Ahora, pues, no os engañe Ezequías, ni os persuada de ese modo, ni le creáis; que si ningún dios de todas aquellas naciones y reinos pudo librar a su pueblo de mis manos, y de las manos de mis padres, ¿cuánto menos vuestro Dios os podrá librar de mi mano? Y otras cosas más hablaron sus siervos contra Jehová Dios, y contra su siervo Ezequías. Además de esto escribió cartas en que blasfemaba contra Jehová el Dios de Israel, y hablaba contra él, diciendo: Como los dioses de las naciones de los países no pudieron librar su pueblo de mis manos, tampoco el Dios de Ezequías librá al suyo de mis manos. Y clamaron a gran voz en judaico al pueblo de Jerusalén que estaba sobre los muros, para espantarles y atemorizarles, a fin de poder tomar la ciudad. Y hablaron contra el Dios de Jerusalén, como contra los dioses de los pueblos de la tierra, que son obra de manos de hombres.”*

Ver también **(2 R 18:19-37)** e **(Is 36:1-21)**.

La prueba de fe a la que Ezequías se enfrentaba ahora es uno de los pocos acontecimientos en el Antiguo Testamento que se nos relata nada menos que tres veces. De ahí podemos deducir que es de una importancia especial.

Comparando los pasajes, notamos que 2 Crónicas 32 narra los hechos con brevedad y comprimidos, mientras que los relatos de 2 Reyes 18 e Isaías 36 dibujan ampliamente y de forma impresionante el dramatismo de la lucha psicológica de los asirios y sus efectos sobre el pueblo de Dios.

Tenemos la fuerte impresión de que Dios quiere darnos una importante lección con esta historia, que quiere mostrarnos cómo actuar ante retos parecidos, tanto a nivel particular como creyentes en conjunto.

Hagamos memoria primeramente de las circunstancias exteriores: Los asirios ya habían tomado las ciudades fortificadas de Judá y se habían puesto en marcha para conquistar a Jerusalén.

Ezequías había reaccionado ante el ataque amenazante, y tras una reunión de urgencia con sus principales, había tomado la precaución de cegar todas las fuentes fuera de Jerusalén a fin de cortar el suministro de agua al enemigo.

Después arregló el muro de Jerusalén y el ejército fue provisto de armas. Todo esto, claro está, no hizo mella en los asirios, sino que dio lugar a sus burlas y escarnio mordaz: **“yo te daré dos mil caballos, si tú puedes dar jinetes para ellos” (R 18:23)**.

Por último había reunido a sus generales y al pueblo en la plaza delante de la puerta de la ciudad y había dado un discurso poderoso en la fe, poniendo en claro los poderes y sus relaciones.

El poder del ejemplo

En esa situación, aparentemente desesperada, el rey confió en las promesas de Dios, y su fe tuvo repercusiones en otros. Una fe genuina, basada en las promesas de Dios, siempre tendrá un efecto “contagioso” en el entorno inmediato.

Encontramos numerosos ejemplos de ello en la Biblia y en la historia de la Iglesia.

La confianza en Dios de hombres y líderes como Josué, Gedeón, Samuel, David, Josías, Nehemías, etc. tuvo como consecuencia que otros fueron animados, originándose un avivamiento dentro del pueblo de Dios.

La primera estrofa en el cántico de Débora y Barac expresa un principio espiritual que podemos observar a menudo: *“Por haberse puesto al frente los caudillos en Israel, por haberse ofrecido voluntariamente el pueblo, load a Jehová” (Jue 5:2).*

Cuando en las situaciones de crisis los líderes del pueblo se ponen al frente con valentía y confianza, encontrarán voluntarios que los estaban esperando y que los seguirán gustosamente.

Un ejemplo entre muchos otros de la historia de la Iglesia:

En el año 1833, Jorge Müller leyó la biografía impresionante de August Hermann Francke (1663-1727), el fundador de los famosos orfelinatos en Halle (Alemania) y el pionero de la misión mundial del reparto de Biblias, literatura etc. El 9 de Febrero J. Müller anotó en su diario: “Leí la biografía de A. H. Francke. El Señor me ayude por su gracia a seguirle de la forma en que él siguió a Cristo.”

En el mismo año Jorge Müller, con su mujer y su amigo Henry Craik, comenzó a atender a pobres y desahuciados, y tres años más tarde nació el primer orfanato en Bristol según el modelo de A. H. Francke. Todos los medios necesarios para el mantenimiento y la extensión de este trabajo debían pedirse únicamente a Dios.

La confianza en Dios y el ejemplo de Jorge Müller tuvo como consecuencia que también sus colaboradores en la creciente obra de los orfanatos renunciaron a sus sueldos, poniendo también su abastecimiento en manos de Dios, y no sufrieron desengaños. Dios cuidó de ellos.

Las experiencias en la fe de Jorge Müller a su vez fueron estímulo y ejemplo para Hudson Taylor, Charles T. Studd, Tomás Barnardo y otros muchos hombres y mujeres hasta nuestros días. Fueron estimulados a “contar con las promesas de Dios como si fuera dinero efectivo”

La fe puesta a prueba

Mientras Ezequías animaba al pueblo con su ejemplo y sus palabras, el ejército asirio seguía avanzando rumbo a Jerusalén. Los tres representantes más importantes del rey asirio fueron enviados antes para llevar las negociaciones e inducir a Ezequías y a su pueblo a rendirse voluntariamente ante la superioridad de Asiria.

De la otra parte salieron tres enviados del rey Ezequías para recibir de parte de los enemigos la declaración de guerra o las condiciones para la paz (**2 R 18:18,37**).

Es interesante que los representantes de Senaquerib al principio no hablan ni de guerra ni de paz, sino que ponen en duda la confesión de fe de Ezequías: “¿Qué confianza es esta en que te apoyas? ... Mas ¿en quién confías?”.

Siete veces en siete versículos utilizan las palabras “confianza” y “confías”, intentando con ello socavar la confianza en Dios del rey Ezequías.

Queda claro que Dios utilizó la arrogancia y el orgullo de los asirios para probar la fe de Ezequías, a fin de comprobar si era lo suficientemente fuerte y genuina.

La fe que no es probada no es fe, y toda confesión con la que nos ponemos del lado de Dios ha de ser pesada con el peso del santuario. Ezequías obtuvo el grandioso y único testimonio de parte de Dios: “En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá” (2 R 18:5). Ahora debía ser probada esta esperanza que Ezequías tenía, para ver si era una confianza auténtica.

¿Resistirá nuestra fe ante una crisis?

Las preguntas provocantes, escarnecedoras y desconcertantes eran un hueso duro de roer. Contenían estos mensajes:

- “Tu fe es sólo una confesión de labios, sólo palabras vacías” (2 R 18:20).
- “Tu fe en Dios es sólo un pretexto – en realidad confías en la caña cascada de Egipto” (2 R 18:21).
- “Tu fe está en contradicción con tus hechos” (2 R 18:22) (aunque esta afirmación era un autogol de los asirios).
- “¿Acaso piensas que nosotros no creemos en Dios? Tu Dios nos ha dado la orden de destruir a Jerusalén (2 R 18:25).

Nuestra fe no es puesta a prueba cuando estamos sentados en nuestro cómodo sillón en nuestro cuarto de trabajo o disfrutando de la popularidad por ser un buen predicador. No, la fe es probada casi siempre cuando nos sopla el viento contrario y helado de un mundo impío, cuando nos pilla descalzos.

Sören Kierkegaard lo expresó de esta manera:

“Cuando no hay peligro, cuando hay calma, cuando todo es favorable al cristianismo, entonces es muy fácil confundir un admirador con un seguidor.”

Después de que Pedro confesara tan seguro de sí mismo que estaba dispuesto a seguir a Jesús hasta la muerte, pocas horas después fue puesto a prueba, y falló drásticamente. De la misma manera Dios permitirá situaciones en nuestra vida que pondrán de manifiesto la autenticidad y seriedad de nuestra fe. ¿En qué confiamos en las situaciones críticas?

¿En nuestras fuerzas?

¿En nuestra inteligencia?

¿En nuestra experiencia?

¿En nuestros bienes materiales?

¿En nuestros conocimientos de la Biblia?

¡Qué Dios nos dé que la prueba de nuestra fe “*sea hallada mucho más preciosa que el oro percedero que se prueba con fuego, en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo*” (1 P 1:7)!

Podemos imaginarnos que después de esta carga concentrada, los negociadores de Ezequías se sintieran desalentados. Porque no sólo ellos fueron testigos de los argumentos, sino toda la multitud de los judíos, que se encontraban sobre el muro, también siguieron la conversación sin pestañear.

Su primera reacción fue pedir a los asirios que respetaran las leyes de la diplomacia hablando de forma que muy pocos pudieran entender lo que se decía (2 R 18:26). Pero eso fue una mala idea que ofreció una nueva oportunidad de ataque al portavoz de los asirios, quien ahora ya no se dirigió a los negociadores de Ezequías, sino al pueblo mismo utilizando la lengua de Judá.

¿Quién es el libertador?

En los versículos de (2 R 18:28-35) es probada la fe del pueblo. En estos ocho versículos aparece siete veces la pregunta provocativa: “¿Quién os va a librar?”.

- “¿Os libraré Ezequías?” (2 R 18:29,32).
- “¿Os libraré el Dios con el que Ezequías quiere alentaros?” (2 R 18:30,32,35).
- “¿Es vuestro Dios más fuerte y mayor que los dioses de los demás pueblos?” (2 R 18:34-35).

Con argumentos a primera vista convincentes, el enemigo intenta infundir dudas y destruir la confianza en Ezequías y en el Dios de Israel.

Las circunstancias parecían dar la razón a los asirios. Su ejército avanzaba imparable, habiendo conquistado ya Samaria e incluso algunas “*ciudades fortificadas de Judá*” (2 R 18:13).

Finalmente los asirios les dieron promesas “*fenomenales*” dejando entrever que iban a vivir una vida en paz y bienestar si se rendían (2 R 18:31-32).

Es la táctica antiquísima del diablo, que a pesar de ser tan antigua, muchísimas veces tiene éxito: Es la táctica de despertar dudas en cuanto a las promesas de Dios. Pone delante de nuestros ojos nuestra propia impotencia, nos presenta el hecho de que nuestro Dios aparentemente no interviene o no existe, haciéndonos creer que si desertamos, tendremos un futuro maravilloso y exitoso bajo su bandera.

¡Viejas mentiras!

Los negociadores de los asirios, sin embargo, cometieron una falta decisiva capaz de abrir los ojos a todo israelita temeroso de Dios que hubiera escuchado atentamente:

“*Y hablaron contra el Dios de Jerusalén como contra los dioses de los pueblos de la tierra, que son obra de manos de hombres*” (2 Cr 32:19).

Dios nos dé un oído fino y un sentir claro para ver el peligro que hay en querer conciliar las diferentes religiones e ideas de Dios, que cada vez tratan con mayor insistencia de infiltrarse en la cristiandad (a menudo con ropaje piadoso), e incluso en los círculos mas conservadores. Con el eslogan de la “*contextualización*” y de la “*relevancia cultural*” tratan de entrar a hurtadillas.

¿Qué hacer?

Ezequías había tomado precauciones sabias y preparado a su gente para la controversia con el enemigo. Por un lado les había animado con las palabras: *“Con nosotros está Jehová nuestro Dios, para ayudarnos y pelear nuestras batallas” (2 Cr 32:8)*.

Pero también había indicado inequívocamente cómo debían de comportarse ante las amenazas verbales y las ofertas seductoras de los asirios: *“Pero el pueblo calló y no le respondió palabra; porque había mandamiento del rey, el cual había dicho: No le respondáis” (2 R 18:36)*.

Ezequías sabía por dolorosa experiencia propia, que las negociaciones con el enemigo siempre serán un fracaso. Lo único que se logra es perder la dependencia de Dios y la confianza en su poder y sus promesas. Y si esto fuera poco, el enemigo además nos engaña, porque ni se les pasa por la cabeza cumplir sus promesas. Por eso el pueblo no debía comenzar a discutir con los asirios, sino callar.

Esto nos hace pensar en el libro de “El Peregrino”. Cuando Cristiano y Fiel tuvieron que pasar por la Feria de Vanidad en su camino a la patria celestial, los mercaderes se les echaron encima para persuadirles a que compraran sus ofertas. Bunyan escribe:

“Pero lo que más asombró a los traficantes era que estos peregrinos hacían muy poco caso de sus mercancías; ni aun se tomaban siquiera la molestia de mirarlas, y si se les llamaba a comprar, tapándose los oídos, exclamaban: Aparta mis ojos para que no vean la vanidad (Sal 119:37)”.

Recordemos el ejemplo de nuestro Señor, cómo en el desierto respondió a las exigencias y a las ofertas del diablo con un solo argumento: *“Escrito está”*. No entró en discusiones.

Si Dios permite que nuestra fe y nuestra confianza se tambaleen, nuestra estrategia debiera ser reaccionar con la Palabra de Dios y no con argumentos de la razón o de la lógica. Si entramos en una contienda verbal con el diablo, siempre seremos los perdedores.

Judá es librado de Senaquerib (2 Reyes 19:1-20)

(2 R 19:1-20) “Cuando el rey Ezequías lo oyó, rasgó sus vestidos y se cubrió de cilicio, y entró en la casa de Jehová. Y envió a Eliaquim mayordomo, a Sebna escriba y a los ancianos de los sacerdotes, cubiertos de cilicio, al profeta Isaías hijo de Amoz, para que le dijese: Así ha dicho Ezequías: Este día es día de angustia, de reprensión y de blasfemia; porque los hijos están a punto de nacer, y la que da a luz no tiene fuerzas. Quizá oirá Jehová tu Dios todas las palabras del Rabsaces, a quien el rey de los asirios su señor ha enviado para blasfemar al Dios viviente, y para vituperar con palabras, las cuales Jehová tu Dios ha oído; por tanto, eleva oración por el remanente que aún queda.

Vinieron, pues, los siervos del rey Ezequías a Isaías. E Isaías les respondió: Así diréis a vuestro señor: Así ha dicho Jehová: No temas por las palabras que has oído, con las cuales me han blasfemado los siervos del rey de Asiria. He aquí pondré yo en él un espíritu, y oirá rumor, y volverá a su tierra; y haré que en su tierra caiga a espada.

Y regresando el Rabsaces, halló al rey de Asiria combatiendo contra Libna; porque oyó que se había ido de Laquis. Y oyó decir que Tirhaca rey de Etiopía había salido para hacerle guerra. Entonces volvió él y envió embajadores a Ezequías, diciendo: Así diréis a Ezequías rey de Judá: No te engañe tu Dios en quien tú confías, para decir: Jerusalén no será entregada en mano del rey de Asiria. He aquí tú has oído lo que han hecho los reyes de Asiria a todas las tierras, destruyéndolas; ¿y escaparás tú? ¿Acaso libraron sus dioses a las naciones que mis padres destruyeron, esto es, Gozán, Harán, Resef, y los hijos de Edén que estaban en Telasar? ¿Dónde está el rey de Hamat, el rey de Arfad, y el rey de la ciudad de Sefarvaim, de Hena y de Iva?

Y tomó Ezequías las cartas de mano de los embajadores; y después que las hubo leído, subió a la casa de Jehová, y las extendió Ezequías delante de Jehová. Y oró Ezequías delante de Jehová, diciendo: Jehová Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste el cielo y la tierra. Inclina, oh Jehová, tu oído, y oye; abre, oh Jehová, tus ojos, y mira; y oye las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios viviente. Es verdad, oh Jehová, que los reyes de Asiria han destruido las naciones y sus tierras; y que echaron al fuego a sus dioses, por cuanto ellos no eran dioses, sino obra de manos de hombres, madera o piedra, y por eso los destruyeron. Ahora, pues, oh Jehová Dios nuestro, sálvanos, te ruego, de su mano, para que sepan todos los reinos de la tierra que sólo tú, Jehová, eres Dios. Entonces Isaías hijo de Amoz envió a decir a Ezequías: Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Lo que me pediste acerca de Senaquerib rey de Asiria, he oído.”

(2 R 19:35-37) “Y aconteció que aquella misma noche salió el ángel de Jehová, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos. Entonces Senaquerib rey de Asiria se fue, y volvió a Nínive, donde se quedó. Y aconteció que mientras él adoraba en el templo de Nisroc su dios, Adramelec y Sarezer sus hijos lo hirieron a espada, y huyeron a tierra de Ararat. Y reinó en su lugar Esarhadón su hijo.”

Leer también **(2 Cr 32:20-21)**.

Con los vestidos rasgados, cabizbajos y el corazón apesadumbrado, Eliaquim, Sebna y Joa, tres colaboradores de confianza del rey, se pusieron en camino para comunicarle a Ezequías el contenido del provocador discurso del Rabsaces, un emisario del rey asirio.

Ezequías tuvo que escuchar que el enemigo le había calumniado diciendo que era un rey impotente y que engañaba al pueblo de Dios. Pero el asirio no se conformó con atacar maliciosamente y de forma hiriente a Ezequías, sino que en la segunda parte de su discurso blasfemó contra el “Dios de Jerusalén”, poniéndole a la misma altura que los dioses de los pueblos impotentes que fueron vencidos por los asirios:

(2 R 18:35) “¿Qué dios de todos los dioses de estas tierras ha librado su tierra de mi mano, para que Jehová libre de mi mano a Jerusalén?”

(2 Cr 32:19) “Y hablaron contra el Dios de Jerusalén, como contra los dioses de los pueblos de la tierra, que son obra de manos de hombres.”

Después de que Ezequías escuchara este relato abrumador, rasgó sus vestidos en señal de dolor, se cubrió de cilicio, y entró en la casa de Jehová (2 R 19:1).

No hacía tanto tiempo que Ezequías también había subido a la casa del Señor después de su primera confrontación con Senaquerib. Pero entonces no buscó la presencia de Dios con vestidos rasgados para derramar su corazón delante de él, sino que se quedó en las puertas y columnas del templo, que él mismo había cubierto de oro. Mandó quitar este oro, para entregarlo contrito como tributo al rey de Asiria.

Fue en ese día oscuro, cuando dejó de confiar en Dios, que tuvo que aprender una lección dolorosa: que la confianza en la propia fuerza y astucia, siempre resulta ser una necedad, conllevando siempre unas pérdidas dolorosas. Senaquerib recibió gustoso el oro, pero ni en sueños pensó en abandonar su plan de sitiar a Jerusalén.

Aprendiendo de las faltas

Ezequías no había olvidado esta experiencia humillante, y vemos que aprendió de sus errores. Ahora, al subir al templo, no se detuvo en las puertas desnudas, sino que entró al interior de la casa para acercarse a Dios.

Ya sabemos que las faltas más tontas son aquellas que hacemos dos veces. Abraham, algunos de sus descendientes y seguramente muchos de nosotros también, hemos vivido esto. Pero ahora tenemos la posibilidad de aprender de los errores de otros.

Dos veces leemos en 2 Reyes 19 que Ezequías buscó la presencia de Dios: En el versículo 1, después del discurso de Rabsaces, y en el versículo 14, después de haber leído otro discurso blasfemo del asirio en una carta:

(2 Reyes 19:14) “Y tomó Ezequías las cartas de mano de los embajadores; y después que las hubo leído, subió a la casa de Jehová, y las extendió Ezequías delante de Jehová.”

¿Cómo reaccionamos nosotros cuando somos calumniados y heridos? ¿Cómo reaccionamos cuando maliciosamente nos acusan de cosas que no hemos hecho y nos insultan públicamente? ¿Luchamos febrilmente por justificarnos o planeamos la venganza?

Nuestras reacciones a tales ataques muestran si como seguidores del Señor hemos aprendido lo que una vez dijo a sus discípulos:

(Mt 5:11-12) “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos”

Cuando a Guillermo Booth, el fundador del Ejército de Salvación, una vez le escupió un granuja de la calle, un ayudante suyo quiso limpiarle enseguida, pero él se lo impidió con las palabras: “¡No lo limpies! Es una condecoración de valentía”.

Jorge Whitefield, el bendecido predicador del avivamiento que durante toda su vida sufrió enemistad y calumnias, escribió a la condesa Huntingdon, que le había amonestado a ponerse en guardia contra ciertos predicadores: “Alabo a Dios por haber sido puesto en segundo lugar muchas veces. Es bueno para mí haber sido engañado, despreciado, criticado, calumniado, juzgado y aislado por mis amigos más próximos y más queridos. En estas situaciones he conocido la fidelidad de Aquel que es el Amigo de los amigos, y he aprendido a conformarme con saber que Él, delante del cual todos los corazones están abiertos y quien conoce todos los anhelos, todo lo ve...”

La perspectiva correcta

Después de subir a la casa de Dios, Ezequías mandó una delegación de sus siervos al profeta Isaías para pedirle que les apoyara en oración:

(2 R 19:4) “Quizá oirá Jehová tu Dios todas las palabras del Rabsaces, a quien el rey de los asirios su señor ha enviado para blasfemar al Dios viviente, y para vituperar con palabras, las cuales Jehová tu Dios ha oído; por tanto, eleva oración por el remanente que aún queda.”

Los siervos de Ezequías regresaron con un mensaje alentador de Dios hablado por boca del profeta: Dios hará que el asirio oiga un rumor que le inquiete y que le haga volver a su país, donde Dios le matará **(2 R 19:6-7)**.

Pero antes de retirarse de Jerusalén para ir rápidamente a su país, Senaquerib envió aún otra carta a Ezequías en la que trataba de infundirle nuevo temor, diciendo que regresaría, y resaltando de nuevo su poder y aparente invencibilidad. Además ponía en un mismo nivel a los dioses de los paganos y al Dios de Ezequías.

Con estas cartas de amenaza “de mano de los embajadores”, Ezequías subió por segunda vez al templo “y las extendió Ezequías delante de Jehová”.

En el versículo 15 leemos cómo Ezequías se dirigió personalmente a su Dios en oración, poniendo en sus manos el desenlace de esta contienda.

Nos alienta ver cómo tras su fracaso inicial, ahora la fe y confianza de Ezequías han crecido en las pruebas.

Comenzó su oración con las conmovedoras palabras:

(2 R 19:15-16) “Jehová Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste el cielo y la tierra. Inclina, oh Jehová, tu oído, y oye; abre, oh Jehová, tus ojos, y mira; y oye las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios viviente.”

Ezequías ahora tenía la perspectiva correcta para poder evaluar la situación: elevó la mirada por encima de su propio trono y del trono del gran rey Senaquerib, y puso sus ojos en el trono de Dios, que mora entre los querubines. Si hacemos lo mismo, y nos dedicamos más al Señor, contemplamos un poco más de su grandeza, entonces esto nos ayudará a ver nuestros problemas relacionándolos con su enorme poder.

Aquí queda claro cómo Ezequías había aprendido a incorporar a Dios en su situación humillante y en la impotencia de su pueblo, pidiéndole que luché Él por su honra:

(2 R 19:19) *“Para que sepan todos los reinos de la tierra que sólo tú, Jehová, eres Dios.”*

Vestidos rasgados y oración humilde

Según un comentarista antiguo, las armas de Ezequías eran “la armadura del santuario”: vestidos rasgados y la oración humilde.

“Senaquerib jamás se había encontrado con un adversario así; un hombre que en lugar de ponerse el armazón, se envolvió en sacos, que en lugar de ir al campo de batalla sobre su carro, se puso de rodillas en el templo” (C. H. Mackintosh).

Al meditar en esta escena nos acordamos de Daniel, quien en una crisis similar que amenazaba su vida, desencadenada injustamente por las intrigas de sus colegas, no se valió de tácticas humanas para solucionar la situación. Como era su costumbre, subió al aposento alto de su casa para orar de rodillas tres veces al día con la ventana abierta en dirección a Jerusalén.

¡Cuántas preocupaciones, noches en vela, viajes inútiles, discusiones interminables, llamadas telefónicas costosas y nervios crispados podríamos evitarnos, si aprendiéramos de Ezequías y Daniel a confiar sólo en Dios y esperar la ayuda del Dios de Jacob!

(Sal 146:5) *“Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en el Señor su Dios.”*

En **(2 Cr 32:20-21)** leemos otro detalle sobre la “guerra espiritual” de Ezequías, que no hallamos ni en 2 Reyes ni en el relato del profeta Isaías:

(2 Cr 32:20-21) *“Mas el rey Ezequías y el profeta Isaías hijo de Amoz oraron por esto, y clamaron al cielo. Y Jehová envió un ángel, el cual destruyó a todo valiente y esforzado, y a los jefes y capitanes en el campamento del rey de Asiria.”*

En las diferentes pruebas de su vida, Ezequías aprendió a orar. Pero aquí le vemos junto con el profeta Isaías “clamando” a Dios unánimes y de forma muy concreta.

La oración unánime en conjunto tiene una promesa especial según **(Mt 18:19)**. ¡Qué bendición es cuando como matrimonio, colaboradores y amigos podemos expresar nuestras aflicciones y peticiones delante de nuestro Señor Jesucristo.

Dios contesta

Dios respondió a las oraciones con dos mensajes prometedores por medio del profeta Isaías. En el primer mensaje Dios le anunció a Ezequías que Senaquerib volvería a su país y moriría allí por la espada **(2 R 19:6-7)**.

El segundo mensaje habla ampliamente del juicio de Dios sobre la altivez y arrogancia de los asirios, y también de la bendición para Ezequías y su pueblo. Ezequías debía saber que tanto en ese mismo año, como en el siguiente, se podría cosechar, y que también su pueblo “echaría raíces” en el futuro y “llevaría fruto”:

(2 R 19:30-31) *“Y lo que hubiere escapado, lo que hubiere quedado de la casa de Judá, volverá a echar raíces abajo, y llevará fruto arriba. Porque saldrá de Jerusalén*

remanente, y del monte de Sion los que se salven. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.”

En la misma noche, después de la oración unida de Ezequías e Isaías, según podemos deducir de **(2 Cr 32:20-21)**, salió el Ángel del Señor y mató a 185.000 hombres en el campamento de los asirios. Senaquerib se volvió “avergonzado” a su tierra, y más tarde le mataron sus propios hijos **(2 R 19:37)**.

Recordemos las palabras con las que Senaquerib se había burlado de Ezequías por medio de Rabsaces:

(2 R 18:23) *“Ahora, pues, yo te ruego que des rehenes a mi señor, el rey de Asiria, y yo te daré dos mil caballos, si tú puedes dar jinetes para ellos. ¿Cómo, pues, podrás resistir a un capitán, al menor de los siervos de mi señor?”*

Del campamento de Israel salió un “capitán” (el Ángel del Señor) que mató en una noche 185.000 soldados. Pero ni siquiera esta derrota demoledora pudo quebrar la altivez y el orgullo de Senaquerib. En vez de humillarse ante el Dios de Israel, se arrodilló en Nínive ante su dios Nisroc, y ahí mismo fue herido a espada por sus hijos. En el mismo momento el pecado fue juzgado.

¡Dios no puede ser burlado!

Peligros en los buenos tiempos (2 Crónicas 32:27-31)

(2 Cr 32:27-31) “Y tuvo Ezequías riquezas y gloria, muchas en gran manera; y adquirió tesoros de plata y oro, piedras preciosas, perfumes, escudos, y toda clase de joyas deseables. Asimismo hizo depósitos para las rentas del grano, del vino, y del aceite; establos para toda clase de bestias, y apriscos para los ganados. Adquirió también ciudades, y hatos de ovejas y de vacas en gran abundancia; porque Dios le había dado muchas riquezas. Este Ezequías cubrió los manantiales de Gihón la de arriba, y condujo el agua hacia el occidente de la ciudad de David. Y fue prosperado Ezequías en todo lo que hizo. Mas en lo referente a los mensajeros de los príncipes de Babilonia, que enviaron a él para saber del prodigio que había acontecido en el país, Dios lo dejó, para probarle, para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón.”

(Is 39:1-2) “En aquel tiempo Merodac-baladán hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y presentes a Ezequías; porque supo que había estado enfermo, y que había convalidado. Y se regocijó con ellos Ezequías, y les mostró la casa de su tesoro, plata y oro, especias, ungüentos preciosos, toda su casa de armas, y todo lo que se hallaba en sus tesoros; no hubo cosa en su casa y en todos sus dominios, que Ezequías no les mostrase.”

La destrucción inesperada de las fuerzas armadas asirias, que hasta entonces se habían considerado invencibles, fue una noticia que se propagó como un reguero de pólvora. Los judíos temerosos de Dios expresaron su agradecimiento y gozo *“trayendo a Jerusalén ofrenda a Jehová, y ricos presentes a Ezequías rey de Judá” (2 Cr 32:23)*, mientras que los pueblos paganos, que no reconocieron la mano de Dios en la aniquilación de los asirios, colmaron a Ezequías con toda clase de honras y elogios.

El breve comentario del cronista: *“y fue muy engrandecido delante de todas las naciones” (2 Cr 32:23)*, deja entrever las serpientes venenosas que se escondían detrás de los laureles recibidos.

Después de los meses que estuvieron cercados, y la escasez y necesidad que esto conllevó, ahora sobrevino la abundancia para Ezequías y su pueblo. Habiendo él despojado hacía muy poco el templo y su propia casa del oro y de la plata para entregárselo a los asirios **(2 R 18:14-16)**, empobreciendo con ello a Jerusalén, ahora tenía que hacer depósitos para almacenar las riquezas y la abundancia repentina de oro, plata y piedras preciosas.

Además fue necesario edificar depósitos para la cantidad de alimentos, establos para los ganados y casas para las muchas personas que ahora venían a Judá. Osea, un milagro económico mucho mayor que el milagro económico que vivió Alemania después de la Segunda Guerra Mundial.

- *“Y tuvo Ezequías riquezas y gloria...”*
- *“Dios le había dado muchas riquezas.”*
- *“Y fue prosperado Ezequías en todo lo que hizo.”*

El peligro de las riquezas

Es sabido que para el hombre no hay peor cosa que un período de abundancia, y los creyentes no están exceptuados de esto.

En el (**Sal 62:11**), el rey David nos dejó el siguiente sabio consejo: *“Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas”*. Y una generación después, Agur oró: *“...No me des pobreza ni riquezas”* (**Pr 30:7-8**).

Nuestro Señor Jesucristo avisó repetidas veces del *“engaño de las riquezas”* (**Mt 13:22**) y el apóstol Pablo le dijo a Timoteo que *“la piedad acompañada de contentamiento”* era una ganancia que valía la pena (**1 Ti 6:6**).

Juan Wesley (1703-1791), habiendo reconocido claramente el peligro del dinero para su vida, dijo: “El dinero nunca se queda conmigo, me quemaría, si se quedara. Lo echo de mí lo más rápido posible, para que no pueda entrar a mi corazón”

Y William MacDonald, quien ha reflexionado y escrito mucho sobre el dinero y las posesiones, opina: “La avaricia no es lógica. Nos esforzamos por recibir cosas, que no necesitamos, para impresionar a personas que no queremos”.

El pecado del orgullo

Aunque en este punto no es fácil reconstruir el orden histórico de los acontecimientos en la vida de Ezequías, parece ser, sin embargo, que la honra y las riquezas recibidas se le subieron a la cabeza, tal como parecen indicar estas palabras: *“Mas Ezequías no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enaltecó su corazón”* (**2 Cr 32:25**).

Qué razón tenía un cierto puritano inglés cuando oró: “¿Soy rico? ¡Qué pronto me enaltezco! Sabes, que todo esto son trampas, por haber tanta corrupción en mí, siendo yo mismo la mayor trampa para mí mismo”.

C. H. Spurgeon lo expresó así con su lenguaje tan gráfico: “Ezequías gozó de la bendición, pero no se humilló ante el Dador. Pensó en el fruto, pero se olvidó del árbol. Bebió de la corriente, pero no pensó en la fuente. Sus campos bebieron el rocío, pero no fue lo suficientemente agradecido al cielo de donde cae el rocío. Robó la madera del altar del amor y lo quemó sobre la estufa del orgullo”.

La terapia de Dios

¿Cómo nos trata Dios, cuando todos los bienes y bendiciones que recibimos de Él no producen en nosotros una actitud de humildad y agradecimiento?

Nuestro Señor tiene un remedio efectivo para poner nuestra cabeza otra vez en su sitio y librarnos de todo orgullo, engreimiento y altivez. Este medicamento es amargo, pero es capaz de curar a fondo:

“Mas en lo referente a los mensajeros de los príncipes de Babilonia, Dios lo dejó, para probarle, para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón” (**2 Cr 32:31**).

Cuando las bendiciones y muestras inmerecidas de la gracia de Dios dan lugar a que no demos a Dios la gloria, atribuyéndolas a nuestra fidelidad, obediencia y supuesta madurez espiritual, entonces muchas veces al Señor sólo le queda un remedio para llevarnos a una evaluación sana de nuestra persona y a una sobriedad necesaria: Se retira de nosotros

por algún tiempo, de modo que estamos entregados a nosotros mismos y a nuestra naturaleza envilecida.

Para nosotros no es difícil citar **(Ro 7:18)** y aceptar la doctrina del Nuevo Testamento sobre nuestra propia corrupción, y defenderla incluso. Pero otra cosa es estar profundamente convencido por propia experiencia de que en nosotros *“no mora el bien”*. Si esto realmente fuera así, entonces la presunción y la arrogancia no podría extenderse en nuestra propia vida, ni tampoco en nuestras iglesias.

Si en verdad creemos ser algo *“no siendo nada”* **(Ga 6:3)**, el Señor tiene que retirarnos su gracia y protección por algún tiempo, para que por propia experiencia echemos un vistazo al abismo de nuestra corrupción y reconozcamos como Ezequías lo que está *“en nuestro corazón”*.

Siempre y en cualquier lugar somos capaces de cometer todo pecado, si Dios nos deja por un momento.

Spurgeon dio en el clavo cuando escribió: “En los mejores creyentes hay suficiente pecado para hacer de él el peor transgresor si Dios le abandonara. Uno que se conocía a sí mismo muy poco, escribió que estaba tan lleno de Cristo que no había lugar para el diablo; pero a mí me pareció verle asomar en esas palabras tan blasonadoras. Queridos hermanos, espero que no sea necesario que Dios nos enseñe nuestra vanidad de la misma manera que se la enseñó a Ezequías... Probablemente no hay otra manera de enseñarnos tan a fondo la maldad de nuestro corazón, como cuando quedamos entregados a sus puñaladas. Quizás no reconozcamos nunca nuestra necedad, hasta que nos sea concedido actuar como necios, pero ¡que el Señor nos guarde, para que esto no tenga que ocurrir! ¡Es mejor aprender con el dolor que con el pecado! Es mejor estar en el calabozo de Dios que darse la gran vida en el palacio del diablo”.

Ya hemos mencionado cómo Dios pudo utilizar a Jorge Whitefield (1714-1770) tan extraordinariamente para bendición y salvación de multitudes de personas en Inglaterra y América. Pero quizá debemos buscar el motivo en su juventud, cuando reconoció muy profundamente los abismos de su propio corazón, lo cual se le quedó grabado de forma duradera. Siendo un evangelista de 25 años de edad, durante su viaje a América escribió en su diario: “A Dios le ha agradado mostrarme un poco lo desechable que soy ... Más y más he tenido que reconocer lo corrupto que soy... Un misterio de iniquidad, que había anidado en mi corazón, me ha sido desvelado... Estoy ciego, lleno de orgullo y amor propio...”

En otro lugar escribió lo siguiente: “Fui extremadamente agobiado por sentir los pecados que he cometido, y por lo torcido de mi naturaleza; pero después irrumpió el conocimiento de la libertad de la gracia divina y Su amor eterno con tanta luz y poder en mi alma, que mi lengua me negó su servicio y caí delante de Dios en adoración muda...”

¡Saludos de Babilonia!

Evidentemente ya se había corrido la voz del milagro de la curación de Ezequías aún más allá de las fronteras del país. Añadido a ello habrá sido un tema de gran interés, y un enigma en Babilonia, el milagro del reloj de sol **(2 R 20:11)**. Sea como fuera, la razón principal por la que el rey de Babilonia, Merodac-baladán, de repente empezó a interesarse por Ezequías y el pequeño país de Judá, fue la victoria increíble sobre los asirios. Por eso envió a sus diplomáticos con una carta y un regalo a Jerusalén.

Las felicitaciones cordiales por la convalecencia del rey fueron, por supuesto, un hábil pretexto para indagar sobre Ezequías, su poder, su riqueza y el secreto de su victoria

sobre la potencia mundial de Asiria. Pues, la Babilonia floreciente acababa de liberarse del dominio de los asirios y necesitaba aliados, y quizá también las riquezas enigmáticamente grandes en las cámaras del tesoro del rey de Judá.

No es muy probable que tales diplomáticos de tan alto nivel aparecieran de repente e inesperadamente con su séquito delante de Ezequías. Los servicios secretos del rey hace tiempo que tenían a estos hombres en el punto de mira, de modo que habrían preparado a Ezequías para esta visita sin aviso previo.

Pero su reacción ante la llegada de los babilonios muestra que Dios le había dejado. En lugar de consultar al profeta Isaías y entrar con él en la presencia de Dios, como lo había hecho anteriormente para pedir de Dios sabiduría y dirección, aquí se pone de manifiesto su ingenuidad e incapacidad de reconocer el peligro amenazador para su país.

Las riquezas y los honores aparentemente habían robado el sano juicio de Ezequías. Su temor de Dios ausente en ese momento le cegó para no ver las “minas” escondidas que el enemigo pudo colocar tan hábilmente y sin impedimentos.

¡Entusiasmo y alegría en la corte real!

En (Is 39:2) leemos la primera reacción de Ezequías al llegar los enviados de Babilonia: “Y se regocijó Ezequías...”

¡Qué honor, recibir visita de tan alto rango y de tan lejos! A Ezequías, tan halagado, no le saltó la alarma al oír la procedencia de los diplomáticos: “¡Babilonia!”

¿No conocía los juicios de Dios que Isaías había profetizado sobre Babilonia (ver Isaías 13)? Bien que Babilonia en ese momento no representaba la potencia mundial a la que ascendió después bajo Nabucodonosor, no obstante, “Babilonia”, desde hacía generaciones, era para todo israelita sinónimo de orgullo, arrogancia y glorificación del hombre.

¡Qué oportunidad tuvo Ezequías para dar humildemente testimonio del Dios de Israel, de su grandeza, gloria y poder! Así hubiera dado importantes y nuevas informaciones a los diplomáticos babilónicos para que lo contaran en su patria.

Pero lamentablemente Ezequías fracasó. Se “regocijó”, no porque la visita le diera la oportunidad de testificar de la salvación y la ayuda por medio del Dios de Israel, sino porque le permitió ensalzar su propia persona, como veremos en el último capítulo.

Qué necesario es tomarnos muy en serio la oración de Spurgeon: “¡Guárdame en todos mis caminos! ¡Guárdame en el valle, para que no murmure por mi baja condición! ¡Guárdame en la cumbre para que no me maree por el orgullo de estar tan enaltecido! ¡Guárdame en la juventud, cuando las pasiones son fuertes! ¡Guárdame en la vejez cuando me creo ser muy sabio, siendo un necio mayor que los mismos jóvenes! ¡Guárdame cuando esté en el lecho de la muerte, para que no te niegue al final! ¡Guárdame en la vida, guárdame en la muerte, guárdame en el trabajo, guárdame en el sufrimiento, guárdame en la lucha, guárdame en el reposo, guárdame en todo lugar, porque te necesito en todas partes, oh mi Dios!”

Preguntas incómodas (2 Reyes 20:14-21)

(2 R 20:14-21) *“Entonces el profeta Isaías vino al rey Ezequías, y le dijo: ¿Qué dijeron aquellos varones, y de dónde vinieron a ti? Y Ezequías le respondió: De lejanas tierras han venido, de Babilonia. Y él le volvió a decir: ¿Qué vieron en tu casa? Y Ezequías respondió: Vieron todo lo que había en mi casa; nada quedó en mis tesoros que no les mostrase. Entonces Isaías dijo a Ezequías: Oye palabra de Jehová: He aquí vienen días en que todo lo que está en tu casa, y todo lo que tus padres han atesorado hasta hoy, será llevado a Babilonia, sin quedar nada, dijo Jehová. Y de tus hijos que saldrán de ti, que habrás engendrado, tomarán, y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia. Entonces Ezequías dijo a Isaías: La palabra de Jehová que has hablado, es buena. Después dijo: Habrá al menos paz y seguridad en mis días. Los demás hechos de Ezequías, y todo su poderío, y cómo hizo el estanque y el conducto, y metió las aguas en la ciudad, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? Y durmió Ezequías con sus padres, y reinó en su lugar Manasés su hijo.”*

(2 Cr 32:33) *“Y durmió Ezequías con sus padres, y lo sepultaron en el lugar más prominente de los sepulcros de los hijos de David, honrándole en su muerte todo Judá y toda Jerusalén : y reinó en su lugar Manasés su hijo.”*

En mi niñez y juventud era costumbre en mi iglesia que cada dos o tres años se hacían visitas a las casas. Casi siempre eran ancianos respetuosos y muy serios los que hacían esas visitas. Venían a dar conferencias sobre temas bíblicos por las tardes y durante el día visitaban a las familias para ver cómo andaban, hacer preguntas sobre la vida espiritual y también para contestar preguntas que tuvieran.

Mis padres casi siempre los invitaban a comer y eso era la parte agradable de la visita, porque para tal acontecimiento la comida solía ser muy especial y rica.

Pero yo casi nunca podía disfrutarla, porque sabía que después de la comida venían las preguntas incómodas que yo no iba a contestar con sinceridad. No había posibilidad de huir de forma que yo tenía que contestar a todas las preguntas sobre la salvación de mi alma con una amable sonrisa, como era de esperar en presencia de mis padres y hermanos, y para que los ancianos quedaran satisfechos. Yo era un hipócrita aunque nadie en la mesa lo sospechaba. Mi temor era que ninguno mirara detrás de mi máscara.

Una visita inesperada

El rey Ezequías también recibió una visita, pero no le fue anunciada, de forma que no se pudo preparar. Esa visita vino espontáneamente y completamente por sorpresa. No era un predicador que no conocía muy de cerca; era nada menos que el profeta Isaías, bien conocido por él. Seguro que era bastante mayor que Ezequías, pues ya había exhortado a su padre Acaz y a su abuelo Jotam.

No habían pasado muchas semanas desde que Ezequías había clamado a Dios junto con Isaías cuando los asirios sitiaron la ciudad, habiendo experimentado maravillosamente la contestación de esa oración. Tampoco había pasado mucho tiempo desde que el profeta le había visitado en su enfermedad con el mensaje fulminante: **“Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás” (2 R 20:1).**

Este profeta ahora no venía a un rey deprimido y enfermo de muerte echado en cama, sino a un rey que estaba en la gloria. Vino a uno que después de la visita de los

diplomáticos babilonios andaba por las nubes, como extasiado y eufórico por el reconocimiento mundial y los honores recibidos.

Isaías no era un hombre que necesitaba una introducción fervorosa hasta llegar al punto que deseaba tocar. Todos los profetas de Dios eran muy directos. Muy conciso y con pocas palabras inequívocas le planteó tres preguntas al rey, para que la luz de Dios pudiera llegar a su conciencia. Necesitó tres golpes de timbal para despertar a Ezequías de sus sueños:

- “¿Qué dijeron aquellos varones?”
- “¿De dónde vinieron a ti?”
- “¿Qué vieron en tu casa?”

“¿Qué dijeron aquellos varones?”

Es curioso que Ezequías omitió contestar la primera pregunta. Al menos no leemos nada al respecto. Pero sí leemos que los mensajeros de Babilonia venían con un claro cometido de sus superiores: “saber del prodigio que había acontecido en el país” (2 Cr 32:31).

Eso posiblemente fue sólo una fórmula de cortesía, mera diplomacia, para sonsacar detalles de Ezequías y hacerle hablar. Con ello podían poner las bases para después presentarle la oferta de hacer una alianza en contra del enemigo común. También tenían la ocasión de descubrir los puntos débiles del rey y de su reino, si las negociaciones no dieran el resultado deseado.

Así que astutamente echaron mano del tema que predominaba en las naciones de alrededor: la convalecencia milagrosa de Ezequías, unida al milagro del reloj de sol de Acáz, y la victoria inexplicable, repentina y demoledora sobre los asirios, sin que ni un solo soldado del ejército del rey de Judá hubiese perdido la vida.

¡Qué maravillosa oportunidad se le presentaba aquí a Ezequías para dar testimonio de la grandeza y del poder de Dios, o sea, para hacer lo que prometió después de sanar de su enfermedad:

(Is 38:20) “*Jehová me salvará; por tanto cantaremos nuestros cánticos en la casa de Jehová todos los días de nuestra vida.*”

Pero la honorable visita de Babilonia le cegó de tal manera que olvidó que el día de su muerte ya estaba determinado. Lo lógico hubiese sido que la solemnidad de la eternidad le hubiese impulsado a abrir su boca para la gloria y honra de su Dios y Salvador. ¡Qué mensaje hubiese podido dar a los diplomáticos para que lo llevaran a su entorno pagano! ¡Qué ocasión única para evangelizar! Pero Ezequías no la aprovechó.

Los enviados babilonios, sin embargo, se encontraron con un rey embelesado por su propia grandeza que no quería estorbar el ambiente tan ameno y el favor de sus distinguidos huéspedes con una profesión de fe clara.

“Las riquezas y la sociedad mundana son las dos úlceras cancerígenas que consumen la vida de piedad. ¡Creyente, guárdate de ellas!” (C.H. Spurgeon).

Buscar la honra y la aprobación de nuestros prójimos, y especialmente de los de la “alta” sociedad, nos pone un bozal que nos impide abrir la boca para dar un testimonio abierto, claro y auténtico.

Recordemos las serias palabras de nuestro Señor, y cómo caracterizó la sociedad que le rodeaba:

(Mr 8:38) “Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.”

“¿De dónde vinieron a ti?”

Esta pregunta retórica debía abrirle los ojos a Ezequías para que viera qué clase de personas había recibido y qué peligro representaba Babilonia. Pero la sonrisa y las felicitaciones babilónicas le habían cegado de forma que no veía el peligro que acarrearía el recibimiento gozoso de estos huéspedes. Probablemente vinieron con la intención de preparar la caída del reino de Judá.

“Podemos aprender de esto que la sonrisa del mundo puede vencernos, mientras que sus burlas nos hubiesen empujado más cerca de la cruz.” (C.H. Mackintosh)

Casi podemos ver al rey en nuestra imaginación contestando con entusiasmo y orgullo a la seria pregunta del profeta: “¿De dónde vinieron a ti?”. El honor recibido le hizo contestar con ojos brillantes: “*De lejanas tierras han venido, de Babilonia*” (2 R 20:14).

Es extraño que el sitio y las amenazas de los asirios enemigos impulsaron a Ezequías a buscar la presencia de Dios y a orar, mientras que ahora los “piropos” de los babilonios le hicieron sordo para el “silbido de la serpiente”.

Para que no haya malentendidos: debemos mostrar cortesía y amabilidad frente a nuestro prójimo incrédulo y podemos alegrarnos cuando Dios nos da esos contactos y se originan conversaciones, pero deberíamos aprovechar estos contactos para hablarles de nuestro Señor Jesús, en lugar de ponernos a nosotros mismos en el centro de la conversación.

“¿Qué vieron en tu casa?”

Aquí también vemos la franqueza asombrosa del rey cuando responde ingenuamente: “*Vieron todo lo que había en mi casa; nada quedó en mis tesoros que no les mostrase*” (2 R 20:15).

De hecho, leemos un par de versículos antes, que había llevado a sus huéspedes a su casa del tesoro y a su casa de armas, de modo que obtuvieron un conocimiento exacto de la situación financiera de Ezequías y de sus reservas económicas.

Había callado la riqueza, gloria y grandeza de su Dios, por lo que pudo presentar a los babilonios amplia y cándidamente su propia grandeza y sus riquezas.

“*De la abundancia del corazón habla la boca*” (Mt 12:34), dijo nuestro Señor tanto a los fariseos (Mt 12:34) como también a sus discípulos (Lc 6:45).

Wolfgang Dyck, un evangelista que falleció en 1970, solía decir que “las flores de nuestros pensamientos muestran dónde tenemos nuestras raíces”. Siendo berlinés no tenía ninguna dificultad en abrir su boca para que le oyeran todos bien. Pero al final siempre hablaba de Aquel que había cambiado su vida radicalmente y que ahora llenaba su corazón.

¿De qué hablamos en nuestras conversaciones? ¿Cuáles son nuestros temas preferidos?
¿De qué habla nuestra boca?

A Ezequías tampoco le había venido a la mente llevar a sus visitantes al profeta Isaías, para que le conocieran, a pesar de que el rey e Isaías se conocían de tantos años.

Pero este profeta serio no habría encajado bien en esta “decorosa compañía”. Su sola presencia hubiese imposibilitado que los diplomáticos entraran en las casas del tesoro, que como es lógico, estarían bien vigiladas.

Imaginémonos la incomodidad que habría sentido Ezequías si el profeta Isaías se hubiera presentado por sorpresa a la gala de bienvenida en honor a los babilonios.

“¡Qué poco común y cuán sumamente bella es una persona a la que el dinero no puede afectar, que ni juzga a las personas por su dinero, ni deja turbar su mirada a Dios por culpa de ganancias atractivas en los campos de este mundo.” (Paul Humburg)

Isaías no pisó la casa del rey hasta que los enviados, tras ser informados de todo, habían emprendido el viaje de regreso a Babilonia, para dar aviso a sus jefes y empezar con los planes para saquear los tesoros de Jerusalén.

Pero antes de comentar el juicio de Dios sobre la prosperidad de Ezequías, tenemos que plantearnos nosotros mismos la pregunta acerca de qué impresiones se llevan nuestros prójimos incrédulos cuando están de visita en nuestra casa. ¿Dan testimonio nuestras casas y viviendas de que nuestro hogar no está aquí, sino en el cielo? ¿Pueden apreciar que nos interesan poco los valores materiales, siendo el reino de Dios nuestro interés principal? ¿Se darán cuenta de que los “dioses” de este mundo no tienen ningún lugar ni aprecio en nuestra vida? ¿Pueden ver en nuestro porte y en nuestro estilo de vida que Jesucristo es el sentido de nuestra vida y nuestro gozo verdadero?

Aquí sería conveniente mencionar el artículo conmovedor y afrentoso de William MacDonald titulado: “Cuando Jesús entro en mi casa”. En este artículo describe los pensamientos incómodos que le vinieron, cuando se imaginó lo que ocurriría si Jesús viniera sin aviso previo a su casa y él tuviera que pasarle a todas las habitaciones una por una.

Una sentencia demoledora

“Oye *palabra de Jehová*”. Con estas palabras Isaías sella en el nombre de Dios la sentencia sobre las riquezas de Ezequías y el futuro de Judá: todo lo que Ezequías había enseñado a los enviados de Babilonia, todas las riquezas y también sus descendientes serían llevados a Babilonia: “*sin quedar nada, dijo Jehová*” (2 R 20:17).

¡Qué jarro de agua fría para Ezequías, que con estas claras palabras del profeta despertó de todos sus sueños y bajó de esas alturas otra vez al suelo de la realidad.

Hay un himno de E. E. Hewit que dice así en el coro:

“Haz que lo que para ti sea pequeño, lo sea también para mí; y lo que tú consideres grande, que también lo sea para mí. Haz que yo te siga, Señor, a ti solamente. Líbrame de mi propia mente, de mí mismo, para que pueda ser un instrumento útil en tus manos”.

Puede haber experiencias en nuestra vida en las que Dios en pocos momentos cambie por completo los valores que tanto apreciamos, enseñándonos a evaluar los contenidos y las metas de nuestra vida a la luz de la eternidad. Muchas veces Dios tiene que tomar medidas dolorosas, igual que lo hizo en la vida de Ezequías, para que demos la importancia debida a las cosas eternas y para que aprendamos por propia experiencia: “*el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*” (1 Jn 2:17).

En una pegatina puesta en un coche leí la siguiente frase cínica: “El que muera con más juguetes ha ganado” (Neil Postman). Estas pocas palabras ponen de relieve el verdadero valor de nuestros pasatiempos, propiedades inmobiliarias y nuestros billetes de banco. Randy Alcorn lo formuló así de manera positiva:

“La mejor y mayor herencia que podemos dejar a nuestros hijos es un sistema de valores enfocado hacia la eternidad.”

Jorge Müller (1805-1898), el conocido padre de los huérfanos de Bristol, recibió como regalo un reloj de oro con cadena en mayo de 1842. Con el reloj venía una carta memorable:

“Un peregrino no necesita un reloj como éste, para ser feliz. Uno más sencillo será suficiente para mostrarle lo rápidamente que pasa el tiempo y lo veloz que marcha rumbo a Canaán, donde no habrá más tiempo; así que haga usted con el reloj lo que mejor le parezca. Es la última reliquia de la vanidad terrenal; ojalá me guarde Dios de toda idolatría mientras que esté aún en el cuerpo.”

“Reliquias de la vanidad terrenal”; ¿no es esto una descripción acertada y original de las muchas bellas cosas que a fin de cuentas no necesitamos y que nos son un estorbo en el discipulado y nos hacen difícil el morir?

Humillación

Pero Ezequías, después de haberse enaltecido su corazón, se humilló, él y los moradores de Jerusalén; y no vino sobre ellos la ira de Jehová en los días de Ezequías (**2 Cr 32:26**).

Estas pocas palabras de 2 Crónicas parecen indicar que la humillación de Ezequías fue una reacción al anuncio de juicio que Dios le hizo.

Esto encajaría bien con las palabras en 2 Reyes 20 donde leemos las últimas palabras de Ezequías:

(2 R 20:19) *“Entonces Ezequías dijo a Isaías: La palabra de Jehová que has hablado, es buena. Después dijo: Habrá al menos paz y seguridad en mis días.”*

Podría darnos la impresión de que estas últimas palabras de Ezequías suenan muy egoístas, como si dijera: “La cosa no es tan grave, lo importante es que el juicio no cae sobre mí, sino sobre mis descendientes”.

Pero también podría ser que las palabras anteriores (“La palabra de Jehová que has hablado, es buena”) impliquen la humillación del rey y su sometimiento al juicio de Dios. No leemos que Ezequías se hubiese justificado o que protestara, tampoco vemos que intentara quitarle peso a su pecado.

Como quiera que interpretemos las últimas palabras de Ezequías: nosotros debemos mostrar sinceridad y dejar las cosas en las que nos apoyamos cuando la Palabra de Dios revela pecado en nuestra vida.

Quizás fuese ésta también la actitud de Elí cuando el joven Samuel le tuvo que anunciar el juicio sobre sí y su casa: “Jehová es; haga lo que bien le pareciere” (**1 S 3:18**).

Humillarse bajo el juicio de Dios y reconocer su soberanía absoluta; esa debería ser nuestra reacción ante la “buena palabra del Señor”, aún cuando ponga de manifiesto nuestro fracaso y nuestro pecado.

El fin del avivamiento

Lamentablemente, las últimas noticias sobre la vida de Ezequías muestran que no continuó ese asombroso avivamiento tan alentador que Dios pudo obrar por él en Judá.

A pesar de que se humilló y arrepintió, se terminó una época de bendición que comenzó por Ezequías en sus años jóvenes. Así vemos dos cosas en la vida de Ezequías: la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre.

Recordemos la oración de Spurgeon: “¡Guárdame en la juventud, cuando las pasiones son fuertes! ¡Guárdame en la vejez, cuando me creo ser muy sabio, siendo un necio mayor que los mismos jóvenes!

Que Dios nos conceda que nuestros últimos días y horas sobre la tierra sean el broche de oro que cierre una vida de bendición.

En el entierro del pastor Wilhelm Busch, Paul Deitenbeck, en nombre de todos los presentes conmovidos pudo citar el siguiente versículo de la Biblia ligeramente modificado: “Tuvimos gran gozo y consolación en tu amor, porque por ti, oh hermano, han sido confortados los corazones de los santos” (**Fim 1:7**).

Este último adiós, ¿sería también apropiado para nuestra vida? ¿o causaría más bien apuro y perplejidad de forma que las personas en duelo, en vez de usar el pañuelo para limpiarse las lágrimas, preferirían mejor morderlo?

Pero la historia de la vida de Ezequías no concluye con su fracaso y su humillación. El libro de Crónicas enfatiza al final el hueco que Ezequías dejó para su pueblo:

(2 Cr 32:33) “Y durmió Ezequías con sus padres, y lo sepultaron en el lugar más prominente de los sepulcros de los hijos de David, honrándole en su muerte todo Judá y toda Jerusalén.”

Pero más importante y de más peso que todas las expresiones de honor de los habitantes de Judá y Jerusalén ante la tumba del rey fallecido, es el testimonio de Dios que por su gracia omite “sus momentos débiles”:

(2 R 18:5-6) “En Jehová Dios de Israel puso su esperanza: después ni antes de él no hubo otro como él en todos los reyes de Judá. Porque se llegó a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió a Moisés.”